

número doble

antropología 3er mundo

Nº 9

pesos 4

peronismo: desde el 45.

P.FRANCO F.ALVAREZ

peronismo y 'gran acuerdo'

ROBERTO CARRI

iglesia: el desafío de la
liberación

N. HABEGGER



dos meses.

El cuarto año de Antropología 3er mundo

Con este número "Antropología 3er. Mundo" entra en su cuarto año de vida; hace tres surgió como una experiencia crítica aunque de inmediato modificó su proyecto y comenzó a tratar de cubrir ciertas necesidades de la militancia en torno a una cuestión central: aportar a la reconstrucción desde la base del Movimiento Peronista -columna vertebral de nuestra liberación nacional y social-. Esa tarea se fue definiendo en estos años de aprendizaje, siempre tratando de partir del movimiento real de nuestro pueblo y haciendo rápido abandono de cierto exceso doctrinario a parido en alguna ocasión.

Este largo camino fijó ciertos ejes para la labor posible de nuestra revista:

a) la cuestión central de la reconstrucción del M. P. desde la base plantea el problema de la hegemonía en su seno.

b) nosotros partimos de que en definitiva quién hegemoniza el proceso de la liberación es la clase trabajadora, cuya identidad política es el peronismo tanto en la actualidad como en su desarrollo histórico, expresada desde 1945 en el liderazgo del Gral. Perón. Ese liderazgo es irremplazable, aunque reclama la organización que efectivice su estrategia en un instrumento de poder real, que transforme el caudal de las masas en una fuerza capaz de construir una nueva sociedad.

c) en torno al polo hegemónico de la clase trabajadora confluyen numerosos sectores sociales que se asumen peronistas: estudiantes, intelectuales, sectores medios depauperizados. En la medida en que las condiciones económicas, políticas y represivas se tornan críticas los integrantes de ese amplio espectro social reclaman un efectivo encuadramiento y participación en el M. P., y pese a no pertenecer ni social ni históricamente al mismo, su práctica se vuelve importante para el peronismo en la medida en que hacen propios sus grandes objetivos: la liberación de la Patria y la construcción de un poder popular y socialista. La situación objetiva del despojo de la Nación, y la seguridad de que su propia realización social y como personas sólo será posible en esa nueva sociedad (y también en el proceso de lucha por la misma) impulsan a esos sectores a sumarse al movimiento de masas asumiéndolo en su desarrollo y expresión política real y concreta.

d) el análisis del régimen es otra de nuestras temáticas. Hoy el sistema aparece confinado entre dos alternativas, las elecciones con proscripción de las grandes mayorías o la dictadura preventiva. Una por una, el régimen ensayó diversas formas para desarticular, reprimir, dividir, aniqui-

lar al peronismo, fracasando en todas porque si hubiera triunfado hubiera aniquilado al pueblo. La "tercera etapa" de la R. A. no ofrece nada nuevo; la maniobra iniciada en marzo de este año, destinada a embolsar al M. P. tuvo el efecto de marcar con más fuerza la polaridad entre el régimen y sus aliados por un lado y el pueblo peronista por el otro. La continuidad kriegierista diluye la "salida" de la R. A. en tanto el endurecimiento paulatino de la situación desdibuja el retorno a la "legalidad" republicana y marca para el pueblo como única opción "unirse desde abajo, organizarse combatiendo".

e) las dificultades del Partido Militar para abandonar la responsabilidad abierta por el fracaso de la Rev. Arg. abren perspectivas de una etapa represiva, que pase de la selectividad que hoy la caracteriza a un sistema de compulsión y espionaje masivo, donde la persecución, la tortura y el terror blanco se transformen en armas políticas. Por ello en 1972 la unidad peronista en torno a su líder es más imprescindible que nunca. Debe recobrar plena vigencia la consigna "para un peronista no hay nada mejor que otro peronista". Pero también hay que determinar que en esta consigna sólo caben los hombres del pueblo peronista y no la burocracia y los traidores, que tanto son utilizados para desorganizar la combatividad de las masas como para efectuar provocaciones que intentan comprometer al M. P. La burocracia, los traidores, son neutralizados por el líder pero somos el conjunto de los peronistas quienes debemos eliminar su acción política nefasta.

f) recogemos también la problemática histórica, el proceso permanente de reconstrucción del pueblo peronista, por que "previos a toda teoría los hechos mismos narran este proceso con claridad". Nos conducen a la necesidad hegemónica de la clase trabajadora expresada en una organización que asegure su independencia ideológica y política, la herramienta en manos del líder que deje de ser el "hecho maldito" que desgasta al régimen para ser el instrumento de poder.

Estas problemáticas han surgido como centrales, marcan nuestra línea y se ligan con otras acuciantes y más generales: las de América Latina, enlazadas en la presente entrega por el artículo de Habegger sobre la Iglesia ante la liberación, que nos muestra hasta qué punto, en todas las latitudes, el pueblo asume el rol protagonista. A este hecho irreversible es preciso aportar, como son, en lo que son, discursar en la historia construyéndola y no como espectador, para que se transforme en realidad la frase de Evita: "con sangre o sin sangre, la raza de los explotadores dejará de existir en este siglo".

ORDEN

GENERAL.

DEL

27 de Julio de

1819.

COMPAÑEROS del exercito de los Andes:

... La guerra se la tenemos de hacer del modo que podamos: sino tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos tiene de faltar: cuando se acaben los vestuarios, nos vestiremos con la bayetilla que nos trabajen nuestras mujeres, y sino andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios: seamos libres, y lo demas no importa nada...

... Compañeros, juremos no dejar las armas de la mano, hasta ver el pais enteramente libre, ó morir con ellas como hombres de corage. -

San Martin.

Es copia.

El Impresor

*- Para poner de este orden en el mundo
una lista de personas que...*

El compositor

*- He hecho la copia de este
orden del general San Martin.*

Buenos-Ayres Imprenta de la Independencia.

El peronismo y el gran acuerdo

I

En términos generales el gran acuerdo nacional es un medio para preservar la estabilidad en el momento que la crisis política avanza rápidamente, pero no existen los canales para imponer una alternativa popular revolucionaria.

En esa situación la crisis puede mantenerse durante un tiempo sin definición pero deteriorando progresivamente al régimen y fortaleciendo al polo popular.

El gran acuerdo es una política "salvadora", y como tal surge defendiendo el estado de cosas y procurando reestructurar el equilibrio del frente interno. El enfrentamiento, que alcanza picos muy altos, todavía no presenta una continuidad de profundización irreversible. La apertura electoralista encuentra núcleos dispuestos a creer en la oportunidad de solución pacífica e inmediata que parece abrirse.

En tanto el gran acuerdo es una política de los monopolios, sustentada sobre el reformismo de la clase media, aparece una instancia electoral que encuentra en los representantes políticos de esa clase los propagandistas de la trampa.

La debilidad de la clase media es estructural y no existen, ni siquiera para el régimen, alternativas basadas en su poder. De allí que desde el primer momento los partidos electorales aparezcan jugando el papel de comparsa del gobierno.

Las características del estado argentino, su gran burocracia civil y militar, su acción económica, lo convierten en la principal fuerza social del sistema. Fuerza social de contenido colonialista, integrada a todos los ámbitos del país. Por eso, los puestos derivados de las elecciones son el principal atractivo para una clase social que no tiene posibilidades civiles de subsistencia, que se identifica con el estado como tabla de salvación, estado al que pretenden cambiar "democráticamente".

El factor extraestatal es el poder económico y financiero de los monopolios. En medio de estas dos fuerzas, los aspirantes de clase media no tienen alternativas autónomas, ni siquiera en el campo de las declaraciones, aportando entonces a la alternativa que consideran el mal menor y esperando a cambio del apoyo las migajas municipales del poder.

Un dato que muestra la importancia del estado es la participación de las empresas públicas en la formación de capital, que ascendió en 1969 al 14% de la inversión interna según la CEPAL. El otro elemento decisivo son las empresas extranjeras. Considerando sólo a las 30 mayores, el 43% de las ventas corresponden a empresas estatales y el 42% a empresas extranjeras. A las nacionales privadas corresponde el 15% restante, con el agravante que "nacional privada" significa aquí Bunge y Born, conocido monopolio multinacional.

Este panorama de fuerzas se completa con la presencia del peronismo y la necesidad de llegar a un acuerdo con él para garantizar el equilibrio. Aquí entra entonces la táctica de hostigamiento y exigencias institucionales como un medio para embarcar al gobierno de Lanusse en compromisos que no pueden traicionarse sin un rápido deterioro para el régimen.

Pero toda política de acuerdo institucional, aunque cuente con el respaldo de grandes masas y mantenga como último argumento la decisión de patear el tablero, no sólo deteriora al que la sufre, sino también al que la ejecuta. Este deterioro sólo puede frenarse y revertir en una política con perspectiva real de poder en tanto una alternativa independiente, basada en la resistencia popular, surja con fuerza como para frenar la reproducción de políticas reformistas e institucionales.

En términos de poder real, la fuerza estable del lado del estado y los monopolios, que cuentan con efectivos argumentos para imponerla. A esto debe sumarse el deseo de los políticos desplazados por la revolución argentina de regresar a las tribunas cívicas para recuperar el terreno perdido en cinco años de ostracismo. Las masas populares, si bien desconfían y se oponen espontáneamente a los deseos del régimen, no son totalmente impermeables a las sugerencias -vastamente divulgadas- de una solución pacífica para sus males.

La capacidad masiva del peronismo es la fuerza que debe neutralizar todo régimen para sostenerse. Esa fuerza es utilizada por el general Perón para jaquear a la revolución argentina durante su segunda etapa. Pero para ello debió contar con el único elemento dentro de su movimiento que aportaba a la alternativa del cerco de la civilidad: la burocracia política, porque las distintas tendencias burocráticas del radicalismo estaban más esperanzadas en la continuidad de la "revolución" o en un golpe de estado salvador.

"La Hora del Pueblo" entonces, surge no sólo como una "táctica" de Perón, sino como una estrategia de núcleos que desean incorporarse a la vida institucional democrática. Si puede decirse que Perón aprovecha de ellos para acelerar la crisis del gobierno de Levingston, no debe olvidarse que ese "aprovechamiento" siguió determinadas definiciones políticas, la más importante de las cuales fue la superación de la "antigua" antinomia peronismo-antiperonismo, caballito de batalla del paladinismo desde la ejecución de Aramburu en adelante. Es decir, la "táctica" es claramente contradictoria con la actividad de otros sectores del peronismo, y resulta infantil considerar a las contradicciones reales como inteligentes maniobras para desconcertar al enemigo.

La superación de la antinomia da pie al nuevo líder del liberalismo argentino para derribar a Levingston y proponer una solución política a mediano plazo. La praxis de las movilizaciones populares de los últimos dos años y la

evidente fuerza defensiva del peronismo ponen a Lanusse en un brete que sólo superará pasados los seis meses de gobierno.

La condena a la lucha armada aparece como la exigencia básica de Lanusse en sus primeras negociaciones con Perón a través de Paladino. Pero al mismo tiempo establece una relación contradictoria aunque eficaz con el sindicalismo de la CGT y va fortaleciendo su imagen de político honesto con distintas apariciones públicas.

No debe minimizarse el papel del paladinismo en este período. Si bien formalmente cumple directivas de Perón exigiendo juego limpio electoral, es distinto que esa exigencia salga de organizaciones verdaderamente populares que de la galera de los burócratas. El acatamiento formal se convierte en la utilización de las directivas "tácticas" para fortalecer la propia estrategia.

La táctica de Perón, utilizando fuerzas hostiles como son la burocracia política y el vanderismo, se explica por su imposibilidad para impulsar personalmente una alternativa de bases en la Argentina. Toda alternativa de bases precisa de tiempo para crear realmente capacidad ofensiva, a diferencia de la burocracia que sólo precisa del aval del estado para actuar con plenas facilidades y fortalecer su posición. Como este es un proceso largo, con dificultades para concretarse, Perón gana tiempo con sus marchas y contramarchas, y a través de múltiples medios pero restringidos en su difusión, alienta el fortalecimiento de una estrategia de poder.

II

Lanusse para afirmar su alternativa continuísta necesita el acuerdo con los partidos políticos, especialmente con el peronismo. Este es el papel decisivo que juega la dirección legal del Partido Justicialista desde marzo hasta noviembre. Por otro lado, la burocracia sindical está dividida en grupos que se disputan la herencia de Vandor, disminuyendo su capacidad de alternativa interna del régimen. Por eso la política sindical oscila entre el apoyo incondicional a Lanusse y el golpismo. Pero en sus idas y vueltas, la burocracia jaequa los intentos de los políticos para afirmarse como aparato básico del movimiento de masas. Entre marzo y noviembre los sindicalistas se fortalecen, optando a veces por Paladino y en otras bombardeando sus posiciones. Sus actitudes opositoras, como el paro del 29 de setiembre, no tienen realmente vigencia pasado algún tiempo.

La estrategia de Lanusse atiende al mismo tiempo a reducir la tensión política y económica y a afirmar las bases del continuismo a largo plazo. El fracaso del golpe militar del 8 de octubre sirvió a Lanusse para arrinconar a la Hora del Pueblo y reirse de sus quejas. Cuando superó el problema militar los gabinetes de coalición pasaron a la historia, y nombró para ejecutar la política del Fondo Monetario Internacional a dos tecnócratas totalmente identificados con las formulaciones liberales y monetaristas: Carlos Brignone y Cayetano Licciardo. Para compensar puso en Industria al empresario Carlos Casale, afiliado al radicalismo del pueblo. La táctica de convertir paulatinamente al radicalismo en el partido oficialista y utilizar su aparato para las elecciones, según las propuestas de Mor Roig y Balbín, se sigue realizando pero no en forma pública.

Frente a la capitulación de la Hora del Pueblo la noche del golpe militar, a Lanusse le quedaron las manos libres para colocarse por encima de partidos que nada exigen —excepto cargos provinciales y municipales— y comenzar la campaña electoral junto a sus verdaderos aliados, el liberalismo económico y militar.

Paladino y Balbín se pasaron más de un mes redactando una declaración, que nunca salió, donde debían demostrar su independencia del gobierno sin ser opositores. A esta altura, el reemplazo de Paladino por Cámpora en el justicialismo legal, congela por un tiempo cualquier política coherente de la coalición (si es que no se disuelve).

En dos meses —desde la primera semana de setiembre hasta la primera semana de noviembre— Lanusse fue retomando la ofensiva política y encerrando a Perón en los límites de la estrategia de la burocracia sindical y los políticos del aparato. La devolución del cuerpo de Evita, el anuncio del calendario electoral, el aumento de salarios, el congelamiento de precios, la suspensión de las importaciones, el triunfo frente a los golpistas, el compromiso evidente de Paladino y Balbín con la salida continuísta, el "endurecimiento" frente al movimiento sindical, los ascensos en el ejército y la superación de la crisis en la Marina, la "tregua social", etc., son algunos acontecimientos que destacan la afirmación de Lanusse en el plano político. La crisis económica que actúa contra la salida política se compensa con la audacia y habilidad de Lanusse para producir hechos de gran repercusión.

La estrategia de la contrainsurgencia basada en la división del frente interno para mejor destruir las avanzadas de la guerra popular, cuenta con el apoyo de partidos y grupos políticos, oficialistas o no, que consideran positiva la apertura electoral y que juegan todas sus fuerzas a la manifestación estadística de la superioridad política: las elecciones.

En términos de fuerzas en el bloque dominante predominan evidentemente el núcleo liberal dirigido por Lanusse, sobre las alternativas ultra o desarrollistas. A partir del 8 de octubre, adelantar la fecha de las elecciones puede ser una jugada del gobierno para fortalecer la posición personal de Lanusse frente a la presión de los que no quieren demoras. El riesgo es grande porque hasta ahora la polarización con el peronismo siempre provocó la derrota electoral del polo antiperonista, pero puede especularse con la proscripción a último momento y aparecer como el mal menor frente a un candidato ultra (Alsogaray, por ejemplo).

A comienzos de setiembre, junto con los aumentos desueldos, Lanusse proclamó el comienzo de la "tregua social", claramente orientada a negociar la "tregua" con el vanderismo. Como en todas sus proposiciones políticas, Lanusse se amenazó abiertamente a quienes no aceptan las condiciones del gobierno. El cuerpo de Evita es devuelto al mismo tiempo que se convoca a la tregua y cuando los rumores de presiones militares son más fuertes.

Esos días el Consejo Directivo de la CGT que se ve venir al golpe convoca al Comité Central Confederado y después concreta un paro de seis horas en homenaje a Eva Perón. La devolución de Evita debe analizarse en dos vertientes: como una jugada para fortalecer el gran acuerdo nacional y a la línea acuerdista del peronismo (político y sindical);

y por otro lado, buaoar apoyo oivil para contraponer a la presión de los ultra militares que defienden una oonoepción simplista de la oontrainsurgencia. En este momento puede decirse que comienza el contraste de Lanusse contra Perón apoyado en las dos vertientes oficialistas del justicialismo: el aparato político y la burocracia sindical.

La maniobra del gobierno y los sectores oficialistas del peronismo aparece muy clara en el llamamiento al paro de las seis horas y su posterior levantamiento. Aunque en apariencia es Rucci el que queda descolocado, la responsabilidad por la suspensión de la medida es tan bien trabajada por Rucci y Mor Roig en Buenos Aires y por Paladino y Lorenzo Miguel en Madrid, que el único responsable parece ser Perón. Por distintos medios la burocracia salva la imagen, y a Perón no le queda otro remedio que aceptar los hechos consumados. Esta política de los hechos consumados es la que ejecuta la burocracia sindical y el paladínismo cada vez con mayores posibilidades. La liquidación posterior de Paladino y su reemplazo por Càmpora no modifican sustancialmente el panorama porque los problemas no son individuales sino con una concepción político-social que responde a intereses sociales concretos.

El bloque estado-monopolios ejecuta sus planes en una situación económica recesiva y frente a la desconfianza masiva del pueblo. Sin embargo, la estrategia populista de Lanusse cuenta con un aspecto muy importante a su favor: es el Comandante en Jefe del Ejército y uno de los líderes indiscutidos del liberalismo argentino. La clase media radical y de los partidos menores, la burocracia política del peronismo que responde a esos mismos intereses de clase, la burocracia sindical convencida que sólo el desarrollo de la gran industria constituye el factor básico de la supervivencia, colaboran de distintas formas para consolidar el sistema político social.

Lanusse para calmar a los altos mandos que dudan sobre la posibilidad de ejecución del gran acuerdo nacional explicó repetidas veces que el gran acuerdo es paz en el orden, una convocatoria al renunciamiento (de Perón), la movilización legal de la ciudadanía, el respeto de las minorías y la garantía de su participación en el gobierno. La figura de Lanusse a la cabeza de esta política es el reaseguro de su ejecución. Sin embargo, las dudas de los generales son lógicas porque a largo plazo será imposible contener el descontento si no hay soluciones y por otro lado el espontaneísmo resistente del peronismo es una fuerza que -aún sin variantes respecto de su situación actual- puede provocar crisis políticas e impedir la consolidación de cualquier alternativa institucional.

El general Sánchez de Bustamante fue más explícito que Lanusse sobre el gran acuerdo, al que definió como un momento de la guerra contrarrevolucionaria: el momento del acuerdo entre militares y civiles para preservar la justicia, la familia y la propiedad.

La imposibilidad de lograr altas tasas de crecimiento económico como Brasil, y el difícil acostumbramiento a una posición subordinada respecto del subimperialismo brasileño, son factores que cuesta asimilar por los núcleos liberales de las fuerzas armadas con vocación expansionista. Lanusse que ya comprendió el problema, no se preocupa por gobiernos ultra eficientes que sólo producirán conflictos sin desarrollo y propone la continuidad de los negocios

y del sistema monopolístico en una situación de estancamiento sin tensiones. La vigencia del peronismo es el factor básico que explica la imposibilidad del eficientismo desarrollista en la Argentina como política estable, pues la oposición popular de masas a toda política de austeridad siempre provocó en los últimos 16 años la caída de los equipos que la propusieron.

El triunfo político de Lanusse en lo inmediato todavía no está afirmado; pero la acción del paladínismo en este proceso, como responsable del apoyo o la neutralidad popular frente al régimen es uno de los elementos dinámicos de la afirmación del poder lanusseta.

Dos hechos importantes en el movimiento peronista pasan ahora a ser factores preponderantes de la política integrada para los próximos meses: el reemplazo de Paladino por Càmpora y la unificación de las 62 organizaciones.

III

Los conceptos de estrategia y táctica han sido tan manoseados que ocultan al sujeto y al objeto de las mismas en el peronismo, su unidad y sus contradicciones.

Es indudable la vigencia del general Perón en las masas, vigencia que no expresa ningún misterio sino que es consecuencia de la defensa de los intereses de los trabajadores y de sostener durante 26 años la lucha contra el enemigo imperialista. La oligarquía también visualiza a Perón como su enemigo histórico y de clase. La representación global de los trabajadores no oculta la profunda distancia que existe entre las masas peronistas, espontáneamente revolucionarias y altamente politizadas, y el general Perón. El desplazamiento es efecto del exilio del líder y de la proscripción del movimiento, pero también responde a otras causas. Entre las masas y su líder se encuentra un núcleo relativamente pequeño -comparado con la cantidad varias veces millonaria de peronistas- de políticos y activistas. Este núcleo refleja internamente los múltiples intereses que coincidieron en 1945 pero no la composición actual del peronismo. Por otra parte, la concentración monopolística y la guerra contrarrevolucionaria modifican totalmente al reformismo y la burocracia respecto de sus características durante la democracia pacífica (1945/55).

La situación interna del movimiento impide a Perón impulsar una política definitivamente opositora y revolucionaria en lo inmediato -aunque en los lineamientos generales no se hagan concesiones-, y explica cierto espectro ambiguo donde el problema de hacer coexistir núcleos objetivamente incompatibles para impedir la división. Esta política no es solo una táctica inteligente, sino sobre todo el reflejo de la debilidad interna de la estructura. Esta debilidad de ningún modo puede imputarse a la persona de Perón, que es el menos indicado para cargar con culpas ajenas. Es entre los peronistas y en sus contradicciones político sociales que debe buscarse la solución del problema.

Los sindicatos y el espontaneísmo revolucionario de las masas fueron suficientes para romper el equilibrio institucional durante casi 16 años; pero las circunstancias actuales exigen otro tipo de definiciones no solo ofensivas -que siempre se necesitaron- sino para mantener la fuerza defensiva del movimiento. La contrainsurgencia, el gran acuerdo nacional, el desgaste de 16 años de lucha sin perspectivas de poder y que ahora parece al alcance de la mano votando los

métodos represivos e integracionistas que cuentan con el apoyo abierto de políticos y sindicalistas del aparato, señalan el agotamiento de los métodos históricos. La "defensiva" exige consolidar una organización y una línea política de las masas trabajadoras, a quienes el sindicalismo ya no puede defender su parte en la renta nacional. En el plano político hace mucho que la burocracia sindical no representa absolutamente nada popular.

En el ámbito nacional las tendencias del peronismo no son tácticas de una estrategia global. La distinción táctica supone identidad político social (estratégica); las tácticas son distintas operativamente en función de tiempo y lugar. El problema para el peronismo y para Perón es político social, y el carácter contradictorio de las "tácticas" reflejo de la contradicción de intereses sociales.

El grupo encabezado por Paladino —o por cualquier otro de legado que actúe en el plano de la legalidad institucional— representa en el movimiento intereses fundamentalmente integrados al régimen y defensores de su continuidad. La continuidad del régimen no es lo mismo que la de determinados gobernantes, por tanto su oposición a ciertas experiencias políticas puede ser considerada superficialmente coherente con las luchas populares.

La fuerza del aparato, que en parte es autónoma respecto de Perón, por otro lado depende de su aval para manifestarse. En tanto Perón cuenta principalmente con ellos —o contaba hasta hace poco tiempo— tampoco se los puede sacar de encima.

La vigencia de la burocracia sindical y política en el peronismo se explica primero por su carácter hegemónico en la zona restringida de los "militantes", y también por su capacidad para mantener desorganizado al conjunto del movimiento de masas en nombre de una supuesta lealtad al general Perón.

En esta perspectiva el paladinismo —el movimiento sindical es un problema aparte— es a la vez una táctica de Perón, en tanto no puede desligarse de la autorización del líder y se desinfla cuando la mano viene en contra, y una estrategia de los grupos oficialistas que sobreviven en el peronismo como resultado de la espontaneidad del conjunto y de la persistencia de concepciones pacifistas y electoralistas que se reproducen continuamente. El cambio de mano ocurre cuando la presión de las bases, las organizaciones revolucionarias del peronismo y también de Lanusse, actúan muy fuerte sobre el aparato; pero al mismo tiempo no modifican el carácter político del reemplazante —en este caso Cámpora— cuya diferencia fundamental es su mayor debilidad frente a las masas y frente a Perón que la de Paladino. Cámpora y la burocracia buscarán equilibrar su política a la nueva situación, pero sin modificar las características esenciales de la misma.

Analizar la evolución de la burocracia política y del paladinismo como una simple táctica, y por tanto considerarlo un simple juguete de la "estrategia global" es subestimar su fuerza. Paladino y los burócratas no existen sin Perón pero están capacitados para impedir ciertos desarrollos y promover otros en el plano organizativo y político. La organización no es un esquema vacío que puede llenarse de cualquier forma sino la consecuencia necesaria de determinada práctica. La práctica integracionista de la clase media del peronismo que busca participar de la vida esta-

tal condiciona el surgimiento de formas políticas: la negociación en el alto nivel, los equipos de expertos, los comités que sirvieron a conservadores y radicales para ganar posiciones e influencia.

Crear que las unidades básicas abiertas este año son diferentes del comité es considerar al "letrado" expresión de la realidad espontánea y de bases del peronismo. El fracaso de las "unidades básicas" muestra que no tiene nada que ver con la solidaridad y organización espontánea que mantuvo la cohesión de las masas peronistas durante 16 años.

La presencia del aparato político, que se apoya en reivindicaciones de caudillos locales muy alejados de la corrupción del aparato pero al que sostienen, crea condiciones de hecho que obligan a Perón a desarrollar una política y no otra, sin perjuicio de mantener la línea general de enfrentamiento al régimen.

Fuera del plano de las masas peronistas y de la clase trabajadora, el conjunto del movimiento se disuelve en tendencias que actúan entre los "militantes", al mismo tiempo que por su antagonismo y luchas internas contribuyen a mantener la inorganicidad y el espontaneísmo de las masas.

Por eso la definición formal del movimiento aceptando las tendencias de la superestructura, es contraria a la organización de masas, y exige una rápida superación práctica para comenzar a elaborar una verdadera alternativa desde abajo, sin concesiones al peronismo institucionalizado y bien pensante.

En el juego de fuerzas internas intervienen factores directamente expresión del régimen. El paladinismo no obtiene su fuerza sólo del aparato sino de los esfuerzos del régimen para impulsarlo e integrarlo como oposición legal —o producir la división del peronismo si esa táctica fracasa—. La línea divisoria en el plano institucional del peronismo se borrea bastante, y no está del todo claro cuando las fuerzas que imponen determinadas políticas surgen del espectro contradictorio interno, o directamente son impulsadas desde afuera por la fuerza decisiva del régimen.

El régimen entonces actúa como una pieza interna al peronismo institucional y permite mantener en la desorganización a la clase trabajadora que es la única capacitada realmente para el enfrentamiento.

La desorganización es una verdad parcial porque aquí aparece un segundo factor que se constituye como organización propia pero que paulatinamente en su proceso de descomposición e integración se convierte en un elemento opuesto: los sindicatos. Para cierto análisis puede identificarse a la burocracia sindical y a los dirigentes del aparato político —estos últimos también se dividen en ocasiones de acuerdo a las distintas fracciones del sindicalismo burocrático— pero hay una puja entre ellos y al mismo tiempo la capacidad organizativa y financiera otorga a la burocracia sindical mayor fuerza a largo plazo. En definitiva todos ellos están de acuerdo en que el principal enemigo para su predominio sin límites en el movimiento no es el régimen sino Perón.

La presencia de Paladino (no personal sino como cabeza de la burocracia política y sus aliados), aunque no altera el liderazgo de Perón sobre las masas condiciona el surgimiento y consolidación de políticas y organizaciones reformis-

ma que, aun sin aprobar totalmente los planes del gran acuerdo nacional, aceptan las reglas del juego institucional. La institucionalización del justicialismo promovió el ingreso de militantes a formas organizativas comitales que, no obstante llenar con fuertes declaraciones de tono revolucionario no alteraban en su contenido real, y en los hechos fortalecían. De este modo se fomenta la presencia del régimen en el movimiento ayudando a organizar de manera espontánea y frenadora a los pocos que se acercaron a las unidades básicas.

La organización electoral se define por la formación de "unidades básicas" como base del partido justicialista (hay un aspecto de las unidades básicas barriales que retoma la tradición de solidaridad y enfrentamiento fuera del aparato del partido justicialista: no es analizado aquí y tiene aspectos positivos que deberían impulsarse desde una perspectiva a largo plazo). Las unidades básicas del justicialismo legal con el pretexto de encuadrar a los "soldados del pueblo" desarrollan las posibilidades organizativas de las masas y fortalecen a la camarilla política.

Esta camarilla, formada en su mayor parte —en sus cuadros dirigentes— por miembros de la clase media tradicional con características parecidas a las del radicalismo, está convencida que su supervivencia como clase pasa por la conquista de puestos políticos provinciales o municipales. Bajo la sombra del liderazgo de Perón, los integrantes de la camarilla no se postulan a cargos decisivos y en el mejor de los casos, los más ambiciosos esperan ser gobernadores o diputados nacionales.

El juego de la lealtad sirve para dejar el control político del país en manos de la oligarquía financiera que es la que gobierna. Aún desde la perspectiva electoralista la presidencia está afuera de las preocupaciones de la burocracia política que sólo aspira a llegar a los municipios para garantizar el asfalto y la copa de leche.

La cúspide de la burocracia fortalece estas tendencias reformistas de los cuadros medios del peronismo, y produce en sectores que añoran la democracia pacífica su acercamiento a la organización legal. Para los núcleos que sin identificarse con la burocracia colaboran en su fortalecimiento, el problema se reduce a plantear como consigna y justificación la necesidad de participar en la institucionalización porque falta la alternativa, mientras no hacen nada para crearla y esperan que lo hagan otros.

El desarrollo contradictorio del proceso peronista determina respuestas tácticas de Perón para mantener la unidad del movimiento en la situación de debilidad organizativa y fuerza espontánea. Las respuestas de Perón son tácticas porque están orientadas a defender el potencial del movimiento, y no estrategias. La estrategia está en la acción y desarrollo de la fuerza revolucionaria de la clase trabajadora en la perspectiva de la guerra popular, y en el intento de integrar al peronismo como colchón del régimen por la burocracia política y sindical. No es extraño que los "tácticos" y "estratégicos" se ubiquen en el medio indefinido y adopten verbalmente la guerra popular mientras organizativamente colaboran en el fortalecimiento de la alternativa integracionista, expresando la rebeldía espontánea y defensiva del movimiento.

Por lo tanto, las tácticas de Perón no son parte operativa de una estrategia homogénea sino efecto de la realidad in-

orgánica y contradictoria del peronismo. Las tácticas son la expresión específica de la contradicción, y la contradicción es consecuencia de la actividad de intereses aliados a los monopolistas en el interior del movimiento.

Perón muchas veces recurre "tácticamente" a sectores reformistas para aislar o destruir a enemigos desenmascarados. La contradicción en el seno de la burocracia se convierte en una fuerza del líder, pero si es necesario este tipo de conflictos interburocráticos para impulsar alternativas más definidas es porque los revolucionarios son débiles y otros que deberían fortalecer al movimiento liberador, al aceptar las reglas del juego han dejado de representar una fuerza. La renuncia de Paladino expresa este proceso, en los hechos no es el fortalecimiento de la alternativa revolucionaria sino el remate de un proceso aprovechando la contradicción interna. Dada una cierta relación de fuerzas en el peronismo, Perón puede liquidar a Paladino, pero todavía no puede aceptar como única vertiente del movimiento una alternativa que, a corto plazo, no ejerce la representatividad política del conjunto del movimiento de masas.

En la medida que el régimen es un elemento activo en el interior del movimiento, la afirmación de las tendencias burocráticas constituyen sucesivas limitaciones de la autonomía de Perón, obligándolo a asumir posiciones políticamente débiles en lo inmediato que, si bien garantizan la continuidad del proceso liberador, a corto plazo aparecen los elementos confusos y confusionistas. Y es en el corto plazo que se precisa una definición para seguir avanzando, y esta definición no puede darla Perón, sólo pueden realizarla prácticamente los militantes. Aquí está el desafío y la necesidad de comprender que en el plano institucional del peronismo poco valen las palabras y las declaraciones si al mismo tiempo se fortalecen las estructuras del enemigo.

Al mismo tiempo que se saca de encima a Paladino, Perón promueve la unificación de la burocracia sindical, reorganizando las 62 organizaciones. Los mete a todos en la bolsa "para que se vigilen entre ellos", pero simultáneamente fortalece a un grupo que políticamente había desaparecido como expresión peronista: el participacionismo de Rogelio Coria, Peralta y otros por el estilo. El conflicto entre la burocracia sindical y el aparato político creó las condiciones para imponer la propuesta del participacionismo y el grupo de los 8 que Perón resistía desde fines de 1970.

Esta reunificación pondrá seguramente al movimiento general peronista bajo el control de los grupos más reaccionarios y grises. El grupo de los ocho —Roqué, Elorza, etc.— y los participacionistas, se unirán al nuevo caudillo metalúrgico, Calabró, para estructurar la rama "sindical" del peronismo. Rucci y Miguel posiblemente desaparecerán a partir de este verano. Los que esperaban alguna participación de sindicatos opositores como telefónicos quedaron totalmente descolocados. El reemplazo de Paladino por Camorra y el consiguiente debilitamiento del aparato electoral montado para fortalecer la candidatura de Lanusse, puede producir una alianza de Cámpora con los sindicalistas reindustrializados y el vanguardismo político. Con estos conductores "tácticos" la institucionalización electoral pasa por la polarización y quizás la posterior proscripción de los caudillos del peronismo para dejar el campo libre a Lanusse. Esto si no se revitaliza la alianza de la burocracia sindical con el frigerismo o con el comunitarismo de Onganía.

La ventaja de Perón en estos momentos es el rápido deterioro y el desprestigio de todos los núcleos institucionales, políticos y sindicales, que sin ser un factor activo permite desarrollar líneas independientes y combativas a partir de las posiciones adoptadas hasta ahora. Cuando los grupos militantes comprendan que la fuerza del peronismo no está en el aparato político y que la burocracia sindical es una fuerza enemiga, se facilitará el vuelco hacia el trabajo de bases que profundice el potencial revolucionario de los trabajadores peronistas.

El argumento de la debilidad del paladinismo sirvió para fortalecerlo frente al cuco del vanderismo. Otros grupos hicieron lo mismo pero al revés, trabajaron para los vanderistas disputando con los paladinistas el control de las unidades básicas.

La burocracia sindical —vanderismo— es indudablemente más fuerte porque su poder es autónomo y no depende del aval de Perón para subsistir. Los sindicatos pueden mantenerse con el apoyo del Ministerio de Trabajo y sus finanzas, sin necesidad de ser reconocidos por Perón. Vander primero, Alonso y Coria después, son un ejemplo de esto. Los políticos del peronismo son una fuerza que depende de la palabra de Perón porque el aparato pequeño burgués tiene peso relativo en un movimiento fundamentalmente obrero. En cambio los sindicatos son naturalmente una forma de afiliación política —o lo fueron— para los trabajadores argentinos, el rol de los sindicalistas es decisivo en la política legal a largo plazo.

Optar por una de las variantes de la burocracia para "no quedar marginado del proceso", es reconocer en ella un carácter peronista definitorio: son peronistas si Paladino o los vanderistas lo afirman, si ellos niegan se pone en duda la definición política de los "repudiados". Esta actitud debilita la única posibilidad seria de sacarse de encima a los dos sectores: la organización independiente desde las bases partiendo de la experiencia combativa y resistente de la clase obrera y con una perspectiva de desarrollo de la guerra nuclear.

El poder del vanderismo, a lo largo de los años, alejó a muchos militantes del frente que mayores posibilidades tiene para organizar revolucionariamente a las bases: el frente obrero y sindical. Y esto sin proponer al sindicalismo de liberación o el sindicalismo combativo por empresa como proyecto futuro, pero sí concientes que el sindicalismo de liberación significó un paso irreversible de las masas, e impulsando a partir de allí nuevos criterios organizativos en una visión más amplia y global del proceso de guerra popular.

Cuando se diluye la expresión obrera de las bases en formas organizativas que subestiman el papel de la clase trabajadora, el movimiento se debilita; lo cual no significa abandonar la organización barrial sino darle un contenido integrado al de las reivindicaciones obreras y que surja del potencial revolucionario de éstas.

El problema es difícil y su resolución práctica demandará mucho tiempo, pero debe actuarse en ese sentido sin claudicar ante la falsa opción de las masas que entran a millares en locales abiertos en los barrios con el auspicio de la conducción táctica.

Paladino cae pero quedan las consecuencias de su paso, que no son casuales ni se deben a una reconversión mágica de la táctica de Perón en la estrategia de la burocracia política, sino a la definida estrategia desarrollada por ese núcleo. Las razones de la existencia de la burocracia política hay que rastrearlas en la historia del peronismo, así como los fundamentos de su accionar, pero el fortalecimiento durante 1971 se debió sobre todo al cambio institucional de marzo que fortalece al sector y a una ofensiva sobre Perón realizada por el gobierno argentino y la burocracia peronista. Personalmente Paladino no puede sostenerse, pero políticamente vertebró un proceso que debilitó al peronismo en su conjunto. Esa fue la misión delegada por el régimen que la conducción política local y los burocratas sindicales llevaron adelante de manera concertada con el equipo promotor del gran acuerdo nacional: Lanusse, Manrique, Mor Roig y Montero Ruiz.

El error de considerar a Paladino sólo como individuo y no como exponente de una política de clase llevó a la subestimación y a suponer que era débil y no representaba nada, que sus opiniones en definitiva no incidían porque eran sólo eso, opiniones. Pero el problema del peronismo no es de individuos más o menos locales, más o menos trágicas fugas, y sí de núcleos políticos sociales que tienen fuerza política independientemente de la permanencia o no de ciertas personas en la conducción local. En esos términos es lo mismo Paladino que Cámpora, aunque este último apareciera en el momento que Perón retoma la iniciativa: en el movimiento perdida por el desarrollo de "la hora del pueblo". Perón retoma la iniciativa en el movimiento y no en la política nacional que está en manos de Lanusse.

Ahora Perón puede jaquear al régimen y amenazar con la crisis que seguramente provocará la polarización electoral. Pero esta crisis repite las anteriores si no se profundiza la alternativa independiente de las bases. A la desconfianza generalizada de las masas peronistas sobre las elecciones, se agregan las enseñanzas de la C. G. T. de los Argentinos, las organizaciones de base y la guerrilla peronista. Estos factores no existían cuando el peronismo provocó crisis políticas anteriormente y modifican cualitativamente la situación, sumado a 16 años de frustraciones, al desprestigio del reformismo y la burocracia y el ejemplo de los cordobazos, rosariazos, etc. Por tanto están dadas las condiciones para un fortalecimiento de la organización de las masas peronistas que deje totalmente de disputar el control del aparato justicialista.

El conflicto burocracia sindical (vanderismo) vs. burocracia política (peronismo de clase media) expresa dos vertientes en un movimiento compuesto por la clase trabajadora que es espectadora del mismo. Los núcleos burocráticos del sindicalismo están identificados con la estrategia de la gran empresa y promueven un proceso desarrollista industrial que facilite su permanencia y subsistencia financiera. Los grupos liberales del peronismo político, que estuvieron desplazados desde el 28 de junio de 1966, encuentran en Lanusse la posibilidad de recuperar el tiempo perdido —que la burocracia sindical no perdió durante la revolución argentina— y actúan en consecuencia apoyando al gran acuerdo nacional que les dará un lugarito municipal bajo el sol, convirtiéndose en guardianes del orden político y disputando como mafiosos con los sindicalistas parte del beneficio que les toca.

El peronismo de clase media, expresado más por la "Hora del Pueblo" que por el peronismo, disuelve en sus declaraciones la "falsa antinomia" y coincide con el programa del balbinismo. Como no puede postular una subsistencia civil de la clase, busca su integración al aparato del estado, las elecciones cumplirían ese cometido.

Este sector social -la clase media tradicional- reformista siempre que se favorezca, pero amante del orden y la continuidad del régimen, se expresa principalmente en el radicalismo del pueblo y de manera global en la coalición electoralista. La coalición electoralista sirve a los integrantes de los partidos para utilizar en su propio provecho la fuerza social del peronismo. Así como Perón -que lidera a la fuerza decisiva de La Hora del Pueblo- utiliza a la "hora del pueblo" para cercar al gobierno: Los miembros de la coalición, con el apoyo del estado argentino, la utilizan para integrar el peronismo al sistema o atomizarlo en caso de fracasar la experiencia. En todo caso, la jugada es inteligente porque Perón está limitado por los hechos consumados y su reacción, cuando liquida a Paladino, llega después que éste recorrió un gran trecho en el proceso integracionista.

La diferencia entre la burocracia política y los radicales, es que el peronismo no responde social ni históricamente al electoralismo de clase media. Los políticos del aparato tratan de imponer una política de clase media en un "partido" que socialmente no le responde, y utilizan argumentos del peronismo histórico para sobrevivir y establecer cierta continuidad entre su acción y la práctica del movimiento. En cambio los radicales, en general, se identifican alrededor de la democracia electoral.

En términos políticos, la burocracia sindical está identificada con los postulados del desarrollismo frigerista y en desacuerdo con el reformismo liberal de La Hora del Pueblo. Los sindicatos son al mismo tiempo: instrumentos de la organización obrera peronista (históricamente); de resistencia económica y política desde 1955 hasta los planes de lucha por lo menos; medio de afiliación al peronismo de la clase obrera por la proscripción desde 1955; mecanismo de integración de la burocracia al régimen; y finalmente, expresión -a través del participacionismo y el vanderismo- de intereses monopolistas en la organización peronista. Este doble carácter explica ciertos enfrentamientos "dirigidos" por la actual burocracia, como los tres paros generales de octubre y noviembre de 1970.

Una cuestión muy importante es definir a la burocracia sindical, quiénes son. Porque este núcleo no está compuesto sólo por dirigentes sindicales, sino por un conjunto de personas que socialmente pueden definirse también como alta burocracia. El mecanismo de lucha e integración de la organización gremial, obliga en función de sus fines a aceptar el marco legal del sindicato reconocido, promueve el desarrollo de prácticas reformistas en la dirección. Llegado a cierto punto, los dirigentes sindicales pasan a comprometerse en un sistema de acuerdos con la patronal durante las discusiones de convenios.

La capacidad financiera de la organización, proveniente de la cuota sindical y la retención del primer aumento, posibilitan la colocación personal o institucional de los fondos, reproduciéndolos. A este núcleo que paulatinamente aparece más identificado con los empresarios de la paritaria, se

suma como parte integrante de la burocracia sindical los gerentes de relaciones laborales y jefes de personal de las grandes empresas. Este sector presta gran colaboración al sindicato confeccionando listas negras, hostigando a los enemigos de los dirigentes. A veces la cuestión es al revés y en la fábrica se hostiga al oficialismo sindical porque a la empresa le interesa promover a la oposición. Un caso evidente fue el problema de Framini en textiles, donde la patronal promovía a los integrantes de la lista celeste.

A estos dos sectores ya señalados, debe sumarse la asistencia legal de los sindicatos -y en algunos casos también de la patronal-: en el núcleo de abogados laboristas hay una élite estrechamente vinculada a los sindicatos a los gerentes y jefes de personal y a las autoridades públicas del ámbito laboral, especialmente al ministerio de trabajo. El puesto de abogado de sindicato, gerente de relaciones laborales o funcionario del ministerio de trabajo es intercambiable. Hay quienes en distintas e idénticas etapas de su vida representaron todos los papeles.

El cuarto factor integrante de la burocracia sindical es el público, especialmente los altos niveles del ministerio de trabajo, las cajas y el ministerio de Bienestar Social. Son siempre las mismas personas que cambian de comisiones especiales o cuerpos asesores y que tienen estrecha práctica común con los dirigentes sindicales. A veces hay contradicciones entre ellos, pero los cuatro grupos que componen la burocracia son un sector bien definido y por el tipo de sus actividades se identifican más con la gran empresa -pública o privada- que con la pequeña y mediana, que no tiene posibilidad de operar en el plano de la burocracia y los tecnócratas y que tampoco reviste interés para ellos. Es un tipo de especialización que sólo está al alcance de la economía de escala: estatal o privada, nacional o extranjera.

Por tanto, la burocracia sindical no son sólo los dirigentes, sus empleados directos y sus epígonos políticos, sino también los gerentes y jefes de personal, los abogados laboristas y los funcionarios de trabajo y seguridad social. Este bloque constituye la burocracia sindical, está integrado a la política monopólica y por su formación la mayoría forma o formó parte del peronismo (en el núcleo sindicalista) y del frigerismo (los otros sectores).

Una vez definida socialmente la burocracia se aclara el carácter antagónico de su contradicción con el movimiento y también con Perón que constituye un límite a su poder; y por tanto también el carácter contradictorio de sus manifestaciones políticas.

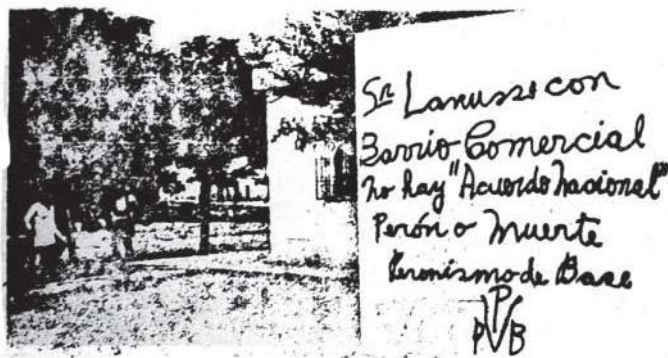
El problema de la burocracia es un problema político social y no cuestión de leales y tráfugas. Hay que superar la visión del carácter formal de la organización, que una vez unificada puede devenir revolucionaria si cambian dos o tres cabezas. El sindicalismo argentino ha llegado a una etapa de su integración que muy difícil pueda aportar dinámicamente a una política revolucionarla; aunque la contradicción de la burocracia con las bases obreras la obliga muchas veces a asumir posiciones contrapuestas a sus fines y de enfrentamiento contra el sistema.

Ahora, reunida otra vez, puede aportar su fuerza a una alternativa electoral, porque como el aparato oomiteril depende de Perón y del peronismo para su vigencia política, aunque no para su continuidad como burocratas. Por otra

parte, no obstante la fuerte tradición sindicalista, los activos sindicales son cada vez menores, y como consecuencia la organización y la capacidad de convocatoria disminuyen.

El panorama general y contradictorio del peronismo muestran el absurdo de las críticas y luchas individuales por influencia en el aparato; la contradicción se expresa en términos de alianzas políticas y no unidad estratégica y de lucha de clases. El reemplazo de Paladino por otro delegado o no cambia la correlación de fuerzas, o de por sí es consecuencia del cambio de la relación de fuerzas. Pero el problema central continúa siendo el desarrollo de una organización que retome y profundice el carácter popular y revolucionario del peronismo hasta conducirlo a la hegemonía sobre el conjunto del movimiento. La alternativa "guerra popular-organización de bases" es tal en tanto esté capacitada por su actividad presente, y no sólo potencial. Postergar la alternativa al futuro y no continuar con las viejas prácticas que demostraron sólo la capacidad defensiva, es contribuir al fortalecimiento de la burocracia política o sindical.

En términos muy generales puede afirmarse que la debilidad de la burocracia política marcha paralela con la debilidad de la clase media tradicional en el país y su carácter minoritario en el peronismo; y su vigencia por concepciones pacifistas espontáneas que se producen permanentemente impulsadas también por el régimen, y por el apoyo que le presta el gobierno de Lanusse. La burocracia sindical, en cambio, es más poderosa y puede expresarse tanto en términos electorales como golpistas, sin despreciar la alianza ejército-sindicatos para "profundizar la revolución". Su existencia es también la del desarrollismo, y está garantizada mientras dure el proceso de concentración monopólica.



A los lectores:

El N° de "Antropología 3er. Mundo", que se había agotado, ha sido reimpreso y sale a la venta junto a la presente entrega.

En cuanto a los 'Cuadernos Internacionales', anunciados anteriormente, hemos optado por derivar los materiales correspondientes a la sección "Informe Internacional", que se inicia en este número. Ello se debe al gran aumento de costos de edición, que dificultan el sostenimiento de dos publicaciones simultáneas.

informe internacional

Episcopado Peruano: histórico documento al Sínodo

Introducción: La realidad nacional la experiencia peruana.

1. La Iglesia peruana se encuentra en un país que vive una encrucijada de su historia, en la que está presente la voluntad de nuestro pueblo de forjar una sociedad más justa. Esta experiencia, con sus aciertos y ambigüedades, es un aporte para la comunidad de naciones y de iglesias en el mundo. La historia de cada pueblo es patrimonio común de una historia solidaria de la humanidad en el designio salvador de Dios.

Situación de dependencia

2. Compartimos con las naciones del Tercer Mundo el ser víctimas de sistemas que explotan nuestros recursos económicos, controlan nuestras decisiones políticas, nos imponen la dominación cultural de sus valores y de su civilización de consumo. Esta situación, denunciada por el episcopado latinoamericano en Medellín, se refuerza y mantiene por la estructura interna de nuestros países, de creciente desigualdad económica, social y cultural, de perversión de la política que no sirve al bien de todos sino al de unos pocos.

Voluntad de cambio

3. Compartimos también con estos países el esfuerzo por una liberación. En nuestro país, por circunstancias históricas surge una aspiración en todo orden. Es el resultado de la miseria de los marginados, de su organización en grupos de presión y de su lucha; es efecto también de la interpretación de nuestra realidad como subproducto del desarrollo capitalista de la sociedad occidental, conside-

rada como centro del sistema. Esta interpretación lleva a quienes detentan actualmente el poder político a tomar medidas que significan un inicio de romper la dominación interna y externa. Tales medidas son, por ejemplo, el intento de recuperación de nuestros recursos naturales, la repatriación de capitales y control de divisas, la reforma agraria, creación de comunidades laborales, la reforma de la educación, el apoyo a la movilización social. Estas medidas apuntan hacia una reafirmación de nuestra soberanía, hacia un mayor control de la economía por parte del Estado; hacia la más justa distribución del ingreso entre los sectores campesinos, hacia la participación de los trabajadores en las utilidades, gestión y propiedad de las empresas; hacia la capacitación del sentido crítico para confrontar creadoramente la respuesta del hombre peruano ante su medio y su destino histórico, hacia la participación del pueblo como agente de su propia liberación.

Presiones externas

4. Cuanto más empeño se pone en el cambio, más se evidencian las fuerzas de la dominación. La presión externa recrudece sus medidas represivas con sanciones económicas en el mercado internacional, en el control de los préstamos y demás ayudas. Las agencias noticiosas y los medios de comunicación, bajo el control de los poderosos, no expresan el derecho de los débiles y deforman la realidad filtrando interesadamente las informaciones.

Presiones internas

5. La resistencia al cambio se manifiesta también por presiones internas: los grupos dominantes luchan por no dejar sus privilegios; se retraen los capitales para obstaculizar el proceso de cambio, con evidente menosprecio de las vidas humanas que serán afectadas por el desempleo; los valores individualistas de la sociedad de consumo determinan la actitud reticente de las clases medias; los sectores populares largamente alienados por una historia de dominación, no logran descubrir los cauces y el sentido de su participación, desorientados ante políticas represivas o ante manipulaciones poco honestas de grupos políticos.

Estos sectores, ilusionados falsamente por la propaganda de una sociedad de consumo, con frecuencia sólo buscan la promoción individual que le saque de su medio, sin solidarizarse con sus hermanos de clase en una promoción total. La presencia de los cristianos es ambigua, manifestando unos el apoyo decidido a las medidas de cambio e incluso, exigiendo una mayor radicalización de ellas, mientras que otros pretenden justificar desde su fe la defensa de sus privilegios, por la carencia de una visión más amplia de la solidaridad basada en el Evangelio.

La experiencia de la Iglesia

6. Ante esta situación surgen en la comunidad cristiana opciones por los oprimidos, identificándose con sus problemas, sus luchas, sus aspiraciones. Muchos cristianos ven iluminado su compromiso por una teología, que a partir de la fe, interpreta esta realidad como una situación de pecado y una negación del plan de Dios, y que mueve al compromiso por la liberación como una respuesta al Señor que nos llama a construir la historia. La Iglesia descubre así la inevitable implicancia política de su presencia, y que no puede anunciar el Evangelio en una situación de opresión sin remover las conciencias con el mensaje de Cristo libe-

rador. Ve en la pobreza evangélica la expresión de su solidaridad con los oprimidos y la denuncia de pecado de la sociedad opresora de consumo, creadora de necesidades artificiales y de gastos superfluos. Percibe la urgencia de abrirse a los problemas del mundo para ser fiel a su misión, ya que en el pasado y aún ahora, tiende a vivir encerrada en sus problemas internos y corre el riesgo de no ser signo; si se mantuviera ausente de las angustias y preocupaciones de los hombres.

Primera parte

Por un mundo justo, justicia y santidad

7. El problema de la justicia en el mundo es "el problema central de la sociedad mundial de hoy" (Documento romano para la preparación del Sínodo). Y la realización de la justicia entre los hombres está en el corazón del mensaje bíblico. Obrar la justicia es reconocer, es decir, amar a Dios (Cf. 1 Jn 2, 29). Cuando la justicia entre los hombres no existe, Dios es ignorado. Por eso, dice Medellín que "allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor; más aún, un rechazo del Señor mismo (Paz 14).

La justicia, entendida como santidad, don del Señor, es el fundamento último de la justicia social. Pero ésta es, a su vez, respuesta necesaria e insustituible a la primera. Luchar por establecer la justicia entre los hombres es comenzar a ser justo ante el Señor. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables.

Liberación y salvación

8. Construir una sociedad justa en América Latina y en el Perú, significa la liberación de la actual situación de dependencia, de opresión y de despojo en que viven las grandes mayorías de nuestros pueblos. La liberación será, por un lado, ruptura con todo aquello que mantiene al hombre imposibilitado de realizarse como tal, personal y comunitariamente; y por otro lado, es construcción de una sociedad más humana y fraterna.

La salvación de Cristo no se agota en la liberación política, pero ésta encuentra su lugar y su verdadera significación en la liberación total anunciada incesantemente por la Sagrada Escritura, llevando al hombre a su dignidad de hijo de Dios (Cf. Medellín, Justicia, 3). Un pueblo de Dios que promueva a todos los hombres y a todo hombre (PP, 14) es lo que Dios quiere y la humanidad espera (Cf. GS, 11).

Para la comunidad eclesial peruana esto implica optar por los oprimidos y marginados, como compromiso personal y comunitario. Esta opción no excluye de nuestra caridad a ningún hombre, antes bien optar por quienes hoy experimentan las formas más violentas de la opresión es para nosotros una manera eficaz de amar también a quienes, quizá inconscientemente, están oprimidos por su situación de opresores.

Participación en el proceso de liberación

9. El hombre debe ser artífice de su propio destino (Cf. PP, 15), responsable ante la historia, creador de su propia cultura y civilización; lo que se hace aún más urgente en el proceso de cambio socio-político que vivimos.

Esto significa que el pueblo debe tener una participación real y directa en la acción revolucionaria contra las estruc-

dicionadas. También tienen menos salidas. Mientras el desarrollismo puede especular con un golpe salvador que les reconozca su parte los radicales y los partidos de la Hora del Pueblo se salvan sólo con elecciones. Para estos sectores de la clase media sólo una salida electoral condicionada permite su incorporación al aparato del estado, y juegan todo su apoyo al proyecto de Lanusse —caso Thedy, Balbín, Leopoldo Bravo—, que en caso de fracasar los colocaría nuevamente en el "ostracismo".

Aquí no existe una contradicción entre dos proyectos imperialistas sino la ausencia de caminos para la clase media que definitivamente, en sus expresiones políticas, se prende al continuismo. Pero ese continuismo debe garantizar al menos la posibilidad de funcionar como expresión política legal y también la posibilidad de repartir cargos provinciales y municipales a su clientela. Por eso su temor al triunfo de los sectores ultra, para quienes este sector social no tiene ninguna relevancia. A este juego se suman fracciones de la burocracia política del peronismo y el neoperonismo, tanto a nivel nacional como provincial.

La clave para analizar el comportamiento de estos núcleos es definir su papel en la estrategia contrarrevolucionaria, cómo juegan tácticamente en la misma y cómo desaparecen cuando las circunstancias que no controlan cambian.

BUROCRATAS Y CONCILIADORES

Desde el primer momento la burocracia sindical trató de moverse autonomamente de Perón y del gobierno actual, para tener las manos libres si se daba alguna salida no prevista o se producía un golpe militar.

La unificación de las 62 Organizaciones promovió nuevamente al primer plano al sector participacionista dirigido por Rogelio Coria, que en alianza con el vanderismo ortodoxo de metalúrgicos pasó a controlar totalmente la estructura del sindicalismo legal. Los sectores gongonistas de "los 8" se endurecieron para ganar puntos políticos pero al mismo tiempo,

uno de sus dirigentes máximos, Izzeta, entregaba la huelga de los municipales de Santa Fe. Es que más allá de sus contradicciones —consecuencia de la competencia por obtener los máximos favores y acomodos del régimen— los burócratas están identificados en un proyecto central: el apoyo al proceso de concentración monopólica y la subordinación al estado "fuerte" como medio de supervivencia política y económica. El proyecto de la burocracia sindical es el continuismo, pero como no son directamente empresarios ni militares, el continuismo de los que promueven la concentración económica.

La estructura sindical paulatinamente fue superando su contradicción interna —organismo de representación económica de los obreros— para convertirse en un instrumento organizativo, político e ideológico del estado neocolonial.

El papel de Perón en el manejo de la burocracia está limitado por las necesidades que surgen permanentemente del aparato sindical, que satisfacen básicamente en su relación con el Estado. Por eso ante el agravamiento de la relación burócratas-estados, la burocracia siempre decide en favor del Estado. Los burócratas se mueven cómodamente en la contradicción entre el bloque dominante y los sectores desplazados: mientras el bloque dominante mantenga el poder serán oficialistas, pero sin romper sus vínculos con los sectores desplazados por si cambia la mano. Los burócratas en su oportunismo siempre juegan a ganador, y en ese juego el papel de Perón como control de las actividades de la burocracia es mínimo y se reduce a conseguir que saquen alguna declaración, pero nunca que pasen a la acción.

Como formalmente son organizaciones de representación obrera, deben en determinadas coyunturas hacer frente a la presión de las bases. Pero las luchas obreras siempre son negociadas para fortalecer su capacidad entre los poderes públicos, y Perón también es un instrumento de negociación de los burócratas con el Estado. No es Perón el que instrumenta a los burócratas en su táctica, si no

éstos quienes instrumentan a Perón para afirmar su posición en el régimen. Como para poder instrumentar a Perón deben admitir formalmente su conducción, Perón revierte parcialmente ese juego ampliando el conflicto entre los sectores del régimen.

En el caso de la burocracia sindical hay que analizar su papel en la estrategia contrarrevolucionaria. Las formas políticas y organizativas que defienden, su formulación ideológica, su capacidad represiva, su poder como estructura del estado, están puestas al servicio de la lucha contra el movimiento popular. Con el agravante de que su nacimiento en el peronismo la convierte en términos político-ideológicos en el enemigo principal de la clase obrera, en el mismo nivel que el Estado y la clase monopolista.

La exigencia de Perón de elecciones libres, obliga a los burócratas a aceptarlas y hacer también propaganda electoralista, previendo que si se realizan podrán ocupar cargos en la legislatura. Y acá se termina el control de Perón sobre los burócratas. Más allá la burocracia se juega totalmente por su legalidad y por el gobierno, como lo demuestran las múltiples entrevistas de los dirigentes sindicales a Lanusse después que el 7 de julio decidiera la congelación de los fondos sindicales.

En junio se produce en San Nicolás un tiroteo donde los pistoleros de Coria balean a una manifestación que reclamaba por el cumplimiento de la función sindical en defensa de sus derechos. Esta situación es típica: hay una competencia entre la construcción y metalúrgicos (en este caso Rucci interventor de la seccional San Nicolás) por la retención de los aportes sindicales de más de mil obreros que están ampliando la planta de Somisa. Tanto Coria como Rucci quieren quedarse con la plata y hasta que no se resuelva el problema de las retenciones los trabajadores no tendrán ninguna defensa. Por otra parte la empresa contratista de Somisa aprovecha para intensificar el ritmo de trabajo y no pagar las cargas sociales. Finalmente, el ejército que es administrador de Somisa también saca partido porque se aceleran los trabajos. La unión de bu-

Así mismo proponemos que las Iglesias nacionales de las naciones poderosas tomen conciencia de que su acción y omisión son factores en el juego que sus países ejercen como dominadores sobre otros pueblos y por consiguiente empleen sus mejores esfuerzos por luchar contra esta situación, denunciándola y ejerciendo su influjo moral y social para superarla, por ejemplo censurando la venta de armamentos a países del Tercer Mundo y los criterios arbitrarios con que se realizan empréstitos internacionales.

16. Dada la situación de injusticia y de pecado que supone el hecho de que millones de seres humanos vivan en una situación infrahumana al mismo tiempo que se gastan ingentes recursos económicos en una desenfrenada carrera armamentista con el objeto de seguir manteniendo situaciones de dominación, estado de cosas que se agrava en el caso de los armamentos nucleares, no sólo por los recursos que consume y el peligro potencial, sino también por el daño ya causado a la humanidad con las pruebas experimentales; proponemos que la Iglesia universal denuncie rotundamente esta situación en términos generales, así como también en los casos concretos en que estas armas son utilizadas por los países poderosos para oprimir a pueblos pobres.

17. En lo relativo a la conquista espacial, si bien se reconoce que puede generar un gran avance tecnológico, se ve con preocupación que ésta se realice en forma de competencia política, duplicando innecesariamente los gastos, así como también el peligro de que este avance tecnológico sea utilizado para la destrucción masiva de la humanidad o para beneficiar exclusivamente a los centros de poder mundial con el consiguiente refuerzo de la situación de dominación; proponemos que la Iglesia universal exija una integración de esfuerzos de las potencias comprometidas en la carrera por la conquista espacial y pida que los nuevos descubrimientos sean empleados en bien de toda la humanidad.

Implicancias a nivel nacional

18. Damos nuestro apoyo y aliento a los cristianos que, realizando y viviendo una opción clara por los sectores populares, se identifican con sus problemas, sus luchas y sus aspiraciones. Frente a los cambios estructurales de nuestra patria decimos que las necesarias renuncias deben recaer sobre todos, porque sólo es posible tener autoridad moral para imponer sacrificios cuando se procede, con el ejemplo, en la austeridad. Así nos lo enseñó Cristo.

19. Ante la mentalidad manipuladora y despersonalizante de muchos funcionarios y empleados, sobre todo en provincias, señalamos que estas actitudes y conductas no sólo contradicen la realización de la justicia, sino igualmente los esfuerzos que se vienen haciendo por romper viejas estructuras y construir una nueva sociedad. Igual contradicción implican la desidia, la rutina, la falta de ética.

20. Frente a actitudes de las autoridades inmediatas al pueblo, que se preocupan más por reprimir la crítica a las incoherencias internas -naturales a todo proceso de cambio- que de examinar la objetividad de tales denuncias, creemos oportuno señalar la exigencia de una nueva actitud y la búsqueda de nuevas formas de ejercicio de la autoridad.

21. Frente a la discriminación racial y cultural que todavía sufren nuestros pobladores del campo, y a la marginación que sufre la mujer, sobre todo en la sierra, tenemos que recordar que todos somos personas, hijos de un mismo Padre, destinados a una misma liberación y salvación.

22. Frente al hecho de una reforma agraria que aún pretendiendo dar una respuesta justa puede generar nuevas situaciones de injusticia, tales como la adjudicación exclusiva de los fundos a los trabajadores estables al momento de la afectación, lo que genera grandes desníveis entre los nuevos propietarios de fundos ricos y de fundos pobres, así como también, al marginar de este proceso a gruesos sectores campesinos que no estaban en la situación de trabajadores estables, proponemos que se contemple este problema en el proceso de adjudicaciones, buscándose creadoramente las formas de propiedad que permitan beneficiar al mayor número posible de campesinos, así como también dar el debido resguardo a la finalidad social de la propiedad estableciéndose los mecanismos legales que aseguren el mayor servicio a la sociedad.

23. Las comunidades laborales han sido creadas como un intento de conciliar, en el interior de la empresa capitalista, los intereses del capital y del trabajo, permitiendo a éste la participación gradual en la gestión y en la propiedad de los medios de producción. Tal innovación ha sido hecha a partir de la decisión del Gobierno, sin la participación de los trabajadores, a quienes se pide amoldarse a una medida, que por ser radicalmente diferente a las experiencias hasta ahora conocidas, rebasa posibilidades y genera frustraciones e inadecuaciones. Urge pues la redefinición del papel de los trabajadores y empresarios dentro de un proceso de cambio que por ser abierto, es capaz de generar mecanismos propios cuya dinámica lleva a la total revalorización del trabajo humano en la nueva sociedad.

Armamentismo en Israel

LOS GASTOS DE GUERRA PROPORCIONAN GANANCIAS A LOS VENDEDORES Y A LOS FABRICANTES DE ARMAS

POR NAUM BENDURRA
SERVICIO ESPECIAL DE INTER PRESS SERVICE

Tel Aviv - (IPS). - Los gastos de guerra del Estado de Israel ocupaban el 23 por ciento del producto bruto nacional en 1967 y 1968, subieron al 28 por ciento en 1969, al 31 en 1970 y serán por lo menos el 33 por ciento este año. La economía israelí está, en este momento, en camino de su completa militarización.

Otras cifras, también oficiales, revelan que por lo menos la mitad de los gastos de guerra se destinan a la compra de material bélico en el extranjero, y que el principal abastecedor son los EE. UU. Consecuentemente, se ha registrado un violento déficit de la balanza de pagos, que en 1970 alcanzó la cifra récord de 1.265 millones de dólares, casi el doble después de sólo dos años.

El sector militarizado de la economía se despliega incesantemente. En 1970, las compras del Ministerio de Defensa representaron el 7 por ciento de las ventas industriales, pero en el rubro de la construcción la participación llegó al 25 por ciento del total de los negocios. Se calcula que el 10

por ciento de los trabajadores israelíes está en relación directa con la industria militar.

La compañía estatal "Industrias de Aviación", por ejemplo, en la década 1960/1969, cuadruplicó el número de sus operarios y multiplicó por 15 el volumen de sus ventas.

La militarización de la economía, unida a la explotación de las zonas anexadas después de 1967, permitieron al gobierno de Tel Aviv superar la crisis económica de 1966/68. En los dos años siguientes (1968/1970), el producto bruto nacional aumentó el 11,6 por ciento y disminuyó el número de desocupados. Simultáneamente, la inflación recibió un fuerte impulso, a causa del elevado déficit del presupuesto del Estado.

Los enormes gastos bélicos, empero, permitieron a la economía de Israel soportar la situación sin precipitarse en una grave y ruinosa quiebra. La explicación debe buscarse en la afluencia de capital extranjero, principalmente norteamericano. En cuatro años, entre 1967 y 1970, entraron en Israel 4.300 millones de dólares, una cifra notablemente elevada en cualquier caso y particularmente alta, si se la compara con los 5.700 millones que habían arribado en los 18 años anteriores.

Las contribuciones desde el exterior se completan con los pagos del gobierno de Alemania Occidental, en concepto de reparaciones de guerra, las remesas particulares y las recaudaciones de las organizaciones sionistas de todo el mundo.

Después de la guerra también creció el volumen de los créditos no reintegrables y de la ayuda directa del gobierno de los EE. UU.

Antes de la guerra, los créditos llegaban al 22 por ciento de todos los capitales que ingresaban a Israel, pero después del conflicto su proporción se extendió al 47 por ciento. Los subsidios y préstamos estatales del gobierno norteamericano habían sumado 502 millones de dólares en los 19 años del período 1949/1967, los que representaban el 7 por ciento de la afluencia total de capitales. En los últimos tres años sumaron 537 millones, algo más del 15 por ciento.

El desarrollo de la industria militar ha sido acompañado por la presencia de los grandes grupos monopolistas, especialmente en la electrónica, la metalurgia ferrosa y la no ferrosa. De este modo, la General Telephone and Electronics, de los EE.UU., domina al consorcio "MADIRAN", la Control Data, a la Albit y Kontal. Motorola opera su propia sucursal, Miles Laboratories controla a Miles Veda y Miles Chemicalim, y Monsanto a la Monsol.

Sin embargo, no puede decirse que el funcionamiento de la economía israelí escape al régimen de inversiones y remesa de ganancias, ya que en 1965 (cuando las inversiones extranjeras líquidas ascendían a 113 millones de dólares) la exportación de ganancias llegó a 94 millones, mientras que en 1970 la cifra de las inversiones bajó a 55 millones y el total de las ganancias que salieron de retorno a los EE. UU. fue de 165 millones.

En 1968 se fundó la "Israel Corporation", que se propone obtener capitales extranjeros, pero en dos años apenas supeó los 20 millones de dólares (adelantaba la intención de llegar a 100 millones).

El complejo militar-industrial está, notoriamente, encabezado por generales retirados, una tendencia también internacionalizada en los últimos tiempos.

El consorcio financiero "Kur", la compañía inversionista "Bank Discount" (es uno de los tres grandes bancos locales) y la "Gas Industries", conforman el corazón del complejo militar-industrial. El presidente del consorcio "Kur" es el general retirado Meir Amit. Las empresas metalúrgicas del grupo las preside el general Yeshayan Gavish.

Sobre todo fueron los negocios de guerra los que elevaron las ganancias de los bancos, que pasaron de 44 millones de liras en 1967 (una lira igual a 30 centavos de dólar) a 80 millones en 1969.

En general, puede observarse que la militarización de la economía aumentó el peso de las ganancias empresariales en el conjunto de la renta nacional, y disminuyó la parte de los salarios. Las estadísticas de la Histadrut revelan que los salarios eran el 63 por ciento de la renta en 1966 y descendieron al 55 por ciento en 1969, con tendencia a continuar declinando. Por el contrario, las ganancias empresariales subieron en los mismos años considerados del 37 por ciento al 45.

Un cierto número de grandes corporaciones extranjeras, que venden materiales de guerra, unido a cierta cantidad de compañías locales vinculadas al complejo militar-industrial ha venido sosteniendo que la economía de Israel no podría mantenerse en pie si llegara a imponerse una solución pacífica en Medio Oriente. Este punto de vista ha ganado mucho terreno en la opinión pública, aunque se lo discute en los niveles políticos, por considerarlo una visión deformada de la realidad. Para muchos analistas, por el contrario, es la espiral inflacionaria originada en el déficit del presupuesto estatal, la que puede abatir estrepitosamente la economía de Israel.

Monopolio yanqui del turismo

TURISMO EN LATINOAMERICA, SANTUARIO DE LOS MONOPOLIOS

POR HAROLD MCKENNA
SERVICIO ESPECIAL DE INTER PRESS SERVICE

Toronto. - El desplazamiento libre y por temporadas de viajeros al interior de los países y entre las naciones, juntamente con el complejo de servicios y técnicas que vuelve indispensables, es llamado turismo.

Después de la primera post-guerra mundial, los EE. UU. alcanzaron un papel líder en el turismo internacional.

En 1926, la Costa Azul fue escenario del nacimiento de centros turísticos, como los "Sporting Club" y el "Beach Monaguezques", de Montecarlo, y el "Palm Beach", de Cannes. Los multimillonarios norteamericanos pasaban allí sus vacaciones, y alguno de ellos invirtió su dinero en casinos y oficinas de promoción. En 1929, los norteamericanos de viaje gastaron en el exterior 860 millones de dólares.

Desde entonces, con la única interrupción de la segunda guerra mundial, el turismo no ha dejado de crecer. Se lo considera el único negocio que mantuvo en los últimos años una expansión del 12 por ciento anual, una tasa desconocida aun en rubros de alto rendimiento.

En 1966, por ejemplo, el turismo llegó a representar el 6 por ciento del total de las exportaciones mundiales. Para algunos países como España y México, el turismo alcanza niveles decisivos en su vida económica. En 1968, el turismo representó el 69,8 por ciento de las exportaciones en mercaderías de España, y el 96,4 por ciento de Méjico

La adquisición de la cadena "Tatler" por la Hilton Hotels Corporation, en 1954, fue una de las operaciones de bienes raíces más importantes que se conocen en el mundo. En la década del sesenta, ciudades enteras fueron compradas con fines turísticos, como Deauville, en el norte de Francia y la Costa Brava, en España. También hubo una especulación desenfrenada en los años veinte en Miami Beach, donde se llegó a negociar alejadas zonas pantanosas con la promesa de un atractivo porvenir turístico.

Charles C. Tillinghast fue uno de los profetas del turismo en escala mundial. Como presidente de la Transworld Airlines (TWA), Tillinghast dijo en 1967 que si los directivos de las líneas ferroviarias privadas de los EE. UU. hubieran tenido más inteligencia y visión de futuro, en su momento de auge, el negocio ferroviario no habría pasado por las penurias que pasó, al ser desplazado el tren como principal medio de transporte. "Nosotros nos vamos a meter en otros negocios ahora, sin esperar a cuando estemos en dificultades", avisó Tillinghast. Al anunciar la fusión de la TWA con la Hilton International Corp., él mismo explicó que "necesitamos negocios directamente asociados o relacionados con la industria de aerotransportes o que puedan utilizar los mismos talentos que nosotros". Obviamente, la cuestión del turismo planteaba desde el comienzo el problema de saber si fue primero el huevo o la gallina. "No estamos dispuestos a volar a zonas que carecen de hoteles, pero al mismo tiempo los buenos hoteles no se construirán si no hay líneas aéreas que lleven hasta allí a los clientes", explicó Tillinghast. La asociación de la TWA con Hilton resolvió el problema.

En forma similar opera la Pan American Airways, veterana compañía que al finalizar la segunda guerra mundial aceptó la sugerencia del presidente Franklin Roosevelt para levantar hoteles al estilo norteamericano en diferentes lugares del mundo. Con este motivo fue organizada la Intercontinental Hotels Corp. La idea centralera la de movilizar un circuito de dólares de ida y vuelta, que sin embargo hasta 1960 fue, mayoritariamente, de dólares hacia el exterior de los EE. UU. Recién en 1962, los EE. UU. se lanzaron abiertamente a motorizar el turismo hacia su propio territorio. Créase primero oficinas de información en diferentes países, y en 1965 invirtiéndose trece millones de dólares en publicidad. Durante la presidencia de Lyndon Johnson, fue lanzada la campaña "See America First", se ofreció descuento a los viajeros hacia los EE. UU. y las limitaciones de los gastos turísticos de los norteamericanos comenzaron a ceñirse.

Sólo en 1966, el tráfico aéreo entre Hawái y los EE. UU. creció el 77 por ciento, a causa de la condición de estado norteamericano de la remota posesión del Océano Pacífico. Ochenta millones de norteamericanos fueron turistas en 1967., de ellos, el siete por ciento salió del territorio norteamericano, es decir 5.600.000. -

Pero la política de restricciones al turismo cesó virtualmente al comenzar el gobierno de Richard Nixon, lo que fue interpretado favorablemente aunque con superficialidad tanto dentro como fuera de los EE. UU. La liberalidad de Nixon provenía, en rigor, del hecho de que las grandes corporaciones norteamericanas de hotelería y de aviación, frecuentemente asociadas, se habían apoderado de las mejores "bocas" de turismo mundiales. Una porción sustancial del "dólar turístico", de este modo, vuelve a su punto de partida, generándose el llamado "dólar redondo", que prácticamente no abandona en ningún momento el área de los EE. UU., cualquiera sea el lugar adonde los norteamericanos lo "gastan".

Una encuesta realizada por el "Miami Herald", en 1967, reveló algunas sorprendentes historias de turismo, tales como el control asfixiante que la mafia norteamericana ejerce en algunas regiones. Por lo menos diez de las mayores empresas turísticas de los EE. UU., más siete hoteles de recreo, 45 establecimientos de turismo y 25 restaurantes de La Florida, pertenecían entonces a la sociedad criminal. Las inversiones de la mafia en Las Vegas sumaban 250 millones de dólares. En Las Bahamas, los escándalos con la especulación de tierras y funcionamiento de casinos, planeados por la mafia, provocaron varias crisis políticas.

La mafia es, a su manera, un competidor respetable para los monopolios. En cambio los contrincantes comerciales son, a menudo, borrados del mapa sin contemplaciones. Así sucedió con la concesión de Aristóteles Onassis para explotar el turismo en Mónaco. Esta concesión reunía el casino y los clubes de golf. Pero en 1966 fue anulada después del pacto entre el príncipe Rainier y la Pan American Airways, que le resultó de mayor rendimiento.

Un informe elaborado por el licenciado Octavio Moreno Toscano puso de manifiesto recientemente las características de la penetración norteamericana en el negocio turístico de México.

El tema fue motivo de debate, a causa de la adquisición del edificio de la Compañía Nacional Hotelera, donde funciona el famoso hotel "María Isabel", por la International Telephone and Telegraph (ITT). La ITT es una de las corporaciones más grandes del mundo, y su expansión se realiza en multitud de niveles al mismo tiempo. Su tentativa de apoderarse de la American Broadcasting Corporation (ABC) motivó la intervención del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, que finalmente la vetó. La ITT posee la mayoría de la cadena hotelera Sheraton, propietaria de 160 hoteles en todo el mundo. También domina la Airport Parking Co., concesionaria de la mayor parte de los estacionamientos en los aeropuertos de los EE. UU. También posee la mayoría en la empresa de automóviles de alquiler "Avis".

Sin embargo, cuando adquirió la cadena de hoteles Holiday Inn., que tiene más de 650 hoteles, los mexicanos descubrieron su importancia. Es que la Holiday Inn. adquirió la industria "Artes de México Sociedad Anónima", un taller de artesanía y muebles coloniales de gran reputación, al que reiteradamente recurren los turistas norteamericanos. De este modo, las ganancias de "Artes de México" revierten a los EE. UU. Otra filial de la ITT "Posadas de México Sociedad Anónima", construirá 27 hoteles. Simultáneamente, se anunciaba que la ITT había adquirido el célebre hotel "St. Regis", de Nueva York, y la cadena "Balsa", esta última a través de Sheraton. También construye un hotel en la Plaza del Retiro, en el centro de Buenos Aires, que ha merecido protestas de los hoteleros nacionales de la Argentina.

El mexicano Moreno Toscano explica que "ITT, como empresa de comunicaciones, puede integrar fácilmente los sistemas de reservaciones para sus negocios turísticos. Las oficinas de sus empresas pueden servir a la vez de agencias de información al público, y las convenciones de sus filiales de todas las ramas pueden realizarse en sus propias instalaciones. Las empresas que forman el sistema se pagan rentas y comisiones unas a otras".

Los monopolios internacionales se han lanzado sobre la hotelería de América Latina, donde el nuevo "redondo" es, sin duda, un formidable estímulo.

EL PERONISMO

**1ra. parte DESDE EL 45
HASTA EL 55.**

juan pablo franco
fernando alvarez

ADVERTENCIA

El presente material tiene su origen en dos clases dictadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la U. N. B. A. en la materia "Proyectos hegemónicos y movimientos nacionales en América Latina" algún tiempo antes de la "proscripción" de las Cátedras Nacionales.

Hemos mantenido la estructura originaria de las clases profundizando algunos puntos o completando aquellos menos desarrollados. En el punto referente a la etapa de gobierno, en el apartado referente al problema de la hegemonía en el Movimiento Peronista, fueron omitidos totalmente los planteos originarios sobre el papel de la clase trabajadora y la burguesía nacional y reemplazados por algunas referencias generales a la cuestión debido a que dichos textos fueron publicados en "Notas para una historia del peronismo" (Revista "Envido", Nº 3).

El hecho que seamos nosotros los firmantes del siguiente trabajo es meramente formal. El mismo es el punto de discusiones e intercambio de ideas con compañeros del Movimiento -en especial con el compañero Pedro Krotsch- preocupados por resolver los problemas estratégicos y tácticos que posibiliten la realización de nuestras máximas consignas: el retorno incondicional del General Perón y el pueblo al poder para

iniciar la construcción del socialismo nacional.

Somos concientes del carácter inacabado y provisorio de nuestras reflexiones. En todo caso, su publicación sólo tiene el sentido de un aporte para la discusión, discusión que perdería el sentido que queremos darle si sólo sirviera para una polémica historiográfica y erudita. Cobra alguna significación, en cambio, si el intento es la búsqueda, en el pasado, de aquellos elementos capaces de explicar o iluminar nuestra historia presente. Fundamentalmente, si la revisión de los aciertos y errores de los procesos de avance y retroceso del pueblo peronista sirven para extraer conclusiones que orienten nuestra práctica actual.

Por ello hemos agregado al trabajo original un punto 3ro. en donde se esbozan algunas conclusiones provisorias. Es que esta incursión en el pasado, al tiempo que implica la búsqueda y afirmación de nuestra identidad nacional, pretende servir como basamento para la revisión crítica de algunas concepciones presentes en ciertos sectores del Movimiento, tales como la alianza "Ejército-sindicatos" o la factibilidad de reconstitución del frente nacional Ejército-sindicatos-burguesía nacional.

Por nuestra parte, tratamos de demostrar que Perón y los trabajadores son los elementos fundamentales del Movimiento y del proyecto justicialista en la medida que sus objetivos permanentes fueron el anticapitalismo y el antiimperialismo, mostrando, a la vez, cómo las opciones mencionadas antes están irremediablemente superadas por el desarrollo de las luchas en nuestra patria con lo que se impone la adopción de formas organizativas y políticas cualitativamente superiores para vehiculizar el proceso liberador.

En el presente texto, sólo deseamos dejar planteados los lineamientos globales que, en nuestro criterio, deben orientar el análisis de la historia peronista. Dejamos para un futuro trabajo el análisis en profundidad tanto de algunas de las cuestiones aquí tratadas como de su proyección hasta el momento actual.

FERNANDO ALVAREZ - JUAN PABLO FRANCO

Fernando Alvarez

antecedentes

I - INTRODUCCION

Muchas tesis incorrectas se han esbozado, en el campo de la teoría social y política latinoamericana, sobre el movimiento peronista y, generalmente, ellas son tomadas en forma axiomática sin la previa reflexión crítica sobre la validez de las mismas: el peronismo como fascismo, como nacionalismo burgués, como populismo, como bonapartismo, son algunas de las tantas caracterizaciones falsas con las que se pretende explicar un movimiento político que, a un cuarto de siglo de su origen, sigue teniendo una total vigencia en la realidad política argentina y latinoamericana.

El "etiquetamiento" de que se lo hace objeto es compartido por aquellos movimientos nacionales que surgen aproximadamente en la década del 40 pero que guardan con el peronismo, a pesar de los rasgos formales que aparentemente los homologan, una diferencia fundamental: el permanente desarrollo dialéctico de éste hacia formas doctrinarias, políticas y organizativas superiores en contraposición a movimientos contrapuestos a él -como el varguismo o el MNR boliviano- que en la actualidad pasan por un crónico estancamiento o directamente involucionan hacia formas conciliantes con la realidad neocolonial.

Si miramos el problema desde el nivel de la doctrina, por ejemplo, vemos que el planteo ideológico primigenio que se basaba en la tercera posición entendida, desde el ángulo de la economía nacional, como colaboración de clases con el Estado como regulador de la relación -planteo, como veremos, correcto dada la etapa de desarrollo capitalista de nuestro país y la índole de las tareas liberadoras que de la misma surgen- el mismo, en la actualidad, se ha desarrollado en forma totalmente ajustada a las tareas liberadoras que imponen las formas neoimperialistas de opresión para desembocar en la postulación del socialismo nacional como articulación apta para resolver el problema de la dependencia.

Que este desarrollo se haga "dentro" del peronismo y con la explícita e indiscutida conducción del Gral. Perón nos daría los primeros y más gruesos indicios que nos permiten poner en duda su supuesta condición de movimiento "burgués", a menos que pensemos que existe en la Argentina una burguesía interesada en destruirse a sí misma.

ma, concretamente, una burguesía socialista.

Este desarrollo que, como ya apuntamos, se verifica no sólo en el nivel doctrinario sino también en lo político y organizativo, no se produce, como es obvio, como mero "avance de las ideas" sino que está profundamente determinado por cambios en la base social del movimiento en un sentido decantador de clases y fracciones de clases que lo componían en el momento de su surgimiento. El peronismo fue y es el bloque histórico nacional, es decir la unidad -a veces contradictoria- de clases, fracciones de clases y, en el 45, cuerpos especializados que proporcionan una respuesta liberadora al problema de la explotación interna y externa y cuya característica fundamental es tener a la clase trabajadora como el sector hegemónico.

Esta hegemonía de la clase trabajadora es, a su vez, el único elemento permanente del bloque histórico, ya que él mismo está caracterizado, también, por su recomposición a partir de la defección -en el 55- de la burguesía nacional y las FFAA y el acercamiento al mismo de los sectores medios de nuestra sociedad -por lo menos los más avanzados, los estudiantes-.

El peronismo de la década del 70, en lo que hace a su base real, no es el peronismo del 45-55 y ello debía reflejarse necesariamente en sus planteos doctrinarios que, como ya acotamos, especifica las banderas de justicia social, independencia económica y soberanía política -esencialmente anticapitalistas y antiimperialistas- en un sensido totalmente ajustado a la realidad neoimperialista actual, es decir, socialista en un momento en que cada vez más queda al desnudo su verdadera esencia: ser la expresión político-doctrinaria de la clase trabajadora argentina y, por ende, núcleo hegemonizante de los restantes sectores interesados en el proceso liberador.

Los cambios en la composición del bloque histórico nacional sólo pueden entenderse si se inserta el desarrollo de nuestro país en el marco del desarrollo capitalista mundial. Este, desde sus orígenes, tuvo una característica básica: su estructura polarizada en centros metropolitanos y satélites periféricos vinculados entre sí con concretas relaciones de explotación; pero si bien ese elemento permanece inmodificado hasta el presente, las formas concretas de vinculación expoliadora han cambiado en función de la etapa de desarrollo de las potencias hegemónicas; concretamente, el modo con que las metrópolis se conectan con los satélites dependientes está determinado por la organización económica interna de los países imperialistas. Gruesamente, podemostramos decir que éstos, al pasar por tres etapas diferenciadas: la libreempresista, la imperialista y la neoimperialista, se han reflejado en forma diferente sobre las áreas dependientes. Se podría decir, en términos generales, que exportación de manufacturas; exportación de capital para la extracción de productos agrícolas y mineros y absorción de las estructuras industriales, comerciales y de financiamiento, respectivamente, son las formas dominantes con que las metrópolis se vincularon -en el caso de las dos primeras- y vinculan con los países satelizados en cada una de las etapas de desarrollo mencionadas más arriba (que digamos "formas dominantes" apunta al hecho de que aquéllas no pueden separarse en compartimientos estancos, por el contrario, las formas de vinculación "nuevas" y "viejas" están entrelazadas bajo la hegemonía de una -la dominante- que, por ser la principal, impone sus leyes de funcionamiento a las restantes).

En este sentido es crucial el pasaje del imperialismo al neoimperialismo porque in-

introduce, entre otros elementos de importancia, nuevas formas de penetración económica centradas en el copamiento del mercado interno de los países dependientes por vía de la absorción de las industrias nacionales a diferencia de etapas anteriores en que el interés inversor se centraba en el control de las materias primas; ello va a producir modificaciones de importancia en algunas clases de los países atrasados, por ejemplo en ciertos sectores de las burguesías nacionales, que giran de la participación en frentes nacionales antiimperialistas a asociaciones con la burguesía imperialista bajo formas gerenciales con las obvias repercusiones que esto tiene en sus comportamientos políticos.

Enfocar el análisis desde esta óptica nos pondrá a resguardo de mistificaciones tan usuales en los estudios sobre el movimiento peronista, entre las que se cuenta -precisamente- el antiimperialismo de la burguesía nacional que supuestamente entra en colisión con los monopolios internacionales al disputar con éstos un mercado interno en expansión; el análisis del desarrollo imperialista tendrá que dar cuenta, entre otras cosas, cuál era la realidad de esa burguesía en el año 45 y cuál es la realidad de la misma en esta etapa de desarrollo capitalista en que, siguiendo a H. Alavi (145), podemos decir que "el aspecto más importante de la penetración neocolonialista no es el incremento de la inversión directa ni la expansión de sucursales y subsidiarias de los monopolios extranjeros, a pesar de la gran significación de estos factores. El rasgo característico de nuestra época es la forma asumida por la asociación del capital extranjero con las grandes empresas nacionales."

Muchas veces los estudios teóricos no van en consonancia con las cambiantes estructuras de las inversiones extranjeras y en muchos trabajos -especialmente los desarrollistas- se persiste en brindar la imagen de una Argentina agroexportadora, no industrial, dominada por un imperialismo que cuenta como base interna de penetración solamente con la oligarquía rural; de ella se desprende, invariablemente, que los sectores industriales nativos están en colisión con el sector agro-exportador y, por ende, con los centros hegemónicos.

Dichos estudios no alcanzan a percibir al capitalismo como un sistema en permanente mutación en lo que respecta a la organización interna de los países desarrollados y, en consecuencia, a las formas de vinculación con las zonas explotadas. Se admite la diferencia cualitativa entre la etapa libreempresista -bajo la hegemonía del capital industrial- y la imperialista -bajo hegemonía del capital financiero-, pero no se llegan a comprender los cambios cristalizados alrededor de la década del 50, y que se continúan hasta nuestros días, caracterizados por la pérdida de importancia del capital financiero como elemento integrador y la paulatina preponderancia que cobran las gigantescas empresas multinacionales autofinanciadas que obran como centro estratégico y reguladoras del complejo capitalista mundial.

La relación dialéctica entre las formas que asume el desarrollo de los países imperialistas y los reflejos que éstas tienen sobre las áreas dependientes no puede minimizarse si se pretende brindar una imagen actualizada del proceso de penetración; lo contrario significaría convertir conceptos claves como el de imperialismo en abstracciones que no posibilitan un accionar crítico eficaz sobre la realidad.

Como vimos, el interés de los centros hegemónicos, desde la década del 50, está centrado en el copamiento del mercado interno de los países dependientes; para ello el

mecanismo más eficaz es la asociación de capitales con las burguesías industrialistas del país dominado por causas que sería largo detallar. Estas, a su vez, encuentran en el mecanismo asociacionista fuentes inmejorables de ganancias y acumulación de capital por lo que se transforman en base interna propicia para que las tendencias expansionistas se inserten en la estructura del país dominado. Este proceso general debe especificarse en el caso de nuestro país, ya que aquí hubo sectores de la burguesía nacional que participaron en el frente nacional peronista y luego se entregaron a los conglomerados económicos; por lo tanto, nuestro análisis debe descubrir las contradicciones con que ellos participaron en la experiencia popular y las causas que provocaron la deserción.

Este análisis histórico-económico basado en el estudio de las formas diferenciales de vinculación de los países dependientes con las potencias hegemónicas según las distintas etapas de desarrollo capitalista, debe complementarse con una visión estructural del complejo económico mundial asentado básicamente en la superexplotación del trabajo asalariado de las masas del 3er. mundo, principio fundamental del conjunto del sistema subdesarrollado.

Ya vimos que en la década del 50 se observa claramente que

"La burguesía latinoamericana evoluciona de la idea de un desarrollo autónomo hacia una integración efectiva con los capitales imperialistas y da lugar a un nuevo tipo de dependencia, siendo el mecanismo de asociación de capitales la forma que consagra esta integración" (Rm. M. Marini, 18),

esto se da en el marco global de integración latinoamericana y mundial impuesta por EE. UU. y que hemos analizado en otro trabajo nuestro ("Crítica al eficientismo", Rev. Antropología 3er. Mundo, Nº 8), empero éstas no eran las condiciones mundiales en que se desenvolvían algunos sectores de la burguesía nacional cuando eclosiona la clase trabajadora en el año 45, a pesar de que, en ese momento, ya se encontraban los gérmenes del desarrollo posterior arriba indicado. Queda claro, entonces, la imperiosa necesidad de vincular dialécticamente —histórica y estructuralmente— la relación que existe entre el imperialismo y la estructura económico-social de nuestro país.

Al cambio en las formas de penetración le corresponden cambios verificables en los proyectos geopolíticos que el neoimperialismo postula a nivel mundial y latinoamericano. Ellos deben estudiarse integradamente con las nuevas formas de dependencia externa pues afectan a los comportamientos políticos de sectores de la sociedad argentina, particularmente las FF. AA. en tanto cuerpos especializados de la misma. La doctrina de la "guerra interna", por ejemplo, es un fenómeno que, por distintas causas, estaba ausente en la década del 40, década caracterizada por una serie de determinantes que posibilitaban, como más abajo veremos, que ciertas fracciones de aquéllas, particularmente del Ejército, integraran con contradicciones un bloque histórico que cuestionaba la relación de dependencia neocolonial.

Lo que sigue es un intento provisorio, por ende susceptible de ser desarrollado, de caracterización del movimiento peronista que pretende demostrar que el planteo ~~socia~~ listanacional, del cual como es obvio nos hacemos partícipes, es la expresión desarrollada de elementos esenciales que ya se encontraban en el 45, es decir, que no hay "dos peronismos" sino que la clase trabajadora, en su avance progresivo, es la que va produciendo estas nuevas formas político-ideológicas al tener que afrontar la lu-

cha contra una realidad dependiente que no permanece inmutable y que, a la vez, produce cambios en el bloque histórico nacional, que deben reflejarse necesariamente en su accionar, es decir, en las formas organizativas y políticas que permitan vehiculizar los objetivos estratégicos propuestos.

El objeto del presente trabajo es, en última instancia, tratar de basamentar con una interpretación total del Movimiento (histórica y actual) una política que se centra, fundamentalmente, en el intento de construcción, desde las bases, de la organización política de los trabajadores peronistas para que sea ella, hegemonizando a los restantes sectores populares, el vehículo de los objetivos estratégicos señalados por el Gral. Perón: la reconquista definitiva del poder y la construcción del socialismo nacional.

Es para ello que nos apoyamos -a modo de primera aproximación- en una interpretación histórica del movimiento de masas, interpretación que no se homologa con la concepción de la historia como mera historiografía contemplativa ni con la que concibe a la misma como mera recolección de datos; por el contrario, ella debe analizar y evaluar cuidadosamente las tendencias progresivas y regresivas del peronismo desde el momento mismo de su surgimiento, la lucha contradictoria que a nivel político y organizativo ellas originaron y, por último, dar cuenta de las bases sociales sobre las que dichas tendencias se asentaban ya que éstas son, en última instancia, los elementos determinantes en la explicación propuesta.

En este contexto se inserta el análisis de los antecedentes del movimiento popular. Aquí tratamos de trascender el mero registro de hechos históricos; buscamos, fundamentalmente, descubrir las condiciones concretas en que cada sector social o cuerpo especializado entraba a formar parte del primitivo bloque histórico peronista. Las limitaciones que impone un artículo -entre las que el espacio disponible es una de las más importantes- hizo que tuviéramos que centrarnos, primordialmente, en los sectores que componían el "esqueleto básico" de aquél; concretamente, la fracción "menor" de la burguesía nacional, los sectores industrialistas del ejército y la clase trabajadora. Conscientemente dejamos de lado, en forma momentánea, el análisis exhaustivo de la clase media -particularmente importante en el desarrollo del peronismo durante y después del gobierno- y de instituciones que jugaron un rol de primerísimo orden desde el 45 hasta la actualidad como es el caso de la Iglesia.

Con todo, respecto de aquélla, se esbozan algunas conclusiones que no tienen un carácter axiomático pero cuyas fundamentaciones no pudieron ser incluidas dada la brevedad que exige una publicación del tipo de esta revista.

Por último, este trabajo debe verse como un intento provisorio y nunca como una elaboración acabada definitivamente, ya que somos conscientes que ella sólo podrá materializarse cuando nuestro pueblo sea ya definitivamente poder.

II - LOS ANTECEDENTES

a) La economía

En 1930 se sintetizan, en un sentido reaccionario, las contradicciones que primaron

en la realidad política argentina desde 1880. La oposición entre la causa y el régimen, es decir la lucha por la plena vigencia de la democracia liberal, era la manifestación superestructural del conflicto entablado entre los sectores más ligados al imperialismo británico -grandes criadores e invernadores, etc. - y los sectores propietarios y no propietarios medios menos favorecidos por la relación de dependencia.

En otro lugar (teórico 15 de "Proyectos hegemónicos y mov. nacionales en Am. Lat., 1970") analizamos cómo la base social del movimiento radical determinaba que la lucha por el perfeccionamiento del sistema político no fuera acompañada por un cuestionamiento profundo del sistema dependiente a la vez que lo hacía proclive a la conciliación con el régimen liberal.

La elección de Alvear por parte de Yrigoyen para sucederlo en la jefatura del partido no es, decíamos en aquella oportunidad, una equivocación "histórica" de éste; por el contrario, ella simboliza las limitaciones objetivas de la base social del radicalismo -clase media urbana y rural, fundamentalmente- para llevar adelante un proceso que sacudiera los cimientos de la relación neocolonial.

Con todo, la oligarquía no podía dejar en manos del radicalismo el manejo político y económico de la crisis del 29—crisis que, por otra parte signa el período que va hasta el 43— en la medida que éste no era, en un sentido lato, un gobierno oligárquico.

El radicalismo por sus bases sociales populares -no obreras- no constituía una total garantía para la ejecución del conjunto de medidas económicas y políticas necesarias para el restablecimiento del nuevo equilibrio, ya que, estructuralmente, las clases dominantes argentinas se deberán abocar a la tarea de "comprimir" a la economía nacional dentro de las exigencias que trae aparejada la crisis de la economía mundial, haciendo girar al conjunto de los sectores de la economía en forma satelizada alrededor de la ganadería de exportación.

El estancamiento de la economía argentina se venía produciendo aún antes del 29, dice R. M. Ortiz, (71):

"La contracción de la economía interna como consecuencia del comercio exterior en descenso, significó una merma en los recursos del gobierno... los recursos se redujeron entre el 28 y el 30 en un 10%, pero los gastos aumentaron un 22%"

Esos déficits crecientes impusieron la necesidad de colocar títulos en el mercado en 1929 por 193 millones y en 1930 por 357 millones. Esos títulos no fueron absorbidos, de modo que el gobierno radical se vio de lleno en una casi cesación de pagos que trató de paliar contrayendo nuevos empréstitos, a fines de 1929 con la Banca Baring y en abril del 30 con la Chatam por 50 millones de dólares.

Dos factores confluyen en esta crisis larvada que eclosionará con la depresión mundial. Por un lado la reducción en la exportación de carnes, por otro, y a modo de consecuencia, el constante deterioro de los términos del intercambio a causa del cual la Nación cuenta con cada vez menos divisas para cumplir con sus obligaciones financieras.

La crisis del capitalismo mundial en el 29 pondrá al desnudo las debilidades del país agroexportador y exigirá a las clases dominantes un esfuerzo de reacomodación de to

do el sistema productivo para que la ganadería de exportación pueda seguir su desarrollo dentro de las condiciones restringidas que, a consecuencia de aquélla, ofrece el mercado internacional; pero, como ya vimos, previo al "esfuerzo" económico es necesario el derrocamiento de un gobierno que, por subir casi plesbicitado, no le ofrece garantías a la oligarquía para llevar a cabo un plan que será profundamente impopular, ya que implica carestía, desocupación, etc.

El golpe del 6 de setiembre de 1930 encuentra al radicalismo sumido en contradicciones internas que lo llevan a una parálisis letal en su acción de gobierno. Cuando intenta, por ejemplo, resolver el problema del petróleo lo hace desvinculando esa problemática del conjunto de contradicciones que presentaba una economía dependiente en paulatino estancamiento, e intenta llevar a cabo las nacionalizaciones por medio de la discusión parlamentaria, es decir, rindiendo tributo hasta el final al sistema político liberal del que, por otra parte, nunca renegó; es así que se llega al año 29 sin que el Senado, controlado por la oligarquía, considere el proyecto de nacionalización que Diputados había aprobado en el 27.

Otros elementos, que no se pueden desarrollar aquí, abonan y verifican la conclusión a la que llegamos más arriba: los movimientos, partidos o cualquier otro tipo de organización no pueden ir más allá de los límites fijados por la base social que les da origen y, en el caso del radicalismo, ésta era incapaz de estructurar una teoría de la dependencia que basamentara una acción de gobierno planificada, sistemática y coherente ante el problema de la liberación. Como apunta A. López (255):

"Debieron transcurrir dos décadas para recién iniciar la política económica y social que conviene al desarrollo del país, elevando la capacidad de consumo de las masas populares mediante una política de justicia social, cortando las amarras que nos ataban al imperialismo... que es lo que debió realizar el radicalismo y que no hizo, razón por la cual fracasó en su primer ensayo".

Dos aspectos de la política económica inglesa modificaron, luego de la crisis, la relación neocolonial con Argentina: la definitiva constitución de la Comunidad Británica de Naciones mediante el Estatuto de Westminster y el abandono del libre comercio por el proteccionismo al sancionar la Ley de Impuestos a la Importación. La Ley fijaba un gravamen del 10% a las importaciones exceptuando las de sus dominios a la vez que se otorgaban fuertes subsidios a los productores nacionales, particularmente a los agrarios.

Ambas medidas enmarcaban un proceso caracterizado por la vuelta al proteccionismo como forma de paliar las consecuencias de la quiebra del mercado mundial, en la medida que tendían a crear una nueva unidad económica, plurinacional, que amenazaba con excluir del mercado británico a todos aquellos países que no formaran parte de la Comunidad Británica de Naciones. Se producía así una retracción en la tradicional política expansiva inglesa como consecuencia de dos factores interrelacionados: 1) La ya citada depresión de las economías metropolitanas y 2) Su propia declinación como potencia hegemónica respecto a otras naciones, EE. UU. en particular, que salen más favorecidas, productiva y financieramente, de la primera guerra mundial. La salida para los ingleses es la planificación del comercio exterior, única forma de evitar el derrumbe total del otrora floreciente imperio que, contradictoriamente, se asentaba sobre bases sumamente frágiles: una dependencia casi total de las fuentes extranjeras para el abastecimiento de alimentos y materias primas y de los

mercados ultramarinos para la colocación de los productos industriales a la vez que una posición financiera deudora respecto del mercado de capitales estadounidense luego del conflicto bélico. Dentro de la citada planificación del comercio exterior los dominios integrantes de la comunidad de naciones tienen un lugar privilegiado, relegando a las naciones que quedan fuera del "circuito" imperial a un papel subordinado en el intercambio comercial.

La conferencia de Ottawa del año 32 es la concreción de las líneas generales expuestas, al establecer "un régimen discriminatorio en base a las importaciones de carnes a Gran Bretaña de los años 31-32, en el cual las de Australia y Nueva Zelandia fueron máximas y las de Uruguay y Argentina mínimas" (Puiggrós, 104).

Se derrumbaba así estrepitosamente el esquema económico que la oligarquía había montado desde el año 1853; el cierre del mercado británico de carnes implicaba el colapso de la economía argentina que basaba sus posibilidades de funcionamiento, precisamente, en el desarrollo constante y sostenido del sector exportador. Lo que habría que analizar detenidamente es si Gran Bretaña estaba en condiciones de cerrar completamente sus fronteras a las carnes argentinas o, por el contrario, estamos en presencia de una política de chantaje en función de la mejor penetración de la economía argentina. Como lo demuestra Puiggrós (106 y ss.), la segunda alternativa parece ser la correcta dada la conjunción de tres factores: 1) La importante cantidad de libras esterlinas invertidas en nuestro país que precisaban de las divisas del comercio exterior en concepto de servicios y ganancias de esos capitales; 2) Las características del "chilled beef" que, de provenir de Australia o Nueva Zelandia, no llegaría a tiempo para abastecer al mercado consumidor inglés debido a la distancia que separa dichos países de Inglaterra, ya que esta forma de preparación de la carne vacuna necesita ser consumida antes de los 40 días de su faenamiento y 3) La superioridad argentina en calidad, cantidad, precios y fletes.

De lo expuesto se infiere que Gran Bretaña no podía prescindir tan fácilmente de las carnes argentinas, pero negoció desde posiciones de fuerza con una oligarquía que, presa del pánico, se dejará arrastrar por un imperio en decadencia y aceptará todas las condiciones que éste impone; el pacto Roca-Runciman será la expresión de la vinculación entre el bloque oligárquico argentino y el Imperio Británico sobre las nuevas bases que establecen la crisis del comercio mundial y la progresiva decadencia de Inglaterra.

Carlos Ibarguren ha resumido brillantemente lo esencial de las estipulaciones de este Pacto:

"Inglaterra se reservaba el derecho de restringir cuanto le conviniera la compra de carnes argentinas y, lo que es peor, el de distribuir en nuestro país el 85% de la exportación de ella, permitiendo que solamente el 15% restante fuera exportado por empresas argentinas que no persiguieran beneficios privados, siempre que dichos embarques fuesen colocados en el mercado por las vías normales (buques y comerciantes ingleses) y teniendo en cuenta la coordinación del comercio del Reino Unido.

Por su parte la Argentina se comprometía a: 1) Mantener libre de derechos el carbón y todas las otras mercaderías que entonces se importaban libres de derechos; 2) Respecto de las importaciones inglesas, sobre cuyas reducciones el Reino Unido gestionaba su reducción, volver a las tasas y aforos vigentes.

tes en 1930, comprometiéndose el gobierno argentino a no imponer ningún nuevo derecho ni aumentar los existentes por conceptos de tasas, aforos, o por cualquier otro medio; 3) Seguir una política de no reducción de tarifas ferroviarias; 4) Obtener en favor del comercio británico la totalidad del cambio proveniente de compras inglesas, y en ningún caso el cambio para las remesas a Gran Bretaña será menos favorable que para las remesas a otros países; 5) Dispensar a las empresas británicas de servicios públicos y otros, en la Argentina, un tratamiento benéfico y la protección de sus intereses" (cit, por A. Ciria, 39).

Las clases dominantes nacionales, con hegemonía del sector invernador, reajustaban así el conjunto de la economía para adaptarla a las exigencias de los monopolistas ingleses que llevaban "la voz cantante" al tener en sus manos la conducción del proceso global dada la política proteccionista de la conferencia de Ottawa. Estos imponían el proteccionismo cuando les era conveniente para sus intereses pero exigían el absoluto cumplimiento del libre cambismo como ideología dominante en sus semicolonias. El citado proceso de reajuste implicaba la destrucción lisa y llana de vastos sectores productivos nacionales a la vez que se traspasaba el control financiero de la Nación a manos inglesas; a la vez, esta "compresión" del país dentro de los lineamientos económicos generales que derivan del Pacto a cambio de conservar la cuota de exportación de carnes, provoca fuertes contradicciones en el mismo seno de la oligarquía rural, cuyo sector invernador tiene la hegemonía del conjunto del proceso.

Uno de los articulados de dicho Pacto estipulaba, como está transcripto más arriba, que el 85% de la exportación de carnes al Reino Unido debía ser efectuada por el trust frigorífico anglo-norteamericano; sólo se reservaba un 15% del total de lo exportable para que sea trabajado por "empresas argentinas que no persiguieran intereses privados"; es decir, que el reparto de las cuotas de exportación llevaba a un nivel mínimo la participación de los frigoríficos nacionales. Era obvio, pues, que este sistema de cuotas de exportación solamente beneficiaba al sector invernador que era el que estaba más ligado al trust frigorífico instalado en nuestro país, y dejaba al resto de los ganaderos del litoral (criadores) y del interior del país a merced de los manejos de las empresas extranjeras.

Que la nueva vinculación con Inglaterra beneficiara diferencialmente a los distintos sectores ganaderos, debía producir necesariamente fracturas y conflictos entre éstos. Expresión de ellos son "los debates de las carnes" que van separando paulatinamente a la Sociedad Rural Argentina, controlada por los invernadores, de las agrupaciones rurales del interior, dominadas por los criadores bonaerenses y, en general, los grupos menos favorecidos.

Todos los sectores abandonan paulatinamente el esquema liberal para solicitar la intervención del Estado en el problema de las carnes, pero el contenido que le dan a dicha intervención es absolutamente diferente. Los invernadores reclaman del Estado una política de protección y estímulo de la ganadería a la vez que una adecuada protección fiscal que impidiera los "excesos" del trust a través de un más fuerte control contable (inspección de libros, correspondencia, etc.); los criadores también apelaban al Estado pero desde otro ángulo; pidiendo el establecimiento y desarrollo de la industria frigorífica nacional (frigoríficos propios, cooperativas, etc.).

El proyecto invernador se reducía a la creación de una Junta autónoma, apoyada por el Estado y controlada por la S. R. A. , con el objetivo de hacer cumplir estrictamente el artículo 11 de la ley de Control de Comercio de carnes que señala la obligación del Estado de inspeccionar los libros contables, correspondencia y demás documentos internos de los frigoríficos para una determinación exacta de sus ganancias reales; algo que el trust extranjero bloqueó por todos los medios posibles aduciendo la violación constitucional del "secreto comercial". Las Sociedades Rurales del Interior enfocaban el intervencionismo estatal desde una perspectiva, si se quiere, más profunda: planteando la necesidad de la constitución de un organismo nacional ganadero que se encargara de todo lo referente a la industrialización y comercialización de las carnes por lo que entraba así en abierta colisión con el trust frigorífico.

El Estado, como no podía ser de otra manera, acciona en favor del sector invernador, es decir consolidando (ésta era una exigencia del Pacto) al trust anglo-norteamericano. Esta política se concreta con la creación de la Junta Nacional de Carnes, controlada por la S. R. A. , que relega al olvido el proyecto del interior acerca de la creación de frigoríficos nacionales.

Esta contradicción, en el seno de la clase dominante, mereció algunas caracterizaciones e interpretaciones políticas que, por sus implicancias teóricas, merecen analizarse. Así Puiggrós señala (148)

"los criadores de ganado, del sexenio justista, . . . querían así superar la etapa de dependencia de un monopolio que deformaba el curso natural de nuestra economía, hacían más por el socialismo (sub. nuestro), sin sospecharlo, que los izquierdistas preocupados por insertar en el proceso histórico-social argentino consignas no extraídas de ese proceso. . . Estos sectores de la burguesía rural aspiraban a desencadenar fuerzas productivas nacionales, comprimidas por el complejo oligárquico-imperialista, liberación que necesariamente habría elevado el nivel de lucha de la clase obrera por el poder económico y político".

Esta aseveración forma parte de un contexto más amplio predominante en algunos teóricos nacionales: confundir liberación nacional con mero desarrollo de las fuerzas productivas o, desde otro ángulo, pensar que el desarrollo de éstas, bajo signo capitalista, es el prerequisite indispensable para la liberación en tanto una supuesta determinación rígida de lo político por lo económico.

El análisis se puede refutar a un nivel más concreto. El criador no está en contradicción con el conjunto del sistema oligárquico-imperialista pues históricamente su función es usufructuar la dependencia del país en tanto clase exportadora. Ello implica que su denuncia acerca de las condiciones del Pacto no se relacione con la problemática global de la dependencia del país a todos los niveles, llegando, por ejemplo, a adoptar posiciones antiindustrialistas a nivel de la manufactura; es decir que su propuesta de desarrollo de las fuerzas productivas nacionales tenía como fin último la ligazón ganadera al mercado mundial sobre nuevas bases.

Por otra parte, la liberación nacional -que trasciende al mero desarrollo de las fuerzas productivas- es un proyecto totalizador que integra y relaciona los elementos políticos-económicos e ideológicos en una perspectiva de independencia y autonomía en los tres niveles; ella implica revertir las leyes generales del desarrollo capitalista

dependiente basadas en la superexplotación de los sectores desposeídos y ésta es la condición indispensable del Estado Independiente que integra, a dichos sectores, en las estructuras de poder y que, por lo tanto, no admite desfasajes entre las esferas citadas.

La conciencia de desarrollo de las fuerzas productivas, para ser un verdadero proyecto liberacionista, debe integrarse con la problemática del poder popular como elemento fundamental y del cual dicho desarrollo deriva; cuando el Gral. Perón plantea, en todos sus mensajes, que el problema nacional es fundamentalmente político está poniendo sobre los pies lo que el determinismo economicista ha dado vuelta al fracturar economía - política e ideología.

El planteo que piensa a los ganaderos haciendo -a nivel inconsciente- algo por el socialismo en la medida que postulan un nacionalismo burgués al apoyar la instalación de frigoríficos nacionales, olvida que esa "conciencia económica" se integra con la participación de esos sectores en el Estado fraudulento y proscriptor del cual constituyen uno de sus principales soportes, con lo que comparten la represión sistemática de los movimientos populares de protesta que proliferan en el período 30-43 y que eran los que en realidad hacían algo por el socialismo. Pensar a la historia argentina desde la perspectiva de la liberación nacional -sinónimo de socialismo nacional- es pensarla desde la óptica de los sectores populares, particularmente la clase trabajadora, bastiones del proyecto citado; desde esta óptica, la contradicción entablada entre los distintos sectores ganaderos es absolutamente secundaria, con perspectivas a sintetizarse en el sentido de reforzamiento de la relación neocolonial, como lo demuestra la actitud refractaria de ambas fracciones de clase ante el advenimiento del peronismo.

Al analizar y evaluar retrospectivamente sectores de la sociedad argentina debemos hacerlo teniendo en vista la globalidad de sus proyectos, lo que incluye además de lo económico, lo político y lo ideológico y no aspectos parcializados pues sólo un pensamiento no dialéctico puede separar y aislar entre sí elementos que en la realidad aparecen profundamente integrados y que de esa manera deben analizarse. En este sentido, es la totalidad del proyecto de los criadores lo que debe ponerse en cuestión y no aspectos aislados del mismo como lo es su insistencia para instalar frigoríficos nacionales y, al analizar el problema con este enfoque, se obtienen conclusiones diametralmente opuestas a las que Puiggrós señala.

Prosiguiendo con el Pacto Roca, vemos que éste se va complementando a lo largo de la década con otras medidas económicas que cumplen la función de encuadrar al sistema productivo según las necesidades del desarrollo inglés. Se trataba, pues, de un proyecto integral que no se limitaba solamente al negocio de las carnes sino que abarca todos los niveles de actividad económica y, como luego veremos, política. Una de las llaves maestras de dicho proyecto es la creación del Banco Central.

Ibarguren, en su carácter de consultor del Banco Nación señala el 17 de abril de 1933 el carácter del mismo:

"Señalé el peligro que traía consigo el banco del señor Niemeyer de delegar en una sociedad por acciones, en la que el Estado no tenía eficaz participación ni fiscalización, la soberanía económica de la República; y anotaba el riesgo de que la asamblea de accionistas, constituida en su mayoría por bancos ex-

tranjeros, fuese manejada por entidades que sólo miran el interés propio, y que el gobierno económico del país, dirigido por extraños al Estado, sufriese la influencia foránea representada por la mayoría de la banca extranjera" (cit., por A. Ciria, 43).

De los doce miembros que componían el directorio del Banco Central, tres son representantes de los bancos extranjeros y cuatro de personeros de las potencias hegemónicas; dominando al Banco Central, Inglaterra controlaba esa poderosa palanca financiera desde la cual podía regular el conjunto del sistema productivo a través del sistema de créditos o de la modificación de las tendencias del comercio exterior.

Una serie de medidas complementarias completaban el dispositivo económico que "encerraba" al país en la perspectiva que señalaba el imperialismo inglés: El Instituto Movilizador de Inversiones bancarias, un fondo especial que se hace cargo de todas las deudas incobrables de los bancos privados y que

"tiene que entregar dinero en efectivo a cambio de tanto pagaré tramposo para salvar del desastre a los banqueros irresponsables y de la cárcel a los inmorales" (A. López, 387);

las Juntas Reguladoras de la producción (en los ramos de carnes, granos, vinos, algodón) por las que se centraliza en Buenos Aires la dirección y fiscalización de las industrias del interior del país y que, de esa forma, contribuían a consolidar los monopolios de la producción y comercialización existentes ya que no se vacilaba en destruir cosechas enteras para conservar o mejorar el precio de las reservas de los mismos bloqueadas por la falta de consumo; la ley 12.139, de unificación de impuestos internos, que significaba en la práctica la aniquilación del régimen federal a la vez que sumergía a las provincias en un proceso de pauperización creciente (como dice G. Del Mazo, 289:

"La supresión de las facultades de los gobiernos de Mendoza y San Juan para gravar el vino, y de los gobiernos de Tucumán, Salta y Jujuy para gravar el azúcar, suministraban bases orgánicas permanentes para el perfeccionamiento de los trust del comercio de aquellos productos");

la Ley de Coordinación de Transportes, que puso en manos de los ingleses la totalidad del transporte urbano -colectivos y tranvías- a la vez que significó la sistemática destrucción de un importante sector de la industria nacional: los pequeños talleres y comerciantes que giraban alrededor de los colectivos.

Dejamos ex-profeso para el final el análisis de la industria manufacturera urbana porque del estudio de sus relaciones con el conjunto de medidas tomadas en otros sectores saldrán claves importantes para entender correctamente el surgimiento e índole del peronismo.

El proceso de industrialización en la Argentina, que se había iniciado en las últimas décadas del siglo pasado, fue profundamente afectado por la crisis del 29. Hasta este año el desarrollo del sector industrial fue una consecuencia de la creciente expansión de las exportaciones, ya que éstas, correlativamente, fueron creando un poderoso mercado interno en constante crecimiento; a partir de la crisis la situación se invertirá: el desarrollo industrial será consecuencia de la declinación o insuficiente crecimiento del sector exportador dada la contracción de los mercados mundiales.

En términos generales, el sector industrial se basaba, inicialmente, en la instala-

ción de industrias de bienes de consumo no durables: textiles, bebidas, productos del cuero, etc. , es decir, manufacturas que tienen conexión muy estrecha con la producción agraria; por otra parte, la índole del desarrollo industrial -desigual y combinado- hará que el crecimiento de la producción industrial adopte, en esta primera etapa, en lo fundamental, la forma de adición de nuevas unidades de producción antes que seguir el camino de la diversificación creciente.

Cuando ocurre la crisis mundial del capitalismo, la fase de desarrollo industrial basada en el aumento de las exportaciones daba signos inequívocos de agotamiento. Por un lado, por el reacomodamiento de las potencias hegemónicas que, luego del cese de envíos de artículos manufacturados a los países dependientes a causa de la primera guerra mundial, reanudan la corriente exportadora a dichos países con lo que afectan malthussianamente a los sectores más débiles de la burguesía nacional; por otro, la merma que viene sufriendo desde los años 20 el sector exportador va a provocar una fuerte retracción en los ingresos, lo que causa, a su vez, un paulatino estancamiento del mercado interno, base del desarrollo industrial.

La crisis produce un paulatino revitalizamiento del sector industrial al confluir los siguientes elementos: 1) El derrumbe del sistema comercial produce una profunda retracción en el intercambio mundial de mercancías y ésta origina en las semicolonias "un proteccionismo a la fuerza" al interrumpirse el flujo de manufacturas del centro a la periferia; 2) La crisis del sector exportador que, al no encontrar oportunidades favorables para colocar su producción, produce, en consecuencia, una merma considerable en las reservas de divisas a disposición del país y, por ende, en su capacidad de importación de artículos manufacturados; 3) El aumento, por parte del Estado, de los derechos aduaneros como forma de evitar el constante deterioro del nivel de reservas monetarias. Por el mismo, se contraían las importaciones -y se las sustituía nacionalmente- hasta el punto que éstas encontraran su equilibrio con las exportaciones decrecientes.

Estos elementos se integran en un sentido claro: se expande el sector industrial ligado al mercado interno, en un esfuerzo, por parte de la oligarquía, de sustituir parcial o totalmente bienes que anteriormente eran adquiridos en el exterior, y así paliar el déficit en la balanza comercial y de pagos.

A más de las enumeradas, se sumaba en favor del desarrollo del sector industrial un conjunto de factores internos que reforzaban su crecimiento: existencia de mano de obra abundante y, fundamentalmente, barata dada la política de pauperización del Estado fraudulento y la desocupación que se produce a causa del desplazamiento de grandes contingentes de migrantes internos desde el interior mediterráneo -en crisis por la política económica del Estado justista- hacia las zonas urbanizadas del litoral, particularmente Buenos Aires.

Lo expuesto configura lo que se convino en llamar el proceso sustitutivo de importaciones, que se presenta, en esta etapa, como una medida defensiva de la oligarquía para salvar del colapso al conjunto del país agroexportador.

Es la crisis en la capacidad de importar del país -derivada, como vimos, en la merma en la capacidad exportadora- lo que obliga a la oligarquía en el poder a promover un desarrollo industrial que no es antagónico con sus intereses, por el contrario, el

mismo tenderá a restablecer un nuevo equilibrio dependiente sobre las nuevas bases económicas mundiales.

El estado argentino, durante toda la década infame, abandonará el liberalismo tanto en lo económico como en lo político. En el primer nivel, el intervencionismo estatal será el signo de la hora, como se ve al analizar el conjunto de medidas derivadas del Pacto Roca y, en lo político, se archivarán los sueños de la democracia ampliada para pasar al más descarado fraude y así posibilitar la política económico-social que estamos describiendo.

Dentro de ese intervencionismo estatal se incluía la promoción del desarrollo industrial sustitutivo de importaciones que, a su vez, tiene que conectarse sobre nuevas bases con el mercado mundial. Si el artículo manufacturado de consumo ocupaba un alto porcentaje en las importaciones del país antes de la crisis del 29, ahora la necesidad se desplaza hacia la demanda de materias primas industriales y bienes de capital necesarios para la reproducción ampliada del proceso manufacturero.

El Estado argentino no hace ningún esfuerzo, durante toda la década infame, para promover una industria productora de bienes de capital que solucionara el estrangulamiento en que, indefectiblemente, habría de caer la industria liviana a poco que se consolidara definitivamente su desarrollo.

Como apunta A. Dorfmann (100), hacia el año 40:

"la mayor parte de la industria argentina es del tipo manufacturero, liviano, productora de artículos de consumo. Aun las fábricas de automotores se limitan a montar las partes introducidas del extranjero, y las de máquinas elaboran hierros perfilados de igual procedencia. Falta la industria pesada, que constituye la médula de la vida industrial de los países más adelantados".

Esto es lo que escamotean autores, como Milciades Peña (40 y ss.), que pretenden mostrar que la industrialización del peronismo es mera continuación del proceso abierto en el 30 por la oligarquía. Olvidan, interesadamente, que el proyecto económico peronista trascendía, como luego se verá, el desarrollo "liviano" para cumplir el proceso industrializador total al insertarse en otro contexto político como consecuencia del cambio en la índole del Estado.

A esta visión global del desarrollo industrial argentino, debemos incluirle un análisis de las distintas fracciones que componían el conjunto de la burguesía nacional, ya que ésta no se presentó como un bloque monolítico; por el contrario, el fraccionamiento, basado en elementos estructurales, va a determinar comportamientos políticos diferenciales cuando surja el movimiento popular.

En principio, podemos diferenciar un sector de la burguesía industrial ligada estructuralmente con la oligarquía terrateniente; los vínculos concretos entre ambas se daban tanto a nivel financiero -por la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia- como a partir de la índole de los productos: manufacturas de productos agrarios. Estos sectores no cumplen el desarrollo industrial "clásico" -del taller manufacturero a la fábrica maquinofacturera-, por el contrario, ya nacen con un alto grado de concentración y con una posición monopolística respecto de los mercados en que actúan. Ellos son meras diferenciaciones funcionales en el seno de la oligarquía.

garquía y el ejemplo más típico lo encontramos en los industriales del azúcar, el vino y textiles.

Como dice E. Rey (15):

"Dueños de ingenios azucareros y propietarios de bodegas han integrado y siguen integrando los grupos sociales privilegiados, que bajo la denominación genérica de "oligarquía" dominaron la República por decenios".

La vinculación con el imperialismo se da desde el mismo momento de su surgimiento como fracción de clase y forma, junto con los criadores e invernadores del litoral, monopolios importadores y exportadores nacionales e imperialistas, y el sector financiero extranjero, el entramado básico del bloque oligárquico de dominación.

Paralelamente a aquélla proliferan, también desde las últimas décadas del siglo pasado, los pequeños talleres artesanales -de origen inmigrante, fundamentalmente- que son los más perjudicados por la orientación librecambista que primó hasta el año 30; su desarrollo luego de la 1a. guerra mundial, es frenado por la recuperación de las potencias hegemónicas que, al inundar de manufacturas nuestro país, operan malthusianamente sobre este sector que tiene, por otra parte, escasa capacidad de resistencia dada su fragilidad productiva y financiera. Los sobrevivientes sufrieron un impulso vigoroso al calor de las medidas proteccionistas que adopta la oligarquía luego del año 30.

El proceso de industrialización nacional, sobre la base de la evolución de los pequeños talleres, tuvo a partir del 29 un desarrollo vertiginoso ya sea por diversificación -al incorporarse nuevas unidades de producción- o por expansión de los ya instalados.

Hacia el año 41, se va a producir una diferenciación importante en esta fracción menor de la burguesía nacional. En efecto, la 2da. guerra mundial determina una brusca reducción en las importaciones de maquinarias, motores, artefactos eléctricos, etc., poniendo en un serio aprieto al desarrollo industrial; a consecuencia de ello, el capital comercial mediano, no ligado a los monopolios imperantes en ese sector, se asocia a pequeños talleres manufactureros mediante diferentes formas, una de las cuales es la que describe J. C. Esteban (24):

"la financiación de la compra de materia prima y el adelanto de capital circulante y la distribución de su producción".

También se instalaron fábricas y talleres en forma directa, que se dedicaron a la fabricación de los artículos citados.

La descripta constituyó una forma de acumulación rápida de los sectores menores de la burguesía industrialista ya que su asociación con el capital comercial no trustificado es un conducto apto para aumentar su tasa de beneficio al abastecer con "nuevos" productos un mercado interno en crecimiento.

Como dice Esteban (25):

"éste es el aspecto principal, la particularidad que ofrece el estrechamiento de los lazos entre el capital comercial de base nacional y los sectores nuevos de la burguesía industrialista, particularmente la industria metalúrgica, mecánica y eléctrica".

Esta nueva diferenciación de la burguesía nacional se hace en un contexto de intensa penetración de capital norteamericano que venía a poner en peligro la tradicional hegemonía del británico. Para A. Dorfmann (259):

"en 1938 más del 50% del capital total de la industria estaba en manos de empresas extranjeras. Estos capitales dominan en forma monopolista varias ramas de la actividad industrial del país como, por ejemplo, frigoríficos, usinas eléctricas, compañías de gas, cemento, armado de automotores, elaboración de artículos de caucho, seda artificial y otros, ejerciendo una influencia de peso en algunas otras como tabaco, petróleo, fabricación de conductores eléctricos, aparatos para radiotelefonía, productos farmacéuticos, galvanización de chapas de hierro, etc."

Para Puiggrós (215), en ese mismo año:

"las inversiones de capital extranjero sumaban alrededor de 800 millones de libras esterlinas -67% inglesas, 21% norteamericanas y 12% de otro origen-; sin embargo no debemos quedarnos con el mero dato estático e insertar a las cifras -que marcan la hegemonía inglesa- en un contexto histórico que presenta a un otrora floreciente imperio británico que va quedando cada vez más relegado respecto de las nuevas potencias hegemónicas en ascenso, particularmente EE. UU."

La pugna entre EE.UU. e Inglaterra ya había cobrado expresión política en las contradicciones que surgen del golpe militar del 30 entre la línea Uriburu -combinación de giro proyanqui y corporativismo político- y la de Justo, directamente proinglesa. El fracaso del intento "nacionalista" demuestra que, si bien las condiciones no estaban totalmente dadas en el sentido de desplazar la hegemonía inglesa, ya la pugna interimperialista se planteaba en términos impensables a principios de siglo.

Estas nuevas tendencias en desarrollo del sistema capitalista mundial plantean una nueva problemática económico-política: el proceso de consolidación de EE. UU. como centro hegemónico mundial -consolidado luego de la 2da. guerra internacional- con nuevas bases de dominación fundamentalmente distintas a las imperantes en etapas anteriores de desarrollo imperialista, ya que la satelización no se efectuará básicamente en el rubro primario sino que comenzará a primar una tendencia integradora más férrea que se basa en la ligazón con las industrias manufactureras de los países dependientes.

Uno de los fundamentos de la hegemonía mundial yanqui está dado por el incremento acelerado de su sector de bienes de capital lo que hace que la constante renovación tecnológica que se opera sobre ese área brinde a EE. UU. una constante producción de maquinarias y demás elementos básicos que se vuelven obsoletos mucho más rápidamente que en el resto del mundo.

De ello se deriva que:

"el ritmo del progreso técnico que redujo en los países centrales el plazo de reposición de capital fijo de un promedio de ocho a uno de cuatro años, produzca la necesidad, para esos países, de exportar a la periferia equipos y maquinarias que resultaron obsoletos tempranamente" (R. M. Marini, 16).

Este proceso va aunado al crecimiento y diversificación de la industria periférica, -por lo menos en América Latina, fruto, como ya vimos, de la crisis mundial que in-

valida la antigua forma de vinculación que tenían los satélites latinoamericanos con los centros hegemónicos, vinculación que se basaba en economías primario-exportadoras. Como ya vimos, la crisis del sector externo, expresada por las dificultades que presenta la exportación agropecuaria y las trabas resultantes para satisfacer el consumo interno mediante importaciones, llevó a la oligarquía argentina a promover el proceso sustitutivo de importaciones a nivel de manufactura liviana y en este contexto planteamos que: si bien estáticamente puede llegar a pensarse una férrea ligazón de nuestro país con Inglaterra, en una perspectiva de desarrollo -que incluye las tendencias de la economía argentina y de EE. UU. - apreciamos elementos como los citados que, al evolucionar, van adoptando una dirección confluyente, concretamente, las tendencias generales del capitalismo norteamericano van coincidiendo paulatinamente con las necesidades de la burguesía nacional argentina en todas sus fracciones ya que ésta necesita, para operar su acumulación, de las máquinas -y capitales- que a EE. UU. le sobran.

Están, pues, planteadas en germen en la década infame, las bases para que comiencen a operar nuevas formas de penetración, las que recién van a explicitarse en la década del 50 por motivos que más adelante se analizarán.

Con todo, en la coyuntura previa al peronismo, las distintas fracciones de la burguesía nacional tenían hacia el imperialismo actitudes políticas diferenciadas. El sector ligado a la oligarquía no cambió en absoluto las mismas pues siempre fue proimperialista. Al estar su producción centrada en la manufacturación de productos elementales -textiles, alimenticios, etc. - íntimamente vinculados con la producción agraria, los mismos no interferían en los planes generales del imperialismo que, en esos momentos, procuraba exportar mercancías de grado más alto de sofisticación.

Más aún, los industriales azucareros y viñateros eran profundamente refractarios a la diversificación industrial de las zonas en que ellos estaban radicados, ya que el mantener a la zona de Cuyo y a las provincias del norte girando alrededor del vino y del azúcar solamente, les posibilitaba tener a su disposición toda la mano de obra que requería a precios ínfimos.

Como dice E. Rey (16):

"este sector de la burguesía industrial nacional se mostró siempre irreductiblemente reaccionario y anti-nacional. No le preocupó la suerte del país sino la suerte de sus privilegios. Su alianza con los agentes del imperialismo y los terratenientes resultó sólida y estable y, lo que es más, lo sigue siendo todavía".

Por contraposición, los sectores menores descriptos de la burguesía nacional dependían imperiosamente de un Estado proteccionista que limitara las importaciones de manufacturas y bloqueara las inversiones de capital extranjero, a la vez que los proveyera de adecuados canales de financiamiento para operar su crecimiento y concentración, ya sea por que, en algunos casos, su debilidad les impediría sobrevivir en un Estado librecambista o, en otros, la índole de su producción los transformaba en directos competidores de la potencia hegemónica. Estos sectores de la burguesía nacional entraban al frente nacional en forma harto contradictoria. Por un lado, necesitaban del Estado justicialista en la medida que éste fomentaba a la industria con medidas que más abajo se analizarán, pero, por otro, "la contraposición inevitable en-

tre los sectores capitalistas y asalariados que participaban de la alianza por el reparto del ingreso nacional siempre estuvo presente" (G. Duejo, 28).

En esencia, la fracción menor de la burguesía comercial e industrial entró al frente nacional con la única perspectiva de transformarse en gran burguesía; del estado justicialista sólo apreció su proteccionismo aduanero, el control de cambios, el mercado interno en constante expansión, la transferencia de ingresos provenientes de la exportación de cereales pero, en cuanto sobrevino la crisis, y desaparecieron las condiciones posbélicas que permitían -dado el ingreso nacional creciente- su enriquecimiento y, a la vez, el ascenso en el nivel de vida de los trabajadores, se pasó masivamente al campo del imperialismo prefiriendo crecer en forma gerencial de los grandes conglomerados yanquis.

Como dice Cooke (66):

"la burguesía industrial beneficiaria de esa política, no sólo no tomó parte activa sino que además siguió en la órbita gravitacional político-ideológica y cultural de la vieja oligarquía terrateniente y mercantil. La prosperidad no fue obstáculo para que se sintiesen amenazados por el avance del poder de los sindicatos y las condiciones nuevas en que se desenvolvían las relaciones obrero-patronales".

Ante el menor freno a su proceso de expansión, los otrora industriales menores abandonan su idea de acumulación independiente y prefieren el entendimiento con una potencia hegemónica que, como ya vimos, tenía un desarrollo confluyente al de los burgueses nacionales "argentinos". Ese desarrollo se estudiará con detenimiento durante la segunda parte de este trabajo.

b) El nivel político: la índole del Estado fraudulento

Creemos que el Estado que se establece en la década infame es un Estado que refleja la complementariedad objetiva que cimentaba las relaciones entre la burguesía agrario-mercantil y la burguesía industrial monopólica más concentrada.

Y ello es así porque la forma que adoptó el desarrollo capitalista argentino durante el período 30-43 determinó nuevas vinculaciones entre las clases dominantes que se expresaron en la acción del Estado fraudulento (Uriburu, Justo, Ortiz y Castillo).

Este problema necesita antes de su exposición de una muy breve introducción metodológica sobre una cuestión más general: la forma o modo en que se presentan las clases en el interior de una formación económico-social. En otro lugar (Discusión sobre el modo de producción colonial en América Latina) retomamos la diferenciación entre modo de producción y formación económico-social tratándolos como conceptos diferenciales. El primero es un modelo económico "puro", por lo tanto abstracto y sin referente empírico inmediato, mientras que el segundo hace referencia a una sociedad concreta históricamente determinada.

Por razones de espacio -y de temática- no podemos detenernos en precisiones claves para el correcto manejo de los dos conceptos pero sí podemos apuntar que en la mayor parte de las sociedades concretas históricamente determinadas nos encontramos con la existencia de varios "modos de producción" de bienes materiales relacionados

entre sí, no en forma caótica, sino bajo la hegemonía de uno de ellos -el dominante- que impone sus leyes de funcionamiento a los restantes.

Este elemento también se hace presente cuando abordamos el análisis de las clases sociales en una formación económico-social y en un modo de producción. El hecho clave, a este respecto, es que las clases sociales, que en el modo de producción -en tanto herramienta metodológica antes que realidad empírica- se presentan en forma "pura", en la formación económico-social aparecen diferenciadas en fracciones de clase (subgrupos en los que se divide una clase social) con comportamientos políticos a menudo diferenciales.

Por lo tanto, pierde potencial explicativo el hablar genéricamente, por ejemplo, de "la burguesía nacional" como si ésta se presentara en la sociedad argentina como un bloque granítico sin intereses y actitudes políticas dado su objetivo fraccionamiento.

En este sentido, la sociedad argentina va a mostrar, a lo largo de toda su historia, la constitución de dos bloques históricos (agrupamiento contradictorio de clases y fracciones de clases bajo la hegemonía de una de ellas) en perpetuo antagonismo: aquel que tiende a la liberación nacional y el que tiene como objetivo la perpetuación de la dominación imperialista bajo cualquiera de sus formas. Estos no son estáticos, inmutables, sino que, por el contrario, se presentaron cambiantes, fluidos, profundamente determinados en su composición por la etapa de desarrollo capitalista nacional y mundial. Desde el ángulo del bloque liberador, el único elemento permanente es que, desde el 45 hasta la fecha tuvo a la clase trabajadora como hegemónica con una doctrina, la peronista, sobre la que se basa la dirección política e ideológica del proceso en tanto expresión históricamente determinada de los intereses esenciales de los trabajadores argentinos.

Esta aseveración se basa en los datos que proporciona la evolución histórica argentina desde el 45 hasta la fecha; concretamente, los trabajadores fueron los únicos que defendieron a ultranza la doctrina peronista y ello se debe a que la reconocen como la expresión sistematizada de sus esenciales aspiraciones.

En este contexto se verifica la aseveración que hacíamos al comienzo: la doctrina se desarrolla en función de tres elementos confluientes: 1) La forma concreta que asumen las tareas de liberación según la etapa de desarrollo capitalista nacional y mundial; 2) Los cambios en la composición del bloque histórico, determinados por dicho desarrollo y 3) Los avances en los niveles de conciencia de los sectores populares en general y la clase trabajadora en particular.

En este punto coincidimos con el compañero Rubén Dri (10) al plantear:

"La tercera posición, como toda ideología revolucionaria, debe ser vista dinámicamente y en su conexión con el pueblo. No tiene valor en sí misma, sino en cuanto expresa y guía al pueblo en su lucha revolucionaria. El pueblo se mira a sí mismo en la ideología que lo expresa, que ha sido formulada a partir de él".

Con todo debemos eludir las esquematizaciones y señalar que "el pueblo" del 71 no es el mismo "pueblo" del 45 a la vez que elucidamos de qué sector social provienen los elementos esenciales de la doctrina peronista: el anticapitalismo y el antiimpe-

rialismo.

Es aquí donde aparece la hegemonía de la clase trabajadora. Ella es la única clase que se opone consecuentemente a toda forma de explotación y ella es la que aporta los dos elementos citados -los centrales, por otra parte- a la ideología revolucionaria. En definitiva, el contenido último de la doctrina ha permanecido invariable, lo que han cambiado son las formas bajo las que éste se expresa al influir sobre el mismo las tres determinaciones que mencionábamos antes.

Siguiendo con el análisis del Estado dependiente del período 30-43, vemos que éste rompe con los "modelos" de conflicto con que ciertos teóricos nacionales se maneja ron -y manejan- para pensar a la sociedad argentina en los que la contradicción oligarquía-librecambista versus industriales-proteccionistas era de vital importancia para explicar el surgimiento y desarrollo del peronismo; nosotros pensamos, por el contrario, que la complementariedad objetiva entre las actividades agrarias e industriales durante la década infame en el proceso de paliar la crisis del comercio mundial tenía, necesariamente, que reflejarse en el nivel político dando lugar al surgimiento de un bloque histórico en el poder que basamentaba un tipo singular de Estado.

Se observa que el basamento del mismo lo constituye el grupo invernador como sector hegemónico y los grupos industriales más concentrados y monopolizados entrelazados estructuralmente entre sí y ellos serán, en definitiva, los que impondrán la política de fomento industrial limitado que salvará, momentáneamente, al conjunto del sistema dependiente reajustándolo según las nuevas bases que plantea el desarrollo capitalista mundial; cierran, con ello, el ciclo de la Argentina basada en la economía primaria exportadora y abren un proceso caracterizado por la complementación objetiva del sector industrial monopolístico y el sector agrario basamentando ambos un Estado intervencionista en lo económico y fraudulento en lo político.

El análisis se refina en la medida en que de él surge que una fracción de la burguesía industrial coparticipa en la orientación general del estado intervencionista; se especifica en el sentido de evitar falsas esquematizaciones, como la que postula un Estado Justicialista que solamente se define por su actitud industrialista en oposición al supuesto gobierno puramente agroexportador de la década infame; se ve así cómo el peronismo debe romper con estructuras de poder que incluyen a la fracción más poderosa de la burguesía nacional.

Más adelante se verán las condiciones en que las restantes fracciones de la burguesía nacional -particularmente el sector "nuevo" de la misma- entran al bloque histórico peronista, sus contradicciones dentro de un frente nacional cuyos postulados anticapitalistas son sumamente claros desde el principio y las formas de resolución que esas contradicciones adoptaron en el 55.

c) clase trabajadora: política y organización

El proceso de industrialización sustitutiva de importaciones que impulsa la oligarquía rural se caracteriza, en sus rasgos esenciales, por la fuerte acumulación de capitales basada en la superexplotación de los sectores desposeídos.

Este pasa por una primera etapa, hasta el 35, caracterizada por el aumento constante

de la desocupación obrera, lo que debía reflejarse, necesariamente, en el número de huelgas que van en constante decrecimiento.

Al respecto dice Alfredo López (293):

"en 1930... el gobierno tiene que hacer economías. Los patrones tienen que reducir los costos de producción. Todo esto se consigue a expensas de los que están colocados en la base de la sociedad. De modo tal que la crisis se enjuaga rebajando los sueldos y salarios, aumentando la desocupación, repartiendo la miseria entre los que ya están castigados por la misma, para salvar a los detentadores de la riqueza social";

esta política trae como consecuencia que

"corresponda al quinquenio 1931/35 el promedio más bajo de huelgas" (A. López, 301).

Comienza a fortalecerse, también, en este período el proceso migratorio interno correlativo a las crisis de las economías del interior; la clase trabajadora se engrosará de ahora en más con individuos provenientes del interior mediterráneo en crisis antes que por contingentes inmigratorios de ultramar, característico del período cerrado en el 29.

El desarrollo capitalista se dará, en esta etapa, sobre la base de la no participación de la clase trabajadora en los niveles de decisión estatal ya que el Estado apoyará la política de acumulación reprimiendo violentamente todo intento de protesta obrera a la vez que destruye sistemáticamente todo intento de organización sindical o política.

En esta etapa se produce el paulatino agotamiento de las formas organizativas sindicales típicas de los años anteriores; el sindicato por oficio va dejando paso lentamente a los grandes sindicatos de masas con conducciones centralizadas. Hasta entonces los gremios se organizaban, en correlación con el desarrollo manufacturero, por oficio y se federaban por localidad, pero ya desde los años 30 comienza a surgir el sindicato por industria, tanto en el orden local como en el ámbito nacional.

A la vez, y a medida que cambia la estructuración económica argentina, van adquiriendo mayor peso político sindicatos de industrias que en etapas anteriores, dado el grado y la forma de desarrollo capitalista, tenían escasa relevancia. Concretamente, los cambios en la organización de la producción se reflejaban en el poder relativo de los sindicatos; en el país agro-exportador, en el que tenía importancia decisiva el transporte y el comercio, predominaban gremios como La Fraternidad y la Unión Ferroviaria (todos los secretarios generales de la CGT entre el 30 y el 43 surgieron de esta última) mientras que, y en forma correlativa al desarrollo industrial, hacia fines de la década infame empiezan a aparecer sindicatos como el metalúrgico con un peso político que anteriormente no tenían.

Este sindicalismo, de nuevo tipo en lo que hace a sus formas organizativas, guarda con el Estado relaciones bien definidas que signarán todo el período, caracterizadas por un hecho básico: el sindicalismo centrará su accionar en la búsqueda de un lugar dentro de la estructura jurídica —ya que no de poder— sin cuestionar en profundidad el sistema capitalista dependiente que da origen a la misma.

El accionar sindical se limitaba a buscar el reconocimiento de su existencia por par

te del Estado, a negociar

"por lograr un lugar dentro del orden jurídico, aún cuando ese orden fuera im popular como lo era" (Gazzera, 41).

Surgía así un sindicalismo que se distinguía por una cierta vocación oficialista ya que encontraba en la búsqueda de "status" jurídico-legal su bandera más trascendente, divorciando a la misma de los procesos económicos que daban origen a la represión sistemática del movimiento obrero; un sindicalismo que carecía, en definitiva, de una real política de poder en pro de la transformación global de la sociedad.

El sindicalista que surge a partir del 30 piensa a la relación entre el poder y la organización de los asalariados en términos eminentemente técnicos, es decir, la participación de la clase trabajadora en el Estado es su bandera más alta independiente de la cualidad del Estado, la relación eminentemente política que deben guardar los sectores desposeídos con las clases dominantes se diluye en la propuesta técnica: reconocimiento y participación.

Ya el movimiento obrero se había abstenido de tomar posiciones de enfrentamiento contra el golpe "nacionalista" del 6 de setiembre del 30 y todos los sectores llamaron a la calma a sus adherentes en un momento que ésta garantizaba la relativa consolidación del golpe militar. Uriburu comienza la era de la represión sistemática decretando no sólo el estado de sitio sino también la ley marcial.

En 1932, Francisco Pérez Leirós, en ese ambiente de violencia sistematizada contra la clase trabajadora presenta, como diputado, ante la Cámara un petitorio de la CGT en donde ésta plantea su programa:

"reconocimiento de los sindicatos, derecho de vida y seguro nacional, jornada de ocho horas y vacaciones pagas, representación en organismos empresarios del Estado, protección a la maternidad, defensa de la infancia, instrucción gratuita y laica hasta los 14 años..." (cit. por Pla, 99).

Como se puede apreciar -la nota sigue con una lista de reclamos del mismo tenor- la política está ausente y sus reivindicaciones más altas son la participación en el Estado oligárquico y fraudulento. La CGT, surgida el 27 de setiembre de 1930 como fruto de la unificación de la USA y la COA (socialistas y anarco-sindicalistas), reafirma, en una de sus primeras declaraciones su autocaracterización de "apolítica". Hasta 1935 en que su dirección es derrocada, su definición de apoliticismo se traduce en una neutralidad colaboracionista que primará durante todo el gobierno de Uriburu y parte del de Justo; el proceso de lucha, que comienza a germinar en las bases, no encontrará expresión coherente en las direcciones sindicales que siguen aferradas a su posición: golpear las puertas del Estado -que sistemáticamente los rechaza- en busca de una mínima participación en sus organismos técnicos.

Por debajo de este intento de colaboración dirigente, la agitación obrera iba en paulatino aumento. Un elemento favorable es el repunte en las tasas de ocupación a partir del año 35; a pesar de ello, los dirigentes sindicales no aprovechan esta coyuntura para revitalizar las organizaciones en función de una real perspectiva de poder sino que, por el contrario, se "enancan" sobre los conflictos -que proliferan en este período- para regatear mínimas condiciones legales a un Estado que responde con la violencia a la protesta obrera.

El divorcio entre la masa -que expresaba en la lucha su grado de conciencia- y los dirigentes, incapaces de canalizar la misma tras programas claros y que brindaran una opción real de poder como, por ejemplo, el de los huelguistas ferroviarios de 1912 que para solucionar el conflicto proponen, entre otras cosas, la nacionalización de los FF.CC. o la asunción de la dirección y explotación por parte de los obreros, se expresaba en el desinterés objetivo que aquélla revelaba hacia los sindicatos, hecho expresado en el escaso número de cotizantes con que contaban las organizaciones obreras. Los cálculos establecidos revelan que sólo de un 20 a un 30% de los obreros industriales se afiliaban a los gremios, lo que contrasta con los datos de los años posteriores, particularmente entre el 45 y el 49, en que la CGT llegará a contar con 5.000.000 de afiliados.

Así, el golpe del 43 encontrará a los dirigentes divididos en dos CGT -la n° 1 y n° 2- absolutamente divorciados de sus bases y sin poder dar respuesta coherente a los reclamos acumulados desde los años 30. Esto se reflejará, como más abajo veremos, en el advenimiento del peronismo de una forma bastante particular.

d) El ejército: del profesionalismo a la intervención política

Queda por analizar un sector de la sociedad global, un cuerpo especializado para decirlo con propiedad, que tuvo especial significación en los acontecimientos que van a eclosionar en el movimiento nacional de liberación: el ejército; corresponde clasificar aquí cuáles fueron los términos reales de su participación en la gestación y desarrollo del movimiento peronista, no por un mero interés académico sino porque del correcto análisis retrospectivo surgirán proposiciones que sirvan para guiar nuestra acción ante aquél en un momento como el presente, caracterizado por la vigencia, a nivel superestructural, de propuestas burocráticas que se centran en la reedición de la supuesta alianza ejército-pueblo vigente en el 45, como forma apta para obtener la liberación.

Diferentes autores, representantes de distintas vertientes político-ideológicas, trazaron diversos cuadros sobre la historia y estructura del ejército buscando en ellas los elementos que basamentaran sus pautas de acción presentes; hacer un análisis exhaustivo de dichas interpretaciones no es nuestro objetivo. Lo que aquí trataremos de esbozar son los límites reales que tienen las FF.AA. para participar en un movimiento nacional, como el peronista, que se plantea como objetivo último la independencia de toda forma de opresión, tanto externa como interna.

Estos límites ya existían en el momento del surgimiento del mismo y sólo eclosionaron cuando se dieron las condiciones objetivas y subjetivas para que las ambigüedades y contradicciones se manifestaran en un sentido definido, es decir, el ejército se va a alinear en el campo de la reacción como su brazo armado; corresponde pues analizar, en forma integrada, cómo la especial estructuración de éste y su historia se combinan para determinar en el ejército comportamientos políticos refractarios a los intereses populares.

En este contexto, nuestro análisis debe comenzar criticando la visión que las FF.AA. tienen de sí mismas y de la función política que se autoasignan respecto a la sociedad global. Creemos, como Cooke (149 y ss.), que dicha autointerpretación se afirma en categorías que la misma realidad se encarga de negar: para sí mismas las FF.AA.

y en particular el ejército, son instituciones neutrales ideológica y políticamente, con una ubicación por encima de las fuerzas sociales en pugna en el seno de la sociedad. Sus intervenciones no específicas, en consecuencia, se producirían cuando en la sociedad civil "algo anda mal", lo que implica, veladamente, una concepción adulterada que considera al sistema ideológico de los cuerpos armados intrínsecamente superiores a los generados por los distintos componentes de la sociedad global. Por el contrario,

"la historia de las FF. AA. revela que ellas son una parcialidad y no, como ellos creen, una representación del conjunto de los componentes sociales, ni un núcleo "neutral" frente a las contradicciones de ellos" (Cooke, 148).

En este sentido, ellas constituyen un fenómeno político profundamente influenciado por los acontecimientos y luchas de la sociedad nacional, una fuerza política que tiene una momentánea ventaja por sobre las restantes: una organización superior y el casi total monopolio de las armas.

Caeríamos en un error si pensáramos que dicha parcialidad se caracteriza por su absoluto monopolitismo ideológico; en efecto, permanentes conflictos coyunturales la "cruzan", pero todas las posibles divergencias y contradicciones son superadas-mal superadas- cuando comienzan a jugarse conceptos tales como "orden" y "conexión del arma" a los que se coloca por encima de toda otra contradicción momentánea. El orden, entendido como la imposición del régimen capitalista y aversión a las movilizaciones populares, y cohesión interna, concepto por el cual se procura resguardar al arma de toda posibilidad de fractura insalvable, son elementos centrales en el ordenamiento de las FF. AA. y obran como factor aglutinante en los momentos de máxima tensión, determinando que aquellas logias, fracciones o sectores internos que revelan más decisión, organización o claridad impongan la política a seguir por el grueso de los componentes.

Todo lo expuesto está en función del que, para nosotros, es el elemento central que caracteriza a las FF. AA. y al ejército en particular; esto es, su absoluta incapacidad, revelada a lo largo de toda su historia profesional, para generar una ideología totalizadora que sirva como guía para la independencia nacional, lo que les impide trascender, económica-política e ideológicamente, al sistema capitalista. Esto es válido para el conjunto de las armas y sus distintas logias internas.

Ellas han generado -como conquista más alta- una tibia conciencia económica que postula el desarrollo de las fuerzas productivas -concretamente la industria pesada- al ligar a éste con el problema de la defensa nacional pero, contradictoriamente, esa conciencia no es acompañada por elementos políticos e ideológicos que señalen los soportes y nivel social necesarios para cumplir la tarea que se autoimponen.

Savio, Mosconi, Vicat, Baldrich y tantos otros son expresión de esta constante en el Ejército argentino que se expresa en: 1) La postulación del desarrollo industrial total -liviano y pesado- con lo que superan a la conciencia económica de la burguesía nacional en sus distintas fracciones y que, en la etapa que estamos analizando, constituye un planteo antiimperialista.

Ello es así porque a las potencias hegemónicas les convenía que la Argentina importara todo el material bélico, ya que por ese medio podían presionar contra los sec-

tores que propugnaban el neutralismo como doctrina exterior. En un momento caracterizado por la existencia de fuertes indicios sobre el advenimiento de una nueva guerra mundial, para el imperialismo "democrático" era imperioso encontrar vínculos económicos que obligaran a nuestro país a entrar en el conflicto bélico como aliado del mismo; esto se verá claramente en los años 44 y 45 cuando E.E. UU., chantajeando para que la Argentina rompa con el Eje, amenaza con dejarla fuera de la Ley de Préstamos y Arriendos, ley de asistencia militar a los ejércitos latinoamericanos que se basaba en la entrega -en forma de préstamo o de donación- de material bélico sobrante acumulado por las industrias de guerra yanquis.

El proyecto industrialista del ejército -en tanto tendía a una efectiva independencia de la nación respecto de los imperialismos en conflicto- entró en colisión con el plan industrialista limitado de la oligarquía, y las repercusiones de la contradicción entablada entre ambos se harán sentir luego del 43.

En este contexto se inserta la creación de la Dirección General de Fabricaciones Militares -con el objeto de "alcanzar lo más pronto posible la propia capacidad para procurar las armas y las municiones indispensables para mantener la soberanía y el honor nacional" (Revista militar, n.º 656)-, en el año 1941. El bloque oligárquico no dejará, en ningún momento, de atacar la postura de las FF. AA. El 5 de marzo de 1931, por ejemplo, el diario "La Prensa" decía, refiriéndose al proyecto militar, que:

"el Estado no debía y no podía constituirse en industrial, sino que debía fomentar la industria privada, de manera que ésta, en los casos de emergencia, pudiese proveer el material necesario a las necesidades de la guerra."

El choque entre estas dos concepciones sobre el futuro desarrollo de la nación jugará un rol fundamental en la gestación del golpe de Estado del 43 -año en que la contradicción se exacerba al querer imponer la oligarquía al aliadófilo Robustiano Patrón Costa como presidente de la Nación en contraposición al neutralismo imperante en el grueso de los componentes de las FF. AA.- y en el desarrollo posterior del mismo.

2) Contrariamente, esa conciencia económica no se integraba -ni se integraba con la comprensión de que el objetivo industrialista propuesto sólo podía materializarse en los marcos de un Estado independiente -en tanto que el proyecto entraba en colisión con el imperialismo- que, por tal, debía ser necesariamente popular en la medida que la clase trabajadora es la única fuerza social consecuentemente antiimperialista y,

3) La no comprensión de que el Estado popular no podía responder a la estructuración capitalista y que radicalmente, o por evolución como en el caso del peronismo, debía tender a construir un orden sin ningún tipo de explotación, es decir, socialista.

Este divorcio en su concepción entre los elementos económicos, políticos e ideológicos llevó a las fuerzas armadas a apoyar coyunturalmente al peronismo -en la medida que creyeron ver en él un desarrollo industrial "en orden" bajo signo capitalista- y en los casos más avanzados, capitalistas estatales-, abandonarlo, cuando la movilización popular aceleraba el proceso evolutivo hacia formas de organización social

superiores y caer finalmente en los brazos del desarrollismo, expresión coherente del grado de conciencia de las FF. AA. y última y definitiva estación de su camino político.

Lo descripto siempre trató de ocultarse o disimularse en la mayor parte de los autores inscriptos en una genérica "izquierda nacional"; así, por ejemplo, para Ramos (104 y ss.), la historia argentina siempre vio jugar al ejército papeles diversos:

"yrigoyenista y antiyrigoyenista, peronista y antiperonista, librecambista y proteccionista, aliado al pueblo y convertido en policía militar... Ha sido todo eso y quién sabe qué destino le aguarda aún".

Esto se debe, en la concepción de Ramos, a que

"el Ejército, en su conjunto, refleja todas las tendencias de la sociedad argentina, no solamente una" (104)

y ello se debe a su composición, esencialmente de clase media a nivel de la oficialidad.

En principio vemos que el desarrollismo ES el destino de las FF. AA. argentinas, en tanto expresión de su incapacidad para pensar el problema nacional como totalidad dinámica en evolución hacia formas distintas y superiores de organización social; por otro lado, hay una característica estructural del Ejército argentino que Ramos desatiende. Es cierto que la clase media constituye el grueso de la oficialidad, pero lo que no se puede pasar por alto es la importancia de las FF. AA. como instituciones formativas que, por lo tanto, moldean el carácter de sus miembros y los educan desde muy temprana edad adscribiéndolos a sistemas de ideas y valores que no admiten derecho de discusión y, obvio es decirlo, son los del bloque histórico dominante.

En este sentido se rompe la continuidad entre el militar y el grueso de la ciudadanía y aparece bastante oscura la rígida determinación de las ideologías del ejército por parte del origen de clase de sus miembros.

Cooke (147) ha refutado, solamente con los datos de la experiencia, esta teoría para la que el ejército es una réplica menor del macrocosmos social, al plantear que

"esta opinión encierra contrasentidos que saltan a la vista: el peronismo predomina en lo civil y sólo tiene repercusiones negativas en el ámbito castrense".

Es que no se aclara, dado que el ejército refleja todas las tendencias de la sociedad argentina, qué logia puede llegar a encarnar los intereses de la clase trabajadora que, en este momento histórico, están comprendiendo cada vez más que peronismo y socialismo nacional son absolutamente homólogos.

Por otra parte, que haya habido dos ejércitos durante toda la historia argentina, no da lugar a prever la existencia, en este momento, de dos ejércitos dada la particular contextualización de la liberación nacional.

Tampoco podemos estar de acuerdo con los postulados de Gazzera-Ceresole que, desde otra vertiente, plantean que:

"lograr ese acuerdo básico entre el movimiento popular, y los estratos medios incluidos las FF. AA., representará para nuestro país la iniciación de un proceso ininterrumpido de grandeza" (207)

o, más adelante, que la forma de superar la fractura de la conciencia histórica es la constitución de un Frente Nacional Revolucionario que, dada la crisis en que se desenvuelve el sindicalismo peronista, podría encontrar su elemento aglutinante en los sectores nacionalistas de las FF. AA.

Lo que subyace a este planteo es la creencia de que el peronismo constituyó, en esencia, una alianza entre sectores del ejército y los sindicatos, de lo que se deduce que el desemboque del proceso actual tendrá que ser un reflatamiento de aquélla para obtener una salida nacional a la actual coyuntura; en síntesis, la alianza ejército-pueblo, tan cara a distintos sectores de la burocracia sindical para quien el golpe constituye la única alternativa de acción.

Nosotros pensamos que las formas que asume el movimiento nacional no son "atemporales", por el contrario, ellas están en estrecha conexión con las tareas que el mismo se impone. En una etapa definida, en lo fundamental, por la recuperación del patrimonio nacional era posible -por causas que más adelante se analizarán con detenimiento- que el peronismo se asentara -con contradicciones- sobre las estructuras sindicales y ciertos sectores del ejército, pero, como ya vimos, el desarrollo capitalista mundial y nacional hacen que las formas de resolución de las contradicciones con el imperialismo y sus bases internas sean diferentes y así lo comprende el Gral. Perón al acotar en un sentido socialista nacional el esencial anticapitalismo peronista; por lo tanto, las formas organizativas deben estar en estrecha consonancia con esas tareas que van demostrando, con cada vez mayor crudeza, la impotencia del sindicalismo para ser instrumento de liberación en su denotación actual a la vez que desnuda al ejército en su conjunto en su vocación de institución al servicio del orden liberal-capitalista.

La participación contradictoria del ejército y de la clase trabajadora en un mismo bloque histórico ya forma parte de la historia de nuestro camino liberador y nuestra obligación es desentrañar las causas últimas que determinaron el camino divergente que dichos sectores siguieron después del '55 y que hacen que esa experiencia sea irrepetible, a la vez que se buscan las formas organizativas aptas para vehicular las tareas estratégicas que están propuestas.

A nivel de los antecedentes concretos del peronismo, vemos que la década infame, luego de la subida de Justo al poder, presenta un ejército que se define, por boca de sus altos mandos, por un cerrado profesionalismo; este profesionalismo militar era simétrico al "apoliticismo" sindical en la medida que, de hecho, servía como aval de toda la política entreguista ejecutada por los gobiernos conservadores.

Dicha línea, que encuentra en M. A. Rodríguez, Ministro de Guerra de Justo, su portavoz, encarnaba el proyecto liberal remozado: represor en lo social, intervencionista en lo económico y fraudulento en lo político. La concepción "profesionalista", basada en las constantes mejoras técnicas y presupuestales de las tres armas, era la mejor excusa para defender el orden de cosas existente, pero su discurrir hegemónico durará pocos años.

El devolver a los militares a los cuarteles cumplía funciones contradictorias: por un lado, restablecía la unidad del ejército que, de persistir en la función política, ocurría serios riesgos de fractura; por otro, al avalar implícitamente un proyecto eco-

nómico que sólo fomenta el desarrollo de la industria "liviana" postergaba una de las más caras aspiraciones de ciertas fracciones del ejército: el desarrollo de la industria pesada.

Las fracciones que encarnaban esta postura, llamadas nacionalistas, no podían avalar un gobierno como el de Justo que concebía el desarrollo industrial en términos meramente defensistas, pero bajo el gobierno de éste, y aún con Ortíz, no había alcanzado el grado de organización interna necesario como para imponer su hegemonía al conjunto del arma.

Las contradicciones eclosionan cuando la antinomia, a nivel mundial, democracia-fascismo, comienza a "cruzarse" con las contradicciones del ejército que venimos describiendo y las de la sociedad civil que comienza a agitarse cada vez más por el voto sin fraude.

La 2da. guerra mundial dividirá al país -incluidas las FF. AA. - en dos sectores contrapuestos: aliadófilos y neutralistas, contradicción que se sobreimprime a las ya existentes entre "profesionalistas" e industrialistas -en el ejército- y fraudulentos y "democráticos" en la política.

En este contexto es que aparece el G. O. U., logia militar cuya característica básica era la heterogeneidad ideológica de los mandos que la componían, elemento que era momentáneamente sintetizado por planteos de tipo general: industrialización y nacionalismo económico, lucha contra el fraude y la corrupción. Era, en definitiva, un movimiento interno del Ejército destinado a salvarlo de la inmoralidad que invadía todas las esferas del Estado y tocaba colateralmente al arma, en la medida que el profesionalismo operaba como basamento de toda la política de entrega y corrupción. En todos sus componentes, excepto en Perón, coincidimos con Puiggrós (118) en que se pecaba de lo mismo:

"falta de claridad en cuanto al nuevo sistema que reemplazaría al antiguo y desconocimiento de las fuerzas sociales que debían promover el cambio"; por esto, el ejército fatalmente debía desembocar en un fracaso similar al del 30 a menos que existiese una concepción que recortara, dentro de las fuerzas sociales en pugna, a la clase trabajadora como sostén principal del programa nacional, concepción que, en cuanto fuera llevada a la práctica, entraría en contradicción con la ideología oficial del ejército en su conjunto. Esta concepción es, precisamente, lo que aporta Perón al golpe del 4 de junio de 1943.

La confusión en los planteos del G. O. U. está expresada, por ejemplo, en la incorporación de planteos geopolíticos de tipo expansionista; así,

"acostumbrados sus jefes y oficiales a pensar en términos geopolíticos, creían al pueblo un factor maleable, del que podían disponer en función de sus planes de industrialización, nacionalizaciones y expansión continental" (Puiggrós, 113).

La vaguedad en los planteos del G. O. U. debía reflejarse, necesariamente, en el momento que los miembros integrantes de la logia ocuparon puestos estratégicos en el Estado luego del golpe militar del 43; prueba de ello es su disolución, luego de lanzar sus "Nuevas Bases". Ellas revelan la absoluta incapacidad de éste para profundizar, en un sentido nacional, el golpe del 4 de junio; las mismas constituían, en esen-

cia, el Estatuto de un Estado militar que hacía del ataque contra los políticos liberales y el comunismo uno de sus objetivos máximos, confiando para ello en la absoluta verticalidad de los mandos y en el ejército como institución modeladora de la sociedad.

Las Nuevas Bases no proporcionaban ninguna guía válida para que el ejército se desenvolviera en el seno de la sociedad global; industrialismo, neutralismo, nacionalizaciones, son conceptos vacíos de contenido si no se encuentran las fuerzas sociales capaces de ser los soportes de los mismos. Es por ello que los militares ocupantes de la Casa Rosada optarán por archivarlas y tratarán de buscar salidas alternativas en distintas direcciones, buscando apoyo en diversas clases sociales, lo que provocó a muy poco andar, nuevas divisiones en el seno del arma y en los antiguos componentes de la logia.

Lo que aquí interesa es la forma en que Perón aporta claridad a este confuso proceso al encontrar en la clase trabajadora el bastión necesario al proyecto nacionalista y cambiar su contenido en la medida en que la incorporación de los sectores populares al mismo rompía con la concepción de los restantes componentes del gobierno militar que sólo pensaban en un desarrollo neutralista "en orden". Que Perón llegara a actuar en los medios obreros fue el fruto de una transacción entre éste y sus colaboradores, y los nacionalistas oligárquicos que coparticiparon del golpe: Ramírez -entonces presidente- le deja a Perón y su grupo libertad para actuar en el sector social y le da a los católicos ultrarreaccionarios -nacionalistas sin pueblo- el campo de la enseñanza desde donde crearon una imagen de la Argentina clerical y fascista.

El gobierno nunca pensó que relegando a Perón a la Secretaría de Trabajo y Previsión estaba creando las bases para la formación de un movimiento que pasaría a ser la negación del sistema capitalista dependiente: las esferas oficiales y civiles enemigas del futuro general del pueblo creían que dándole a aquél un puesto oscuro y presumiblemente burocrático lo frenarían en su carrera ascendente ya que, ni remotamente, pensaban que se podrían resolver todos los problemas sociales acumulados durante la década infame.

Perón se hizo cargo de dicha Secretaría en momentos que el costo de la vida superaba el aumento de los salarios reales y en medio de numerosos conflictos obreros; contradictoriamente, las direcciones sindicales -socialistas y comunistas- entorpecían todas las luchas por reivindicaciones inmediatas, ya que su proyecto político se basaba en la creación de la "alianza democrática" rupturista con todos los grupos políticos existentes, lo que incluía un accionar que no perjudicara a las empresas embarcadas en la perspectiva de formación de la "Unión Democrática".

Allí construirá su liderazgo, aprovechando el vacío que le brindaban las conducciones burocráticas al abandonar toda lucha por reivindicaciones inmediatas. La acción de la Secretaría de Trabajo y Previsión se define en un sentido concreto: obligar a las empresas a cumplir estrictamente con las leyes obreras que no se aplicaban o se aplicaban a medias y, a la vez, ir creando un cuerpo jurídico que legalizara los nuevos avances en la política laboral.

Pero la acción de Perón no consistía, como pretenden algunos izquierdistas trasnochados, en "montarse demagógicamente sobre las necesidades inmediatas de una clase sin conciencia histórica dado su origen rural reciente". Por el contrario, cada me

dida era insertada constantemente en la problemática de la lucha organizada contra la explotación externa e interna.

Como ejemplo, baste este discurso del General Perón en el verano del 45:

"Es un hecho absolutamente incontrovertible que termina el gobierno de la burguesía, llegada al poder con la Revolución Francesa y nace el gobierno de las masas populares; por eso pensamos que la solución que hemos de dar al problema local debe encuadrarse dentro de la evolución que se está marcando en el mundo, de la que la Argentina no puede sustraerse" (cit. por Arturo Sampay, 121).

Sobrarían discursos y escritos que señalan la misma constante: el liderazgo de Perón se construyó a partir de la ligazón constante que él hizo de las medidas inmediatas a favor de los pauperizados con la problemática de la independencia económica y del poder popular demostrando, con su acción, que ellos son inescindibles; concretamente, en la Secretaría de Trabajo y Previsión se comenzó a sistematizar la doctrina peronista.

Esta política debía producir, necesariamente, profundas modificaciones en la actitud de los dirigentes sindicales "antiguos" que se veían en un dilema de hierro: o persistían en la política general de "unión democrática" o perdían a sus bases obreras. La actitud no será homogénea, algunos dirigentes persistirán en su actitud oligárquico-liberal y pasarán al olvido, otros se incorporarán al movimiento naciente jugando como correa de transmisión entre las directivas de Perón y el conjunto de la clase trabajadora.

Aquí hay un hecho remarcable: la vinculación básica que se establece es entre Perón y las bases trabajadoras en su conjunto y, en este sentido, los dirigentes sindicales -tanto los antiguos como los que recién surgían- juegan un papel subalterno, ya que sus actitudes políticas estaban determinadas por las reacciones que las medidas generadas por Perón provocaban en los trabajadores; es decir, los dirigentes no fueron vanguardia en el sentido de ser una dirección conciente que prevé un proceso y busca las formas organizativas necesarias para su reforzamiento y aceleración; por el contrario, actuaron, en la mayoría de los casos, sobrepasados por esa vinculación que se iba creando entre los asalariados y el líder surgente.

Los dirigentes sindicales se negaban así en su condición de tales ya que persistían con los comportamientos políticos básicos de la década infame -búsqueda de reconocimiento y participación- sin percatarse de que estaban inmersos en un proceso político más amplio que utilizaba a los organismos gremiales sólo para encontrar la fuerza social que basamentara al movimiento, ya que la perspectiva general trascendía lo gremial al insertarse en el proyecto más vasto de la independencia de la Nación.

Que la huelga general sea decretada para el 18 de octubre del 45 por la C. G. T. por escasísimo margen de votos y las masas liberen a Perón un día antes revela que el motor del proyecto independentista era la conexión entre el líder y las masas jugando los "dirigentes" un rol subordinado ante tal conexión.

Los "dirigentes" sindicales -salvo muy pocas excepciones- hacían oficialismo y no peronismo; lo primero implicaba persistir en los comportamientos políticos básicos

de la década infame ante un Estado que ya no los rechazaba; lo segundo, adoptar una postura revolucionaria, es decir, ser vehículos de profundización de lo generado por Perón y no meros receptores pasivos de beneficios económicos sin vincular a los mismos con la perspectiva general de independencia que los posibilitaba.

Hacer peronismo implicaba, también, crear los instrumentos organizativos aptos para una tarea que excedía lo gremial y que fueran un medio para liquidar, en el proceso, a la reacción enquistada, desde el principio, en las FF. AA.; pero, dirigentes sindicales con notoria vocación oficialista en la década infame no podían ser, de la noche a la mañana y aunque ahora gritaran hasta desgañitarse "la vida por Perón", portavoces a nivel ideológico-organizativo de un movimiento que se definía por actitudes revolucionarias ante el problema de la explotación interna y externa.

El papel de Perón fue, como ya vimos, llenar de contenidos revolucionarios el abstracto nacionalismo de ciertas fracciones de las fuerzas armadas en la medida que incorporó al proyecto antiimperialista a la clase trabajadora como sector hegemónico. Ello implica trascender la visión global que el conjunto del Ejército tenía sobre el desarrollo de la Nación y trajo, a poco andar, contradicciones que sólo el pueblo en la calle resolvió en un sentido progresivo.

Whitaker, un norteamericano antiperonista, describe el momento con claridad (156): "en 1945... los opositores (a Perón) casi alcanzan la victoria pues había tantos oficiales de las tres fuerzas armadas -ejército, marina y aeronáutica- disgustados con su programa de revolución social que el 7 de julio el presidente Farrell se sintió obligado a desmentir públicamente que hubiera un cisma en las FF. AA. ".

La reacción de las mismas era consiguiente con su ideología. Lo que Perón generaba no era el mero desarrollo de las fuerzas productivas "en orden", por el contrario, lo que estaba en esos momentos sobre el tapete era lisa y llanamente el poder para los sectores populares, planteo que revolucionaba desde adentro la revolución del 43.

Luego del 17 de octubre las FF. AA. se repliegan y transan pero no se rinden, transacción que está determinada por la encrucijada en que las masas las habían puesto: negociación o guerra civil; en este contexto, Perón y la clase trabajadora entran al conflicto en las peores condiciones posibles debido a la poca claridad de los dirigentes intermedios que no supieron, al faltarles una real política revolucionaria, aprovechar los respiros coyunturales que la oligarquía y las FF. AA. dejaron entre el 43 y el 46 para construir las formas organizativas aptas que permitieran eliminar a los enemigos inmediatos y a los potenciales. Todo quedó librado a la espontaneidad de la clase trabajadora y eso se hizo sentir, como luego se verá, en el período del gobierno no peronista.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

(Ia. parte)

- ALAVI, Hamza: "Viejo y nuevo imperialismo" en Teoría marxista del imperialismo, Ed. Pasado y Presente, 1969.
- CIRIA, Alberto: "Partidos y poder en la Argentina moderna", Ed. J. Alvarez, 1968.
- DEL MAZO, Gabriel: "El radicalismo", Ed. Raigal, 1951.
- DORFMANN, Adolfo: "El desarrollo de la industria argentina", Cursos y conferencias n° 1, 2 y 3 del 41.
- LOPEZ, Alfredo: "Historia del movimiento social y la clase obrera argentina", Ed. Programa, 1971.
- MARINI, Ruy Mauro: "Subdesarrollo y revolución", Ed. SXXI, 1969.
- ORTIZ, Ricardo M.: "El aspecto económico-social de la crisis del 30", Rev. de Hist. n° 3, 1958.
- PUIGGROS, Rodolfo: "La democracia fraudulenta", Ed. J. Alvarez, 1968.
- PUIGGROS, Rodolfo: "El peronismo 1. Sus causas", Ed. J. Alvarez, 1969.
- PEÑA, Milcíades: "Masas, caudillos y elites", Ed. Fichas, 1971.
- REY, Esteban: "Frigerio y la traición de la burguesía industrial", Ed. La Siringa, 1959.
- ESTEBAN, Juan Carlos: "Imperialismo y desarrollo económico", Ed. Palestra, 1969.
- DUEJO, Gerardo: "Un programa socialista: única salida real para la clase trabajadora", Cristianismo y Revolución, año IV, n° 29.
- COOKE, John William: "Peronismo y revolución", Ed. Papiro, 1971.
- GAZZERA, Miguel: "Nosotros, los dirigentes" en Peronismo: autocrítica y perspectivas, Ed. Descartes, 1970.
- RAMOS, Jorge A.: "Ejército y semicolonias", Ed. Sudestada, 1969.
- WHITAKER, Arthur P.: "Argentina y EE. UU.", Ed. Proceso, 1956.
- DRI, Rubén R.: "Tercera posición, marxismo y tercer mundo", Envío, n° 4, 1971.
- SAMPAY, Arturo E.: "La Constitución del 49", Ed. Relevo, 1963.

J. P. Franco

gobierno

I.- INTRODUCCION

Ha señalado Arturo Jauretche la imposibilidad de comprender el fenómeno nacional si previamente no se está esclarecido sobre la "colonización pedagógica".

En el ámbito universitario se desarrollan diversas formas de coloniaje mental; en la vertiente izquierdista, el encasillamiento en fórmulas ideológicas que asignan al marxismo-leninismo la validez de una ciencia universal; en el cientificismo sociológico, la aceptación del valor sublime de la ciencia como cuerpo de conocimientos institucionalizados.

Es común, todos ellos, califican al peronismo con un concepto puesto de moda actualmente y que proviene del más puro ámbito sociológico: populismo. Este intercambio de conceptos entre los sociólogos académicos y los "científicos" marxistas leninistas demuestra que todavía tiene puntos de contactos. En cuanto al peronismo, un sociólogo académico como Germani y sociólogos marxistas coinciden en analizar al peronismo como un fenómeno de manipulación de la clase obrera por los sectores dominantes, y por lo tanto, en asignar un carácter heterónomo a la conciencia de los trabajadores.

Por supuesto que con respecto al peronismo, mucho más terminante es la oposición del régimen, pero a los sectores dominantes no podemos calificarlos de "colonizados", en tanto su forma natural de ser los impulsa a unificarse en teoría y práctica con el imperialismo. En todo caso, son "colonizados" de nacimiento.

Aún cuando nos duela, debemos reconocer sin embargo que nuestro Movimiento tiene en su seno figuras y sectores con cierto tipo de colonización; esos sectores que el lenguaje de las bases califica de "burócratas", y a veces, en un lenguaje menos refinado e impreciso, de "políticos". Con justicia señala Cooke que lo burocrático es un estilo en el ejercicio de las funciones o de la influencia, y no solamente ciertas figuras determinadas cuya eliminación traería aparejado el fin del burocratismo. "Porque hace años que vemos aparecer "dirigentes" que luego se esfuman en su propia insignificancia; las que permanecen incambiadas son las prácticas; el estilo de conducción, los sistemas internos de promoción, la visión de la política frente al régimen".

Y decimos que supone un cierto tipo de colonización pedagógica, en la medida en que la confianza en los propios valores y las propias fuerzas del pueblo, para obtener el cambio total del sistema es reemplazada por una visión, elevada al plano de opción estratégica, golpista en algunos casos, electoralista en otros. Para que tal visión subsista, es preciso que de alguna manera, los mismos valores del adversario se hayan infiltrado en la mentalidad de tales sectores. El objetivo del socialismo nacional es usualmente escamoteado, o cuando se menciona, pareciera en su contexto que solo se trata de un neo-capitalismo independiente y remozado y no de un cambio total de sistema como proclama el General Perón.

Este aporte tiene como eje fundamental la polémica contra las influencias "colonizadas" que en el medio universitario tratan de mantener el alejamiento de los sectores intelectuales respecto al gran movimiento nacional. Evidentemente, encarar la polémica es ya una concesión: en el seno de los sectores populares, fundamentalmente de la clase trabajadora, esta polémica no tiene ningún sentido; la certidumbre peronista es total, y solo se discute cual es la forma de orientar con mayor eficacia el proceso revolucionario, de cumplimentar con efectividad las directivas del Gral. Perón como Conductor Estratégico. Concesión que sin embargo tiene sentido si colabora en la tarea de acercamiento de ciertos sectores estudiantiles, como ya lo están haciendo muchos, al movimiento peronista.

La concesión, empero, termina allí. No pretende dar la discusión en el marco de las reglas de juego que el "marxismo sociológico" y universalista impone. Partimos del reconocimiento de la prefiguración popular del conocimiento, "interrogando y valorando al máximo a las masas trabajadoras, sus certidumbres, sus fidelidades". He afirmado en otra ocasión que no creo en la ruptura entre las categorías que orientan el proceso revolucionario y aquellas que deben interpretarlo. Las convicciones de nuestro pueblo, con su eje en la clase trabajadora, y su intérprete en el Gral. Perón, nos indican desde donde debe partir nuestro análisis, identificado "con las certidumbres del pueblo allí donde haya llegado a su grado más alto de esclarecimiento y combatividad, para desde allí intentar profundizar, radicalizar, proyectar las energías revolucionarias del pueblo". (Concatti, 1971)

Justamente, ésta es la crítica que se nos formula desde la ultra-izquierda: "Todos estos sectores, ideólogos del nacionalismo burgués, continúan llamando reiteradamente a que veamos a la clase obrera tal cual es, a abandonar el doctrinarismo paralizante, el teorismo estéril. Y lo hacen partiendo de una tesis muy poco original, patrimonio del reformismo y el oportunismo durante muchas décadas e innumerables lugares: confundir el hecho innegable de que el grueso de la clase obrera se encuentra influida por el peronismo (dicho sea de paso, este fenómeno cada día pierde su intensidad), con la tesis de que del mismo seno del nacionalismo burgués peronista como tal se va a forjar, por un proceso interno de autodesarrollo, la fuerza capaz de conducir la liberación nacional y social".

"El mismo razonamiento serviría para justificar y esperar que la vanguardia del Perú sea el APRA, el Trabalhismo en Brasil, el PRIM en México, el MNR en Bolivia, etc."

"En última instancia es un mecanismo que no hace más que cosificar a una variable ideológica, propia de la superestructura; mistificación que no será otra cosa que reemplazar clase obrera por peronismo".

"De allí que se insista en señalar que en la Argentina la clase obrera tiene nombre y apellido: el peronismo; ignorando burdamente que la ideología y la política capaz de llevar a esa clase a desempeñar el rol independiente, revolucionario, que históricamente debe jugar, tienen también su nombre y apellido: el marxismo leninismo, expresados en una línea y un partido realmente clasista que la impulse y le haga jugar su papel de vanguardia" (Torres, Rafael, 1968)

Señalemos varias cosas de estos párrafos tan sabrosos :

1) Se caracteriza al peronismo como nacionalismo burgués, aún cuando su base mayoritaria sea la clase trabajadora. La clase trabajadora parece ser un componente circunstancial, cuando sin embargo la historia indica que junto con Perón, constituyen los únicos componentes permanentes. ¿Se trata de una alienación de los trabajadores? ¿Son tan ignorantes los trabajadores argentinos que no se han dado cuenta que desde 1945 están alienados? Y pero aún: ¿cómo es posible que sean peronistas los jóvenes trabajadores que teóricamente no reúnen las condiciones para la manipulación que tenían sus padres? Hay una respuesta: "Tanto los efectos objetivos de la estructura como el control de los medios de comunicación aseguran el dominio de la ideología de las clases dominantes sobre las masas. De ahí la importancia de la lucha ideológica y el desarrollo del conocimiento científico para descubrir encubrimientos y develar contradicciones". (Villarreal, 1971).

Lo que no se comprende, siguiendo el pensamiento de Villarreal, como es posible entonces que "los trabajadores y el movimiento peronista desarrollaran una historia de lucha política y armada después de 1955, que constituye uno de los puntos más altos de la crónica de las luchas populares en la Argentina" (pp.24)

2) Consecuente con la caracterización precedente, se identifica al peronismo con el APRA, el Trabalhismo, el PRI, y el MNR. Y lo que no se señala son las causas por las cuales los movimientos citados, en la actualidad no integran masivamente a las mayorías populares y por el contrario mantienen una política antipopular: el APRA enfrentando a Velasco Alvarado y defendiendo al "imperialismo bueno", el Trabalhismo paralizado por la influencia desarrollista, el PRI apoyando la política de interdependencia con los Estados Unidos y masacrando al pueblo, como en la noche trágica de Tlatelolco, y finalmente, el MNR firme junto a Banzer volteando al gobierno nacionalista de Torres.

Frente a todos ellos, el movimiento peronista sigue siendo el hecho maldito del régimen burgués, y no por casualidad se desarrolla cada vez con mayor intensidad, en la perspectiva estratégica de Perón que es la guerra revolucionaria a través de las organizaciones de las bases peronistas y sus formaciones especiales.

3) Mientras que la primer afirmación es una condena al nacionalismo, como ideología extraña a la clase obrera, y en virtud de una división maniquea del mundo, por ende, burguesa, se postula que solo el marxismo leninismo - la ideología desde afuera - es la verdadera conciencia histórica de nuestro pueblo confundido. Las masas trabajadoras argentinas "precisan" de una pedagogía correcta, que les enseñe que su identificación con el peronismo es una alienación y que todas sus luchas y todos sus mártires en nombre de los ideales peronistas han sido en vano. Hay una y sola una ideología de la clase obrera: el marxismo-leninismo. A través de su ac-

tividad práctico-crítica, el proletariado europeo proveyó la materia prima para que Marx, Engels y Lenin elaboraran la teoría infalible de la revolución.

Pareciera entonces que la actividad política de las clases populares del resto de los pueblos que luchan por su liberación no tiene la capacidad suficiente para engendrar su propia teoría revolucionaria, que por supuesto, se apropie de los elementos más fecundos de otros procesos revolucionarios del Tercer Mundo, pero a partir de la doctrina originaria de su propio proceso. La Teoría de la Revolución ha sido elaborada de una vez y para siempre. En realidad, esto parece una sacralización de la teoría revolucionaria (confieso: iba a escribir: parece una teología de la revolución, pero recordé el significado profundo que a través de los Curas del Tercer Mundo significa una teología de la liberación: sacralización, por el contrario, implica el alejamiento de toda práctica cotidiana).

4) El Partido Obrero es la organización idónea para efectivizar la revolución. Los movimientos nacionales, concretamente, el movimiento peronista, son instrumentos de la burguesía. Nuevamente el pueblo argentino, y su clase trabajadora, se equivocaron cuando conformaron un movimiento nacional, con un profundo sentido antiimperialista y antioligárquico, cuando con la dirección de Perón y la columna vertebral en la clase trabajadora, aceptaron integrar un nucleamiento organizativo más amplio y dinámico que un partido, en la creencia de que la lucha antiimperialista requiere concitar, en cada etapa histórica, los sectores sociales que en ese momento pueden apoyar la lucha contra el imperialismo y sus cómplices locales. Aún cuando el proceso demuestre que finalizada la etapa peronista, es la clase obrera su componente fundamental, sigue siendo un Movimiento: concepto que implica una concepción de las tareas revolucionarias en un país oprimido nacional y socialmente, de la primacía de la política que coloca como sujeto revolucionario a los trabajadores peronistas y a todos los militantes revolucionarios honestamente unidos al proyecto peronista y que rechaza la "sustitución" de las masas populares por una vanguardia organizada en un Partido que supuestamente la representa. El concepto de Movimiento engloba tanto el "movimiento histórico" hacia el cual tiende el proceso, como la forma de encuadramiento, movilización y participación de las masas populares, que imprimen ese sentido al proceso.

Se puede plantear la posibilidad de un Partido que integre a la mayoría de las masas populares. Pero tal, en esta etapa de nuestro proceso es una definición abstracta. En la Argentina, ha sido un movimiento la forma de encuadramiento del pueblo, y lo más rico de este concepto, que se proyecta hasta el momento de una sociedad liberada, es la amplitud total de los márgenes de movilización y participación efectiva del pueblo, lo que supone que nuestra "revolución cultural" ya se realiza desde el proceso previo a la reconquista definitiva del poder. Por supuesto que este concepto de Movimiento no supone la inexistencia de un firme propósito de lograr la verdadera organización integral de la clase trabajadora y el pueblo, superando las deficiencias existentes. Sabemos que sin dicha organización superior, sólo podremos jaquear al régimen, pero nunca voltearlo. Pero concebírnos como movimiento supone desde el vamos una voz de alerta contra todo intento de "sustitución" de la actividad conciente de las masas peronistas. Dijo Cooke en ocasión del intento de retorno de Perón frustrado por el imperialismo y por la acción de las direcciones burocráticas: "Me temo que quienes andan a la pesca de dividendos para la lucha interna por el poder contribuyan a enturbiar la visión de lo ocurrido, en lugar de

ayudar al pueblo a aprovechar la experiencia. Hay quienes trafican con la ambigüedad, así como hay quienes - y esos son los revolucionarios - tratan de presentar claramente cada episodio, porque la política revolucionaria no parte de una verdad conocida por una minoría sino del conocimiento que tengan las masas de cada episodio y de las grandes líneas estratégicas". (Looke 1964)

Como señala Rolando Concatti: "El Partido Político - aún cuando ha sido fruto de un movimiento - tiende a cristalizarse, a monopolizar al movimiento, a encasillarlo y domesticarlo bajo los intereses del Partido". Y esto no solo es válido para nuestro movimiento: ¿acaso la revolución cultural China no es el gran intento de Mao para disolver los endurecimientos burocráticos, de evitar la sedimentación de lo viejo y dar paso a lo nuevo, abriendo para ello las puertas a la participación de las masas populares?

Luego de estas reflexiones iniciales, algunas aclaraciones. Como señalamos en la Advertencia Preliminar, el presente texto guarda la estructura de una clase, y por ende, su carácter provisorio. Puede criticarse nuestra costumbre de abundar en extensas citas: ello lo hacemos de expreso, en aquellos casos en que nos interesa suplir la dificultad para el lector de acercarse a la fuente documental y ante la creencia de que el texto merece conocerse en su forma original, sin comentarios o interpretaciones que lo transformen.

2. La naturaleza de las transformaciones en el Estado Peronista

Para la evaluación del carácter de las transformaciones realizadas por el Estado Peronista, es preciso explicitar algunos criterios básicos para orientarse en su análisis. Las tres cuestiones básicas, en nuestro criterio, son:

a) Significación de dichas transformaciones para el carácter semicolonial de nuestra patria. Formas de antagonismo con las metrópolis hegemónicas. Todo esto encuadrado en el marco histórico de las tendencias mundiales y del tercer mundo vigentes en esa etapa.

b) Significación de las transformaciones para el carácter capitalista de nuestra patria. Formas de antagonismo social y político de los sectores populares con los sectores propietarios más concentrados monopolísticamente y ligados a los imperialismos.

c) Formas de conciencia, organización y participación de las clases populares, fundamentalmente de la clase trabajadora, en el ejercicio del poder.

Estos tres puntos no pueden ser tratados independientemente, en la medida en que la dominación imperialista no es meramente ejercida por las potencias hegemónicas desde el exterior, sino que ella se ha internalizado profundamente en la estructura nacional, e imbricado con clases y fracciones de clase que operan como puente para la penetración. Las tareas nacionales (antiimperialistas) y sociales (anticapitalistas) están necesariamente entrelazadas, de allí que el Gral. Perón comprendiera que la independencia económica y la soberanía política solo podría encontrarse como sujeto fundamental a la clase trabajadora. Sujeto que en la participación creciente en las decisiones gubernamentales, en la efectivización de las medi-

das de justicia social, impulsaba una tendencia de transformación profunda de la sociedad Argentina.

Con este tipo de criterios, definimos al Estado Peronista como un Estado Popular caracterizado por la democracia social creciente, la soberanía nacional - en la defensa del patrimonio nacional y en la política externa independiente -, con fundamental participación en el ejercicio del gobierno y transformación de la sociedad Argentina por parte de los trabajadores.

Las características económicas, políticas, sociales y culturales de este Estado de nuevo tipo, en transición, impulsaban una tendencia hacia la disolución del régimen de propiedad capitalista y el tránsito hacia formas nacionales particulares de construcción del socialismo

Es esta tendencia objetiva (verificable en las transformaciones que la economía de estado, las formas cooperativas, el ejercicio de la voluntad popular, etc. registraban) y subjetiva (visualizable en las nuevas formas de conciencia y los intentos organizativos de la clase trabajadora) la que engendra la acentuación de las contradicciones internas, la emergencia nítida de las "fracturas disimuladas", el paso al campo enemigo de fuerzas y sectores que antes acompañaban al movimiento nacional.

Se trata de comprender el proceso histórico, bajo la forma de su automovimiento por contradicciones y en donde la presencia de las mayorías populares, en especial la clase obrera, es el hito para buscar su sentido positivo y progresivo. La reflexión sobre la tendencia que dicho proceso encarna no debe, no puede, efectuarse en términos de un itinerario completo que ya se conoce de antemano y que determina como errado todo avance popular que no se consume de acuerdo a dicho camino. Ese itinerario, que reconoce como punto terminal (y por supuesto, de comienzo de un nuevo proceso) al socialismo, no puede ser un modelo teórico, si es que pretende ayudar al proceso nacional, sino que por el contrario, debe ser un camino "que se hace al andar". Por supuesto, es preciso tener en cuenta las experiencias de otros pueblos y asimilar lo más rico de ellas. Y aquí, una observación: la Argentina peronista inicia un camino de liberación en una etapa histórica en donde no existían las ricas experiencias de lucha que en la actualidad se verifican en todo el Tercer Mundo. Sólo existía la puja de muchos pueblos buscando sus propias formas de combatir a los imperialismos, sin el aliciente actual de un Tercer Mundo que se yergue frente al imperialismo cualquiera sea su signo, en donde el conjunto de pueblos liberados a la par que las enseñanzas de su experiencia, nos ofrecen su solidaridad y ayuda. Con razón Perón insiste en el carácter precursor de la experiencia argentina, que si por un lado nos enorgullece, por el otro, nos hace meditar sobre las dificultades inmensas que Perón y los trabajadores tuvieron que sobrellevar.

La "Economía de Estado" como instrumento de liberación.

La Argentina ya había conocido el intervencionismo estatal, practicado en la década infame para la defensa de los intereses de los sectores agroexportadores y la gran burguesía industrial vinculados estrechamente al imperialismo inglés y en menor escala, aunque cada vez creciente, al imperialismo norteamericano.

Pero la "Economía de Estado Popular" no es un intervencionismo para salvar las dificultades de las clases dominantes y de los Imperialismos. Por el contrario, el Estado se convierte en un monopolio que controla el conjunto de la actividad nacional, quebrando el respeto absoluto por la propiedad privada de los medios de producción y cambio, participando en la actividad productiva, financiera y comercial como valla a los monopolios nacionales y extranjeros.

Por supuesto que el carácter "popular" es el que permite que dicha Economía de Estado signifique una profunda interferencia y peligro para la estructura capitalista argentina.

En el desarrollo de este problema de la Economía de Estado, encontramos interesantes reflexiones en un trabajo poco conocido, escrito en 1953 por Eduardo Astesano.

El autor en cuestión afirma que en esa etapa del país se está cruzando por un proceso revolucionario, porque visiblemente se ha producido en el orden político un desplazamiento de clases y sectores de clases que controlan el Estado y porque en el orden económico se ha desplazado la propiedad y dirección de los instrumentos más fundamentales para el intercambio y control de la riqueza que pasan a manos del gobierno popular.

"La Revolución Justicialista es así una "tercer forma" que se desarrolla dentro de los marcos internacionales de una revolución de nuevo tipo que aparece hoy en todos los países coloniales y dependientes en revolución, de América, Asia y África: la revolución de la nueva democracia. Desde el punto de vista económico es llevada a la nacionalización de todas las grandes empresas imperialistas y las de sus agentes nativos. La Revolución Justicialista tiende a cumplir los objetivos de esta etapa, verdadero periodo de transición entre el fin de una sociedad capitalista dependiente y la instauración de una sociedad socialista" (Astesano, pp. 19).

La economía de la democracia popular, siguiendo la línea de pensamiento señalada por Astesano, se sustentaba en la coexistencia de dos formas económico-sociales distintas. Por un lado, la Economía de Estado y por otro lado, regulada y controlada por el Estado, la economía capitalista privada. La Tercera Posición no aparece solamente como un punto de equidistancia, sino como una resultante nueva, que tiende a la disolución de las formas capitalistas en la medida en que pone límites al proceso de acumulación capitalista, y al proceso de concentración monopolista, aún cuando todavía permita la posesión privada de importantes medios de producción.

Esta Economía de Estado se compone de un complejo industrial, comercial y bancario.

"El avance liberador, por el camino de las nacionalizaciones, debió apuntar hacia ese lado, "comercial y financiero" de nuestra dependencia del exterior. Esa es la razón fundamental que explica, como al discriminar los elementos que componen hoy nuestra "Economía de Estado", se llega a la conclusión de que se compone sobre todo de instituciones comerciales y financieras, que antes eran utilizadas por el capital monopolista inglés para el control y dirección de nuestra economía".

"Este complejo comercial y bancario se apoya sobre todo en el comercio exterior.

Es tanto como si dijéramos que se ha nacionalizado nuestra dependencia comercial de los grandes mercados internacionales, en el aspecto de la importación y la exportación" (Astesano, pp. 55)

El camino de las nacionalizaciones permitió el dominio de los ferrocarriles, los puertos, la marina mercante, el control de la banca y de las divisas, el manejo de los fletes y el seguro, la comercialización de las cosechas y carnes a través del IAPI así como el control de las importaciones.

Como señala Astesano, la Economía de Estado, levantada sobre el conjunto de monopolios estatales que alcanzaban aproximadamente los ciento cincuenta mil millones de pesos, manejando el sistema monetario y bancario, los transportes y el comercio exterior, los servicios públicos y parte de la actividad industrial, organizaba la forma predominante y directora de la economía nacional.

Por su parte, el capitalismo privado, constituido por unas tres mil grandes sociedades anónimas y la pequeña burguesía (con alrededor de 850.000 establecimientos) se repartían en campos iguales, según el autor citado, las inversiones en todos los sectores de la economía no controlados por el Estado, y cuyo conjunto se estimaba en alrededor de los cien mil millones de pesos.

Las conclusiones de Astesano con la evidente supeditación de toda la economía privada a la "Economía de Estado", que manejaba los controles de todo el sistema, disponía de una masa mayor de riquezas y utilizaba la fuerza política del Estado en sus relaciones con las otras formas sociales.

Un autor norteamericano que estudia esta etapa del proceso argentino, Arthur Whitajek, llega, por otra vía, a conclusiones similares :

"Los poderes del gobierno eran por cierto tan vastos y detallados que no existía rincón o agujero de la economía argentina en donde no se metiera, o por lo menos en donde no pudiera meterse. Si la Constitución protegía nominalmente a la empresa privada, su funcionamiento verdadero dependía del consentimiento del gobierno, (1956)

Este poder actuaba a través de las nacionalizaciones, el control de los instrumentos comerciales y financieros, la producción industrial por parte de las empresas del Estado en competencia con la actividad privada, las distintas formas de control tendiente a limitar el proceso de concentración monopolista, la fijación de precios, distribución de materia prima, de máquinas, préstamos bancarios, proteccionismo aduanero, etc.

La política peronista en el área de los instrumentos comerciales y financieros.

En una revista de la época (DE FRENTE, 1954) se analiza el papel del IAPI como un instrumento esencial para el logro real de la independencia económica. El intercambio desigual que caracteriza la etapa neoimperialista (entre otros elementos) imponía el control de la zona de choque entre nuestro sistema de producción y el de los países capitalistas hegemónicos, enfrentando a la política discriminatoria de esos países que unificados imponían los precios mundiales (es decir, a un comprador único) un vendedor único con capacidad de negociación en condiciones ventajosas.

«Desde que ese organismo centralizó las compras de la producción del agro y la comercialización de las cosechas, la palabra 'seguridad' es sinónimo de la producción agraria. Los precios se fijan antes de que se recojan las cosechas, pudiendo los productores conocer a priori el monto de su compensación por el trabajo realizado» (De Frente, 1954, Nro. 40).

Rompiendo el monopolio de nuestro comercio de exportación e importación que hasta entonces ejercían los trusts cerealeros, se posibilita la defensa de los productores directos, la transferencia de divisas para el fomento industrial, y la planificación de una política transformadora de la situación agraria, en donde, como luego señalaremos, cumple una función importantísima la promoción de las organizaciones cooperativistas.

El papel del IAPI, como el de cualquier instrumento de dominio estatal, debe ser juzgado en función de una visión de "proceso", que atienda a las debilidades y limitaciones y ubique las tendencias en desarrollo para superarlas. El IAPI no pudo de golpe transformar totalmente la situación anterior. Aún cuando el colono teóricamente estuviera en condiciones de vender directamente al organismo oficial, hubo casos, tal como lo señala Reinaldo Frigerio, en que por la demora del IAPI para liquidar los importes de las cosechas compradas, muchos chacareros arrendatarios vendieron anticipadamente al acopiador. Téngase en cuenta que estos tenían ya instalado el aparato necesario para el almacenamiento y conservación, y el personal capacitado para las operaciones de administración. El fomento a las cooperativas era la tendencia impulsada por el gobierno para erradicar esta situación y sepultar para siempre la usura del acopiador.

Según Antonio Cafiero, las ventajas que se desprendían de la nueva política de comercialización, fueron las siguientes :

- 1) El productor agropecuario al encontrar un comprador oficial a un precio determinado y único podía sustraerse de su tradicional dependencia respecto del comerciante de granos. Por otra parte, un sistema ágil y completo de crédito bancario otorgado a través del Banco de la Nación Argentina, le suministraba los elementos para liberarse de la tutela que ejercía la intermediación financiera.
- 2) El país utilizaba un importante instrumento para defender sus "términos del intercambio" con el resto del mundo, en un momento en el que los principales potencias habían constituido organismos combinados que operaban como verdaderos "carteles" - tal como la Combined Food Board - que al eliminar la competencia entre los compradores regulaban los precios del mercado. La posesión de este instrumento posibilitó la política de comercio exterior basada en convenios bilaterales.
- 3) El Estado se apropiaba, en momentos excepcionales del mercado internacional, de las ganancias de la exportación de cereales que de otra manera hubieran ingresado a los grandes monopolios internacionales y sus aliados internos.
- 4) Como organismo importador, el IAPI centralizó la adquisición en el exterior de algunas materias primas esenciales y de bienes de capital sobre todo en los años de inmediata posguerra en que los vendedores de estos productos eran también organismos estatales de los diferentes países que los ofrecían al mercado mundial.

5) El LAPI fue un elemento central para la adquisición de los ferrocarriles, servicios públicos, buques para la flota mercante y petrolera, escuelas, fábricas, múltiples obras públicas, etc.

En el sendero de la recuperación de los dispositivos para el control del comercio exterior eran imprescindibles las nacionalizaciones en el área de los transportes.

Respecto a la nacionalización de los ferrocarriles, la oposición de izquierda y derecha se aunó en una crítica supuestamente "antiimperialista" (! justamente los que se aliaron en la Unión Democrática con Braden !).

Con justicia señala Esteban que en todo proceso de nacionalizaciones en países dependientes es preciso distinguir un aspecto principal y uno secundario. En el caso de los FF.CC. lo principal es que Gran Bretaña se ve obligada a ceder un elemento de dominio fundamental; es decir que existe un poder nacional que obliga a resignar un instrumento de explotación y dominio al imperialismo inglés.

Tengamos en cuenta antes que nada que el FF.CC. en los países dependientes constituye un factor de dominio para el imperialismo. Las consideraciones de tipo aritmético no tienen consistencia sino como factores secundarios, residuales, pero nunca determinantes.

Debe quedar en claro que si en lugar de un gobierno popular y antiimperialista hubiese sido el bloque oligarquico el que controlara el aparato estatal, los déficits se hubieran conjugado mediante subvenciones u otras medidas que le permitieran a los ingleses mantener su tasa de beneficio y al mismo tiempo conservar la llave de control que significa el sistema ferroviario.

En ese sentido, la venta de los ferrocarriles era para el imperialismo un mal negocio.

El poder político, es decir, la soberanía nacional y la libre disposición de los ferrocarriles tenía que ser recuperada aunque para ello hubiera que emplear divisas por otra parte inútiles por el bloqueo. "Cuando el gobierno nacionalizó los transportes, se le objetó que estaba despilfarrando divisas. Pero fue fácil demostrar que estábamos "comprando soberanía", cosa que los pueblos rara vez tienen la suerte, como nosotros, de adquirir con divisas, y deben en cambio comprar con sangre". (De Frente, Nro. 76, 1955)

Lo importante es que el Estado recupera el control de comandos económicos claves: Transportes, Bancos, Comercio Exterior. Las nacionalizaciones fortalecieron la base económica del Estado, y su poder regulador en el conjunto de la economía.

Con respecto a los organismos financieros, al nacionalizarse el Banco Central por Decreto ley del 25 de marzo de 1946, se lo convirtió en un organismo natural del Gobierno, a través del cual el Estado recuperó funciones que son esenciales para su soberanía económica: el manejo de la moneda y del crédito, el control efectivo de la actividad bancaria, etc.

A tal trascendental medida se añadió la nacionalización de los depósitos bancarios, quedando el Banco Central como único autorizado para disponer de los mismos. De

tal manera, el poder del dinero, fruto del ahorro nacional, concentrado en los depósitos bancarios, que hasta ese momento manejaban las entidades de acuerdo a sus propios intereses, pasó a ser manejado por el Banco Central y puesto al servicio de la economía del país.

El Control de Cambios, es una planificación global adecuada, permitió al Estado una política selectiva de las importaciones para proteger la industria nacional y, discriminando su otorgamiento a las necesidades de cada rama de la producción en función del interés nacional.

Es preciso tener en cuenta que más que ninguna otra medida, la nacionalización de la banca implica un profundo desplazamiento de poder político y económico. Señala Juan Carlos Esteban: "La banca privada, especialmente la extranjera, adquirió rápidamente impulso, en la medida en que acompañaba el crecimiento de la penetración de capital extranjero en la economía argentina y a su vez actuaba como elemento de expansión de las inversiones extranjeras.

"Este proceso de acción recíproca entre la capitalización local de las empresas extranjeras y el bombeo de fondos del ahorro nacional como vehículo de una mayor capitalización, culminó a partir de la década del 30 y particularmente desde 1935 en una preeminencia absoluta del capital financiero en el mercado de producción y de capitales argentino.

"La burguesía comercial y financiera de base parasitaria tiene el papel de socio mayor en la hegemonía política del proceso argentino frente a la decadencia de la oligarquía, impotente ya para negociar en un plano de igualdad con el capital financiero".

El Banco de Crédito Industrial se destinó al estímulo, fundamentalmente, de la iniciativa de aquellos que, poseyendo capacidad creadora, carecen de los medios suficientes para entrar en la actividad industrial y a quienes el crédito normal no tenía antes en cuenta por tratarse de operaciones de riesgos superiores con relación a las garantías, o que requerían plazos más extensos, o, en fin, para quienes resultaba gravosa la tasa de interés vigente.

Se aportaba así al desarrollo de nuevas industrias pequeñas y medianas o al afianzamiento de algunas ya existentes y en situación desventajosa respecto a las empresas más concentradas.

Desde el comienzo de sus operaciones, el 2 de septiembre de 1944 hasta fines de 1955 concedió el Banco de Crédito Industrial 277.721 préstamos por un importe total de 31.143 millones de pesos moneda nacional. Tan sólo durante los años 1946-51, el Banco contribuyó a la financiación y ampliación de más de 20.000 industrias.

La acción crediticia favoreció a un amplio conjunto de actividades. Con el objeto de facilitar el desarrollo de la artesanía se otorgaron préstamos especiales que beneficiaron a los pequeños industriales de oficio que hasta ese momento trabajaban con herramientas manuales o simples máquinas auxiliares. En esa misma línea, se otorgaron préstamos para la adquisición de maquinarias e implementos por parte de las pequeñas empresas de construcción, para la instalación de plantas piloto y la industrialización de inventos con patente nacional, estimulando todo orden de inves-

tigaciones tecnológicas realizadas por técnicos carentes de capital. Las cooperativas de electricidad, la instalación de frigoríficos regionales, la creación de núcleos industriales básicos, la fabricación de motores diesel y maquinaria agrícola, fabricación de vagones ferroviarios, etc. fueron posibles por la cooperación del Banco de Crédito Industrial.

El estímulo a la producción minera fué una de las principales preocupaciones del Banco de Crédito Industrial. Para llevar adelante sus planes, se hizo cargo de la División Minería de la ex Corporación para la Promoción del Intercambio S.A. y de su laboratorio.

Numerosos cateadores y pequeños mineros, impedidos antes de trabajar por la ausencia de un conveniente sistema de créditos comenzaron a desarrollarse. Como señala Cafiero, el otorgamiento de préstamos prescindía de la situación patrimonial de los beneficiarios, sustentándose el criterio de que el préstamo minero era concedido al yacimiento y no al productor. De tal manera se prescindía de los demás bienes que declaraba el deudor.

En esta etapa, las cooperativas mineras crecieron en número y poderío gracias al estímulo crediticio y diversas medidas de fomento tomadas por el Estado, tales como la compra de la producción a precios compensatorios, o la adquisición de elementos no obtenibles en el país, como ocurrió en 1949, por ejemplo ante la escases de explosivos.

El surgimiento de numerosas cooperativas (gracias al fomento estatal) posibilitó en gran medida el control y la limitación de las actividades de empresas extranjeras. Como ejemplo: cuando la compañía Hansa Mina, de origen alemán que desde comienzos de siglo actuaba en San Luis explotando tungsteno, pasa en el periodo de guerra a manos de la Sonimar norteamericana, se desprende un grupo de mineros, de técnicos, industriales y obreros y forman la Cooperativa La Toma, con crédito del Banco Industrial. En poco tiempo su actividad le posibilitó competir en términos ventajosos con la empresa extranjera.

Otro criterio seguido para la asignación de créditos fué el de la descentralización industrial, posibilitando el desarrollo de industrias en el interior del país. El fomento de la minería entra en esta perspectiva.

La política peronista en el área industrial

Hemos hablado de la política de fomento a los pequeños y medianos industriales. Luego, al hacer algunas referencias a la posición de estos sectores en el seno del movimiento peronista, precisaremos como la actitud antipopular demostrada por la mayoría de ellos llevó a que paulatinamente el Estado promoviera el camino de las cooperativas controladas y combinadas con la "economía de Estado".

La experiencia demostró a Perón que sólo desde el bloque económico de la "economía de Estado", subordinado a la política antilimperialista y popular, podría impulsarse un proceso de industrialización acorde al proyecto peronista.

Perón no impulsaba el desarrollo industrial con el mero criterio del crecimiento de las fuerzas productivas. Lo importante era el sentido que el desarrollo tenía en el proyecto y la práctica peronista.

Si hemos hablado de "economía de estado" y no de "capitalismo de Estado", es porque pensamos que la Tercera Posición peronista expresaba una perspectiva antiimperialista y anticapitalista y un proceso que por una vía particular, pretendía **desmontar la vieja estructura capitalista en tránsito hacia una sociedad sin explotadores ni explotados.**

La "economía de Estado" junto al desarrollo cooperativo por aquella controlado, así como la promoción a la pequeña empresa, tenía como objetivo coartar las posibilidades de desarrollo de una tendencia a la concentración monopolística por parte de las grandes empresas nacionales o extranjeras. La viabilidad de ese proyecto era indudablemente transitorio: sólo podía resolverse mediante la profundización del proceso, expropiando a las grandes empresas capitalistas nacionales y extranjeras, o con la claudicación frente al imperialismo y sus socios internos. Porque el peronismo no claudica, sin haber logrado, sin embargo, a esa altura del proceso, **gestar suficientemente la organización revolucionaria hegemonizada por Perón y los trabajadores, es que el peronismo cae del gobierno.**

En el curso del surgimiento de las contradicciones, y mediante el intento de resolverlas en un sentido que marque su superación positiva, **líder y masas van comprendiendo el único desemboque coherente: la construcción del socialismo nacional.** Pero esa comprensión surge no por la lectura de un texto abstracto que hable sobre las bondades del socialismo como panacea universal y solo comprensible para una élite intelectual, sino por la vivencia concreta del pueblo e interpretado por su líder, en la lucha por afirmar sus tres banderas de soberanía política, independencia económica y justicia social.

Aquellas terminantes palabras de Perón pronunciadas el 1º de mayo de 1952: "Que nadie se engañe: la economía capitalista no tiene nada que hacer en nuestro país. Sus reductos todavía en pie serán objeto de implacable destrucción... por una natural evolución de nuestro sistema económico, los trabajadores adquirirán progresivamente la propiedad directa de los bienes capitales de la producción, del comercio y de la industria, pero el proceso evolucionista será lento y paulatino", no era mera verborragia declamatoria. Las diversas medidas tomadas por el gobierno impulsaban una tendencia de desarrollo en ese sentido, tanto a nivel de la estructura económica, como a nivel de la conciencia y organización de los trabajadores.

El sentido de la industrialización para el peronismo puede ser ejemplificado a través del DINIE. (Dirección Nacional de Industria del Estado).

En un trabajo de J.C. Esteban y L.E. Tassara encontramos un conjunto de **informaciones interesantes para comprender la importancia del DINIE.** La nacionalización de un conjunto de 30 empresas alemanas, a la par que desarticuló la penetración del capital alemán, puso en manos del Estado un complejo industrial compuesto por **empresas químico-industriales, químico-farmacéuticas, metalúrgicas, eléctricas, constructoras y textiles,** luego ampliado por la creación de nuevas empresas.

Una **cuestión fundamental** a tener en cuenta es que las empresas apropiadas por el Estado eran monopolistas en alto grado, y este es en última instancia el motivo que **fundamental la decisión estatal de su nacionalización.**

La constitución de este tipo de empresas y sus prácticas en nuestro país fue investigada por la Junta de Vigilancia y Liquidación Final de la Propiedad Enemiga, y los resultados fueron comunicados por el presidente de la misma, Coronel Olano, el 21 de enero de 1946 en una conferencia en el Salón Dorado de la Cancillería. "La sola lectura de los fundamentos que informan las medidas de retiro de la personería jurídica de las empresas basta para demostrar que el gobierno tenía noción bien clara sobre el carácter de las empresas alemanas, imprimiéndole a una mera medida de decomiso por estado de guerra, un preciso sentido antilimperialista que de otro modo no tenía porqué haber prevalecido" (Esteban y Tassara, pp.70) Nosotros añadimos, que no solo tenía un sentido antilimperialista, sino también, anticapitalista. Veamos un mensaje dirigido al Congreso de la Nación elevando un proyecto de decreto sobre las nacionalizaciones :

"El caudal de información recogido está encabezado por el estudio llevado a cabo, poco antes de la iniciación de la guerra, por el Comité Investigador del Congreso de los Estados Unidos, que analizó la concentración del poder económico en ese país".

"Esos antecedentes han permitido establecer, con bastante exactitud, que la producción de una enorme cantidad de artículos fundamentales para la economía mundial está completamente controlada por organizaciones internacionales, que no son en sí ni buenas ni malas, pero a las cuales es necesario tener en cuenta para la realización de cualquier plan económico que quiera conservar alguna sombra de realidad. Estas organizaciones de control económico adoptan innumerable cantidad de formas, pero en la actualidad las más generales son las de holding y las de cartel.

"Todas las empresas cuyo control tomó el Gobierno Argentino cumpliendo compromisos internacionales derivados del estado de Guerra, eran empresas dependientes de holdings y de carteles enemigos y ésta es la razón de su toma de control por el Estado.

"Es decir que, empresas constituidas y radicadas en territorio argentino bajo las leyes argentinas, dependían en todas sus decisiones aún las más mínimas y de la manera más absoluta, como se ha podido comprobar en casos concretos, de organizaciones que respondían a intereses y políticas extranjeras.

"Ante tal situación, el Gobierno debía tratar de diferir la entrega de esas empresas a los particulares, por las siguientes razones :

"En primer lugar, habría sido muy difícil evitar que las anteriores organizaciones volvieran a tomar el control de las empresas de propiedad enemiga, sea por medio de los prestanombres o de intereses conexos, con lo cual se hubiera engrosado el poderío de esas concentraciones sin beneficio de nuestra parte.

"En segundo lugar, era imposible controlar si las empresas entregadas a la actividad privada continuarían en manos auténticamente argentinas, o pasarían a depender, en cambio, de otros consorcios internacionales, como se ha intentado, que pudieran regular la competencia en el país, o anular o disminuir la producción.

"En tercer lugar se corría el peligro, agravado por la situación de debilidad que

atravesaban las empresas, de que éstas fueran adquiridas por intereses competidores, para hacerlas desaparecer del mercado, ya sea liquidándolas o administrándolas en forma ineficaz.

"Por último, cuando la cartelización llega a un grado muy notable y máxime cuando hace depender a industrias locales de un poder financiero extranjero, el Estado debe intervenir, circunstancia que reconocen muchas legislaciones de otros países.

"Ante las situaciones mencionadas, pierden importancia inmediata ciertas consideraciones personales de respeto al interés privado, a la libre iniciativa y a la propiedad privada-factores que han dejado de existir en esas enormes organizaciones y pasan a primar otras consideraciones de política nacional ..."

Las empresas dependientes del DINIE destinaron una buena parte de su producción a la satisfacción de la demanda estatal. Esteban y Tassara señalan que este es un hecho de enorme importancia, ya que crean un tipo de circulación financiera dentro del propio Estado, que permite no solamente el empleo racional de los recursos económicos sino que amplía la esfera de la economía de Estado (los autores citados hablan de capitalismo de estado, concepción que nosotros hemos refutado). Esta situación permite que la masa de beneficios pagados por el Estado no caiga en bolsillos privados, sino, que reingresen en el circuito de la economía de Estado fluyendo hacia obras básicas planeadas en función de un racional desarrollo económico con sentido nacional.

Otra función importante del DINIE era la regulación de los precios del mercado, por su intervención activa en las transacciones. Veamos algunos ejemplos.

En el renglón de los productos farmacéuticos hay dos casos representativos :

1) Productos éticos

- La Química Bayer vendía el Neoteben al público a ...	m\$	28,00
- Squibb vendía el Nidrazid a.....	m\$	106,90
- Lepetit vendía la Nicotibina a	m\$	133,00

Es decir que las dos últimas empresas, pertenecientes a grupos químicos privados vendían el producto a 4 o 5 veces mayor precio que la primer empresa perteneciente al DINIE. Esta situación obligó a las empresas privadas a bajar el precio de sus productos. Tengase en cuenta que estos medicamentos eran utilizados para tratamientos largos en la cura de la tuberculosis.

2) Productos populares :

- Cafiaspirina : estuche 20 tabletas	m\$	1,95
- Geniol(Suarry)	m\$	2,10
- Mejoral (Sidney Ross)	m\$	2,10

En diversas licitaciones públicas se hizo sentir la presencia del DINIE desplazando a las empresas privadas, ya fueran nacionales o extranjeras. Por ejemplo, en la licitación N°420/53 correspondiente al Ministerio de Transportes para la provisión

de 500 motores de tracción y 120 generadores, la oferta de Electrodinle E.N. aventajó terminantemente a las restantes ofertas.

En el caso de las grandes obras públicas y de electrificación de no haber intervenido el DINIE en las licitaciones, las pocas empresas privadas capaces por su dimensión de encarar la tarea, hubieran podido distribuirse las licitaciones fijando precios abusivos.

Es decir, que en aquellos casos en que el DINIE no estaba en las mejores condiciones para hacerse cargo de la licitación, su sola presencia determinaba la reducción de los presupuestos de las empresas concursantes, así como las mejores condiciones para la mano de obra a emplear.

El efecto de esta participación de la "economía de Estado" en competencia con las empresas privadas podemos, entre otras cosas, verificarlo en los diversos comunicados, que en especial a partir de 1952, comienza a emitir las diversas Cámaras Industriales. Veamos por ejemplo, un documento de la Cámara de Industrias Metalúrgicas :

"... estamos atravesando, señor Ministro, una situación industrial muy delicada que puede deparar quebrantos en el potencial fabril del país y que obliga a nuestro juicio a eliminar todos los factores que tiendan a empeorarla. Por estos motivos nos permitimos solicitar la alta intervención de S. E. a los efectos de que, entretanto llegue la solución del problema de las empresas industriales ex-alemanas, se adopten las medidas necesarias para que, si no pueden evitar la competencia con la industria privada, lo hagan por lo menos en igualdad de condiciones" (C.A.I.M., Memoria de 1954, pp. 28).

No era este el único inconveniente - grave por cierto - que tenían las empresas privadas.

Por reglamentaciones oficiales, disminuyó en esa etapa el número de horas diarias y de jornadas semanales trabajadas por los obreros de la industria, hasta el punto de que el índice de horas-hombre trabajadas por aquellos bajo de 120,5 en 1947 a 111,9 en 1952. Esto se explica por las disposiciones de legislación laboral tales - como trabajo insalubre, vacaciones, trabajo de menores, etc. Consigna Enzo G. Di Pietro (1952) que entre 1943 y 1949 la baja del índice de horas trabajadas por obrero fue de 10,6 (con índice 100 para 1943, y 89,4 para 1949). Los componentes de este descenso pueden ser discriminados de la siguiente manera :

Vacaciones y licencias pagas :	3,3
feriados nuevos pagos :	1,1
ausentismo :	2,6
huelgas :	0,9
paros :	0,5
factores residuales :	2,2

Con respecto al ausentismo, que ocupa tan alto porcentaje, el autor citado señala que en virtud de la relativa seguridad obtenida por la conjunción de la plena ocupación y de los beneficios sociales, el trabajador no ha temido quedarse sin trabajo, ni la posibilidad de que, no cumpliendo con su tarea a satisfacción de la empresa, fuese despedido.

Otra cuestión negativa para la empresa privada era la baja productividad del trabajo obrero. Datos propiciados por The Review of the River Plate consignaban que, de acuerdo a las cifras oficiales, comparando los números índices de 1952 con los de 1943, 24,5% más hombres estaban empleados en actividades industriales, y trabajaban 11,9% más horas-hombre, para lograr un aumento de la producción del 41,5, por lo cual se les pagaba en salarios 800,2% más. Esta cifra, señala la misma fuente, sería aún mayor si se computara el llamado "costo invisible del trabajo", correspondiente a servicios sociales, estimado en un 60% de los salarios pagados. Las conclusiones para The Review of the River Plate es la existencia de una "disparidad entre la tasa de aumento de la ocupación y de la producción y la de desembolsos de salarios por el otro".

Silvio Frondizi, (1957) de quien nadie puede sospechar su antiperonismo señala: "Otro factor en la no elevación vertical y rápida de la productividad obrera ha residido, hasta el comienzo de la crisis, en la situación de plena ocupación. La misma disminuyó el temor del obrero a ser despedido, no exigiéndose a sí mismo, por lo tanto, un rendimiento máximo. Simultáneamente, la demagogia dió al obrero la conciencia de su propia fuerza y el sentido del carácter explotativo de las relaciones capitalistas. Todo ello, y su éncercia consiguiente ante las exhortaciones a aumentar la productividad, tienen un innegable contenido de rebeldía clasista, que nadie verdaderamente progresista podrá criticar..."

"Si la burguesía nacional no pudo aumentar la productividad a través de la mecanización, le resulta muy difícil, por las razones ya expuestas, hacerlo a través de una superexplotación del proletariado",

Más allá de la concepción que encuadra su pensamiento S. Frondizi, no puede dejar de reconocer que la nueva conciencia del movimiento obrero (para él atribuible a la "demagogia") y la política del gobierno nacional implican una tendencia contradictoria con las posibilidades de desarrollo e incluso conservación del sistema capitalista.

El capitalismo no puede existir si no se dan las condiciones para la reproducción del sistema, mediante la acumulación capitalista continuada. La política del peronismo impide la ampliación continua del capital privado, impide su posibilidad de monopolizar el mercado, razones por las cuales no sólo la gran burguesía industrial, sino también la pequeña y mediana burguesía ven en el peronismo un enemigo fundamental para su supervivencia.

Ruth Sautú (1968) analiza los censos industriales, en especial el de 1954, sosteniendo que la producción industrial se expandió gracias a la contribución de miles de pequeñas empresas. Por su parte, Eduardo Jorge (1971) analizando el censo de 1935 y el de 1946, sostiene que el proceso de concentración industrial no solo sufrió avances, sino que tendió a retroceder.

Con respecto a las causas que limitaban la expansión de plantas industriales, Ruth Sautú plantea tres hipótesis: El primer tipo de límite obraba en las empresas pequeñas y residía en su incapacidad para acumular grandes excedentes que le permitiera producir un cambio sustancial de escala. El segundo límite afectaba a la empresa mediana y grande, que habían alcanzado un punto en el cual un cambio en la tecnología era imprescindible y por lo tanto dependían de la importación de que-

po. Cabe añadir un tercer factor que afectaba a las empresas extranjeras: durante el gobierno peronista la remisión de ganancias estaba severamente controlada. Solo una pequeña proporción del capital de origen podía ser remitido. En tanto la inflación aumentaba, la tasa de ganancias que podía remitirse decrecía intensamente. Por otra parte, el mecanismo de la ley no estimulaba la expansión de las plantas de propiedad extranjera.

Ruth Sautú omite plantear el resto de las razones por nosotros mencionadas como límites a las posibilidades de expansión de las empresas privadas, sin las cuales, sus hipótesis dan cuenta de una pequeña porción de la realidad.

La política agraria del peronismo

La crítica a las limitaciones de la política peronista en la transformación de la estructura agraria suelen oscurecer las diversas medidas que sin embargo resultaban un paso positivo en la resolución de un problema fundamental. Por ello, luego nos remitiremos a las falencias, para comenzar con la afirmación de las realizaciones positivas.

Antes que nadie, son los mismos terratenientes los que se ocupan de afirmar que sus intereses no atravesaron incólumes el período peronista: "Hubo expropiaciones-asegura- y, más que nada, ventas forzadas para evitar las expropiaciones. Además, el Gobierno pagaba 55 centavos el kilo vivo, cuando los costos elaborados por la Sociedad Rural resultaban casi el doble..." (Gambini, El Primer Gobierno Peronista, 1971, pp.80). El mismo Gambini sostiene que "Esa protesta se evidenció el 14 de agosto en Palermo, cuando Martínez de Hoz, en su discurso dijo: 'De un tiempo a esta parte es dable observar la tendencia a subestimar la función rectora que en nuestra economía tienen las actividades rurales, a las que se miran o se consideran como pertenecientes a una etapa primaria, anacrónica y en trance de ser definitivamente superada por nuevas formas de elaboración de la riqueza'. Era una alusión a una reciente discurso de Miguel Miranda en el que sentenciaba el atraso a los países agropecuarios. Miranda comprendió la alusión, se levantó molesto y se fué. Por el camino lo seguía la voz de Martínez de Hoz desgranada por los altos parlantes de la Rural: 'El interés por el cultivo de la tierra se encuentra en franca declinación y ello es coincidente con medidas dictadas en los últimos tiempos'".

Entre esas medidas, ocupaban un lugar fundamental la creación del IAPI, el Estatuto del Peón, la sanción de la ley 13.246 (8/9/48) de Arrendamientos y Aparcerías, la promoción y jerarquización del movimiento cooperativista.

Respecto a la ley de Arrendamientos y Aparcerías, la revista De Frente (Nro. 79 de 1955), bajo el sugestivo título de "Un nuevo avance hacia la Reforma Agraria" señala: "La reforma de esa ley no ha perdido de vista uno de los objetivos básicos de toda legislación que atañe al campo. El de la radicación, el afincamiento de la familia campesina, objetivo que solo puede plasmarse en realidad a través de la propiedad de la tierra que trabaja o de la preferencia que debe dársele, en los casos de arrendamiento y aparcería, frente a la posibilidad de venta de los predios. Efectivamente, las modificaciones introducidas en la ley de referencia establecen imperativamente que en el caso que el propietario desee vender el predio ocupado, el arrendatario tendrá preferencia para adquirirlo... El sistema de crédito asegura al interesado la posibilidad de adquirir la tierra que trabaja".

El desarrollo del sistema cooperativo fué una de las preocupaciones esenciales del peronismo respecto al agro.

Acorde con los planteos del Segundo Plan Quinquenal, la política agraria peronista giraba en torno a los siguientes puntos :

- 1) Las cooperativas agrarias constituyen unidades básicas de la economía social agraria.
- 2) El Estado aspira a que las cooperativas agrarias participen :
 - a) en el proceso colonizador y en la acción estatal y privada tendiente a lograr la redistribución de la tierra en unidades económicas adecuadas.
 - b) en el proceso productivo mediante la utilización racional de los elementos básicos del trabajo agropecuario: maquinarias, semillas, fertilizantes, etc.
 - c) en el proceso de comercialización y defensa de la producción agropecuaria de sus asociados.
 - d) en el proceso de comercialización y defensa de la producción agropecuaria en los mercados internacionales.
 - e) en el proceso de transformación de la producción agropecuaria de sus asociados.
 - f) en la acción estatal que tiende a suprimir toda intermediación comercial innecesaria.
 - g) en la acción social directa a cumplirse en beneficio de los productores agrarios.
- 3) El Estado auspicia la organización de un sistema nacional unitario de cooperativas de productores agropecuarios.

Nos parece de interés transcribir párrafos de discursos del General Perón referente al sistema cooperativo :

"El espíritu cooperativista, es el triunfo de la justicia social y de la conciencia social del campo argentino. Los pueblos que no tienen esa conciencia social, son fácil presa de los explotadores. Un explotador, por millonario que sea, no puede enfrentar a muchos millones de hombres sin capital, pero que unidos forman un capital que es, siempre, superior en forma material y moral al explotador".

"El Gobierno ha tenido que enfrentar a los monopolios para voltearlos y, por ello, el Estado ha debido convertirse, asimismo, en Monopolio. Pero señores, no es interés del Estado seguir manteniendo el monopolio estatal, pero no puede entregar a los chacareros, atados de pies y manos, a la voracidad de los consorcios capitalistas nacionales e internacionales".

"El día que el campo argentino, organizado en cooperativas, pueda hacerse cargo de estas funciones, seré el hombre más feliz de la tierra, porque le entregaré al pueblo lo que es del pueblo, en la seguridad de que el Estado ha de poner su poder y su fuerza al servicio del respeto de esa organización".

"Nuestra lucha es una lucha simple. La humanidad hasta nuestros días está formada por dos grandes núcleos; uno, el núcleo que trabaja, y otro, el que vive del que trabaja. Se hace cierto aquel viejo dicho criollo que dice que; "el vivo vive del sonso y el sonso de su trabajo".

"Lo que el Estado quiere, es evitar ese estado de cosas dentro del pueblo argentino. Para hacerlo, hay que hacer desaparecer a los intermediarios, a los intermediarios políticos, a los intermediarios sociales, a los intermediarios económicos. El día que eso haya desaparecido, el día que cada uno represente a su propia actividad, la conciencia social se habrá arraigado, el pueblo será más feliz y no habrá vivos que vivan de los sonsos que viven de su trabajo".

(Discurso pronunciado por el Excmo. Señor Presidente de la Nación, General Juan Perón, el 5 de marzo del año del Libertador General San Martín 1950, ante los cooperativistas agrarios bonaerenses, en la ciudad de Azul).

"El Consejo Nacional de Postguerra encaró la solución oponiendo al único comprador un único vendedor, para lo cual tuvo que librar la batalla más terrible que pudo haberse librado en el orden de la lucha contra el imperialismo, los monopolios y los intermediarios. En estos momentos puedo decirles que esa batalla ha sido ganada y que si el cooperativismo pudo comenzar a actuar libremente en el panorama de la actividad nacional, ha sido solamente merced a la desaparición de los monopolios, frente a los cuales ustedes no pudieron hacer nunca nada ni podrían hacerlo; pero el Gobierno ha librado una batalla decisiva, definitiva, suprimiendo totalmente los monopolios. Sin su supresión hoy podríamos conversar aquí muy animadamente, pero no arribaríamos a ninguna solución cooperativa, porque no se puede enfrentar a la buena fe y al deseo de colaborar entre un gobierno y las cooperativas cuando de por medio está los monopolios que dominan el gobierno e impiden toda acción cooperativista".

"No voy a hacer aquí una disertación sobre el valor del cooperativismo, cooperativismo que ha fracasado en muchas partes y en muchos tiempos. Y ha fracasado porque el cooperativismo no puede vivir fuera de su clima y fuera de su acción. Un sistema capitalista es el enemigo mortal del cooperativismo. ¿Por qué? Porque el capitalismo se hace en base a intermediarios, y la cooperativa es la lucha contra el intermediario, llevada al campo de la producción. Lógicamente, el capitalismo no es el caldo de cultivo para la proliferación del sentido cooperativista; es indudable que es el enemigo mortal del cooperativismo. Entonces, dentro de un régimen capitalista crudo como el que nosotros tenemos tienen que fracasar todas las cooperativas. Nosotros hemos creado el clima; así como es inútil que Uds. siembren en una tierra que no produce, era inútil el cooperativismo en la tierra del capitalismo que no da, no produce, ni marginalmente siquiera. De manera que nosotros hemos tratado de crear el medio de cultivo necesario para que las cooperativas puedan progresar y afirmarse" (J.D. Perón, citado en la clase de Clausura del Segundo Curso de Cooperativismo Agrario, en San Nicolás, por el Ministro de Asuntos Agrarios, Ing. Agrn. Hector Millán).

No solo se trata de discursos: en la comercialización interna de los productos, las organizaciones cooperativas agrarias adquirieron a sus productores el 45% del volumen total de las cosechas durante el año 1953. Era evidente, pues, que el movimiento cooperativo se fortalecía, y que para ello encontraba el estímulo correspondiente en los precios fijados por el gobierno, en la asignación de maquinarias y repuestos a precio de costo, recepción preferencial de los acopios cooperativos en los elevadores oficiales, autorización especial para efectuar embarques directos, así como las bonificaciones de preferencia en las importaciones efectuadas por el IAPI.

Podemos, ahora sí, abordar las limitaciones en la política agraria. Había dos puntos en donde el Estado era obstaculizado: por un lado, los compradores del sistema internacional. Por otro lado, los poseedores de los medios de producción internos: la tierra en manos de la oligarquía.

Preguntaba Reinaldo Frigerio en 1953 en su Introducción al Estudio del Problema Agrario Argentino: "Es capaz el Estado antiimperialista de realizar la expropiación de los latifundios de propiedad nacional y extranjera, a fin de entregar la tierra a la producción de los trabajadores nativos e inmigrantes? ¿Es capaz el Estado antiimperialista de nacionalizar el aparato industrializador de la producción ganadera y liquidar los monopolios capitalistas que ahogan ciertos cultivos industriales?"

Buena pregunta: era capaz el gobierno? Porque la "capacidad" depende de la fuerza política de que se dispone. ¿Estaba el Gobierno en condiciones de impulsar esa lucha que en la práctica consistía en acelerar la ruptura del inestable bloque histórico que lo sustentaba? La respuesta solo puede encontrarse en el grado de organización de los trabajadores peronistas para llevar adelante ese combate. Y Perón era conciente de que el instrumento para avanzar del Gobierno al Poder no estaba en condiciones de llevar adelante una lucha en donde las FF. AA. apresuraría su pasaje al bando contrario.

Perón, Evita, y los más consecuentes militantes peronistas, en especial provenientes de la clase trabajadora, intentaban cumplir un proceso de tareas nacionales y sociales que les permitieran gestar la organización integral del pueblo para ser no sólo Gobierno, sino tener el poder total.

Por supuesto que este planteo no invalida la crítica a las trabas que los "técnicos" burocráticos impusieron para el impulso de medidas que agilizaran la transformación agraria. Pero si ese freno era posible, era porque todavía no estaba gestada la férrea organización política que impulsara a través de las movilizaciones el proceso de profundización. Recordemos que a través de la presencia del pueblo en la calle, Perón tenía un instrumento para imponer nuevas medidas populares.

La política peronista frente a las inversiones extranjeras

Es un hecho harto conocido que en la década de gobierno peronista las inversiones extranjeras alcanzaron un nivel bajísimo. Para este punto remitimos a Notas para una historia del Peronismo, Envío Nro. 3.

Solo queremos aquí hacer una referencia, a través de la palabra de John William Cooke, a un hecho muy controvertido y que para los críticos de izquierda señala la "capitulación" del peronismo en su política inversionista: el contrato de la California. Se trata de las declaraciones de Cooke ante una Comisión Investigadora del Petróleo, realizada en el Parlamento el 8 de julio de 1964.

EL PROYECTO DE CONVENIO CON LA CALIFORNIA ARGENTINA

Sr. Cornejo Linares. Usted, durante qué época fue diputado nacional peronista?
Sr. Cooke. - Desde 1946 a 1952

Sr. Cornejo Linares. - Durante ese período, cuál fue la postura en materia de petróleo que sostuvo el bloque Peronista y usted personalmente?

Sr. Cooke. - Fue una política nacionalista en su más estricto sentido, cosa que, por otra parte, fue fijada en todas las oportunidades por nuestro bloque. Personalmente lo hice en debates tales como el de la nacionalización del Banco Central, el de la nacionalización de los depósitos bancarios, cuando se creó la Secretaría de Transportes, cuando se liquidó la Corporación de Transportes de Buenos Aires, etc. Creo que, inclusive, algún rotativo que sirve al imperialismo aludía a mis discursos diciendo: "Ha pronunciado un nuevo ritornello anti-imperialista". Ese fue el sentido de nuestra actuación.

Sr. Cornejo Linares. - En el año 1955 usted dirigía un periódico llamado "De Frente"?

Sr. Cooke. - La revista "De Frente".

Sr. Cornejo Linares. -Cuál fue su postura frente a las tratativas con la California, en el anteproyecto que se remitió al Congreso?

Sr. Cooke. - Combatí el proyecto. Lo combatí no porque considerase que era lo mismo que tratase con un consorcio petrolero un gobierno cualquiera que un gobierno que, como éste, controlaba los resortes de la economía, es decir, el comercio exterior a través del I.A.P.I., los depósitos bancarios, la emisión, que contaba con una fuerza sindical y con gran apoyo de masas. Digo esto porque hay que hacer un distingo entre las condiciones en que puede tratar un gobierno nacionalista de ese tipo, y otro cualquiera que, por buenas que sean sus intenciones, siempre está sujeto a una serie de limitaciones propias de su misma naturaleza, que llamaremos "democrático burguesa".

No obstante esta diferenciación me opuse al contrato con la California por entender que era un mal precedente, y que no era ese el camino para lograr el autoabastecimiento; con el agravante de que podía desviar al Movimiento de otras posiciones de profundo contenido revolucionario. Podía ser sí, una solución de tipo técnico, pero no olvidemos que los equipos formados por técnicos olvidan los problemas políticos. Al respecto escribí una serie de artículos, y especialmente en un editorial titulado "La ilustre cofradía de los técnicos", imputé al equipo económico el aferrarse a criterios exclusivamente técnicos, despreciando palabras como "soberanía", "sentimientos populares", etcétera. Ese apego al tecnicismo, propio de gran parte de los economistas, inclusive algunos de los que integraban el gobierno peronista, es un error. No hay decisiones técnicas, las decisiones son políticas; y el rol de los técnicos no es adoptar decisiones de política general. No se puede dejar en manos de técnicos las cuestiones políticas, lo que ocurre cuando en determinada materia no se fija una política clara.

Sr. Cornejo Linares. - Usted, como peronista y por sus vinculaciones con el partido oficial, conoció el movimiento que hubo en el seno del bloque de diputados peronistas, respecto del contrato con la California?

Sr. Cooke. - Lo conocía perfectamente; en primer lugar, porque seguía muy de cerca este problema y en segundo lugar, porque después de los sucesos del 16 de junio de 1955, el señor Presidente, General Perón, me llamó para ofrecirme o un ministerio o, como finalmente se resolvió, el cargo de interventor del Partido en la Capital Federal, que era el eslabón más débil del Peronismo. Recuerdo que le hice conocer mis objeciones y le recordé que yo había estado atacando los contratos petroleros y que no pensaba cambiar mi política. El presidente Perón me dijo que había una discusión amplia al respecto y que, por lo tanto, no sería un proyecto elaborado entre "gallos y medianoche". Me invitó a que concurreniera a las reuniones del Consejo Superior Peronista donde había discusiones entre el grupo que propugnaba y el que impugnaba ese contrato. Entre otros, estaban los doctores Bustos Fierro, Díaz de Vivar, que la impugnaban y el ingeniero Rumbo que lo defendía. Por los sucesos de septiembre se interrumpieron esas discusiones. También estaba el sector de diputados obreros, que por intermedio de su presidente, Amado Olmos, expresó que no estaban dispuestos a apoyar ese convenio. Recuerdo que también estaba entre los legisladores que se evidenciaron en contra de ese convenio el señor diputado actual, Cornejo Linares.

Además, consideraba que era un convenio que había que aceptar o rechazar integralmente, al cual no se le podía introducir modificaciones. Sin embargo, a mediados de setiembre ya había sufrido el proyecto muchas modificaciones, tantas que resultaba inaceptable. Por otra parte, en una reunión posterior, pocos días antes de la caída del gobierno por el golpe militar, me dijo el señor Presidente que ese convenio no saldría, pero que de todas maneras lo había mandado al Congreso para ver la reacción que provocaba y para que se entablara un gran debate público. El pensaba que, en todo caso, se podría de esta manera negociar en otras condiciones.

He traído conmigo - lo pude conseguir por intermedio de un compañero - un único ejemplar donde constan todas las modificaciones que ya se habían hecho al convenio de la California y que a mi juicio lo invalidaban totalmente. Por supuesto que no contienen otras modificaciones a que se hubiese llegado como consecuencia del debate a que me refiero. Este es un documento de interés histórico que con todo gusto ofrezco prestarlo a esta comisión".

La política exterior argentina en la década peronista

En la actualidad, hasta obtener su liberación económica total, es decir, en términos más generales, hasta consolidar su liberación, la Cuba socialista debe vincularse con lazos estrechos a la URSS, con los consecuentes problemas que esta situación acarrea, dada la política de coexistencia pacífica que caracteriza a aquella potencia. La Argentina que inicia su camino de liberación en la década del 40 se encuentra totalmente aislada y debe maniobrar en el plano internacional de modo de impedir que los imperialismos logren su bloqueo económico total.

Con claridad plantea el General Perón que en aquel momento liberarse no fue el mayor problema: lo difícil fue consolidar la liberación. Veamos una parte del dis-

logo de Perón con un reportero de Marcha, José María Gutiérrez :

J.D. Perón : "Cuando los países se entregan, o no los pueden penetrar, dan un golpe de Estado o ponen un gobierno obediente. La gran virtud que yo veo en la Revolución Cubana y en la acción de Fidel es precisamente eso, les puso allí un dique que no han podido pasar. ¿Que eso ha sido a costa de asociarse con Rusia. No importa. Con el diablo con tal de no caer. Porque el diablo, ¿sabe? además, es un poco etéreo. En cambio, éstos son reales .

Gutiérrez : Es interesante su referencia a Cuba, por las posibles analogías. En Cuba, Fidel se apoyó en una superpotencia para combatir a otra. ¿ Ud. considera que ese recurso puede utilizarse en el caso de otros movimientos de liberación?

Perón Completamente. Y quizás, si en 1955 los rusos hubieran estado en condiciones de apoyarnos, yo hubiera sido el primer Fidel Castro de América.

Se plantea desde la izquierda que Argentina siguió dependiendo de Inglaterra. Sin embargo, el ascenso del peronismo coincide con la crisis interna del Imperio Inglés, quien con su economía desarticulada y sus colonias y semicolonias en proceso de ebullición no puede controlar a un gobierno nacionalista como el argentino.

Téngase en cuenta la situación precaria de la balanza de pagos británica desde la guerra. A medida que la guerra avanzaba, los ingleses contrajeron grandes deudas dentro de su imperio, en especial en Egipto y la India; además sufrieron una pérdida progresiva de los mercados de importación, a medida que la producción se concentraba en los suministros militares y que los Estados Unidos iban ganando preeminencia en el comercio; sufrieron también serias pérdidas en la navegación. Unido a esto, los precios de los productos alimenticios que Gran Bretaña importaba habían subido en los años de entreguerra en forma desproporcional con respecto a los productos manufacturados. Unido a esto, el gobierno británico debía satisfacer los reclamos sociales que impulsaban a destinar sumas crecientes para la seguridad social y el bienestar de la población.

A esta situación se le suma el convenio firmado con los Estados Unidos a fines de 1945, un verdadero "préstamo atado", que imponía severas condiciones a los ingleses para poder obtener un préstamo de 3.750 millones de dólares. Cole señala que los norteamericanos incluyeron en el convenio condiciones que equivalía a una subordinación completa de la política comercial y financiera de Inglaterra a las ideas norteamericanas y la aceptación de la hegemonía de los EUA en asuntos monetarios y comerciales.

En este marco, recuérdese que Gran Bretaña era deudora de nuestro país y no estaba en condiciones de hacer frente a sus obligaciones; tampoco podía proveernos maquinarias, y había sentido el duro golpe de las nacionalizaciones que quebraron uno de los ejes de sus inversiones. Por otra parte, necesitaba más que nunca que continuáramos siendo sus proveedores.

Por supuesto que estas consideraciones no significan en absoluto que Gran Bretaña

desapareciera como potencia imperialista. Dentro de los países europeos era el único que a pesar de los desastres de posguerra, conservaba una moneda fuerte. Lo que ocurre es que deja de ser el centro efímero mundial para dejar lugar a los Estados Unidos como potencia organizadora y rectora de la economía mundial del área capitalista.

Esta situación le permitió al gobierno argentino negociar en mejores condiciones, aprovechando el debilitamiento inglés y evitando caer en dependencia con un imperialismo fortalecido como era Estados Unidos.

De cualquier manera, el Gobierno Popular trató, con el correr de los años, de ir sentando las bases para emanciparse totalmente de todo condicionamiento por parte de Inglaterra. Dos elementos claves a este respecto era nuestra dependencia de los combustibles e insumos intermedios en general importados de Gran Bretaña y como contrapartida, la imposibilidad de diversificar suficientemente nuestros mercados so pena de perder el abastecimiento de los primeros elementos citados.

Los últimos años de gobierno peronista registran el intento de solucionar el problema del petróleo para llegar al autoabastecimiento (aquí se conecta con la cuestión de los contratos petroleros, no sola la propuesta de la California, sino también una propuesta rusa, lo cual demuestra que el Gobierno buscaba por diversos medios solucionar el problema) y paralelamente, la diversificación de los mercados aprovechando el crecimiento de la flota mercante argentina.

El enfrentamiento del gobierno argentino con el imperialismo yanqui suponía, a la inversa de la situación con Gran Bretaña, la voluntad de no entrar en relaciones con una potencia con plena capacidad para desbaratar los proyectos peronistas de independencia económica, soberanía política y justicia social.

¿Cuál era la situación del imperialismo estadounidense en esa etapa? Estados Unidos asumió durante la guerra—mediante la ley de préstamos y arriendos—la tarea de suministrar la mayor parte de los pertrechos de guerra, a través de una gigantesca expansión de su producción física, la mayor parte de la cual fue realizada por los grandes monopolios: a fines de 1943, alrededor del 40% de los negocios bélicos habían sido distribuidos entre cien compañías principales.

Vivián Trias nos dice que con su potencia industrial enormemente acrecentada ante una Europa y un Japón devastados, la situación de los Estados Unidos podía compararse a la de un jugador que no puede vivir sin jugar, pero que le ha ganado todo su dinero a sus compinches de carpea. Si no le presta fichas para renovar sus apuestas, el juego está liquidado y con él, el propio apostador ganancioso condenado a la desesperación. Es decir, que para reanimar el ciclo económico era necesario impulsar el comercio mundial en condiciones de paz, inyectando copiosos créditos.

Pero los monopolios no estaban dispuestos a entrar en el juego sin el establecimiento de reglas que evitaran una repetición de la crisis mundial. La experiencia del New Deal, con su intervención en el plano interno para resguardar el nivel de los beneficios, ahora se pensaba extender a nivel mundial. Se tornaba necesario entonces la creación de organismos capaces de garantizar el nuevo movimiento económico.

Es así que en 1944 fue convocada la conferencia financiera de **Bretton Woods**, y allí nace el Fondo Monetario Internacional, en el marco de una polémica entre ingleses y norteamericanos. Finalmente, se impone el proyecto de **Washington**, elaborado por **Dexter White**, en tanto **Keynes** debe encarpetar el suyo.

En esta perspectiva se inscribe también el acuerdo general sobre tarifas y comercio o acuerdo de Ginebra, firmado en 1946, que establece una organización multilateral que tienda a rebajar constantemente las tarifas arancelarias y la eliminación de otras medidas proteccionistas.

En esta coyuntura, **Washington** impone el congelamiento del precio oro a 35 dólares a la onza troy. Al mismo tiempo, las mercancías yanquis subieron de un 200 a un 400% con relación a los precios de 1939. Es decir, que con un oro congelado en su valor, Europa, Latinoamérica y el mundo en general deben afrontar la compra de mercancías con un costo incrementado notablemente.

A nivel económico, la etapa neoimperialista puede caracterizarse por dos aspectos importantes: 1) el desarrollo de las corporaciones multinacionales que tienen su eje en USA y participan, controlándolo al fin, en el proceso de industrialización sustitutiva (véase **Maggioli**, **Theotónio Dos Santos**, **Trias**, etc.); 2) el intercambio desigual: "los países imperialistas pueden obligar a los países dependientes a vender a precios bajos, mediante la aplicación de una política discriminatoria: al imponer ta rifas y otras trabas a las exportaciones de los países dependientes los obligan a expandir sus exportaciones a bajos precios para lograr equilibrar la balanza de pagos" (**Braun**, 1971; ver también **Emmanuel**).

En esta forma, todas las Conferencias Interamericanas registran propuestas de los Estados Unidos para la reactivación del comercio, anulando todo tipo de proteccionismo y facilitando el pleno acceso a las materias primas estratégicas; el fomento a las inversiones con garantías contra medidas discriminatorias y la no imposición de restricciones a la libre transferencia de los capitales y las ganancias.

En el plano político-militar, **Horacio Veneroni** señala que desde 1945 hasta 1961, la política de los Estados Unidos hacia A. L. puso el acento en la defensa colectiva, fundada en la "solidaridad continental", frente a un eventual ataque extra-continental. Propuesta que luego se extiende también a la amenaza a la paz dentro del hemisferio: como señala **Lieuwen**, "... en esta época, los Estados Unidos, además de su preocupación por el peligro de la agresión desde afuera, estaban perturbados por la amenaza a la paz dentro del hemisferio. Así, el Pacto de Río fue concebido en parte para detener posibles agresores tales como **Perón**".

Un ejemplo práctico sobre las consecuencias de la tirantez entre el Gobierno argentino y los EUA, los encontramos en que "... hasta 1955, fecha en que cayó **Perón**, la tirantez entre éste y la Casa Blanca provocó, entre otras cosas, que la Fuerza Aérea Uruguay fuera una de las mejores equipadas del continente. Producido el derrocamiento de **Perón**, la FAU fue empujada a un desamparo que hoy ha hecho prácticamente desaparecer; por ejemplo, su fuerza de bombarderos" (**Carlos Bañales**, pp. 13).

No pretendemos aquí historiar todas las controversias de esa etapa entre nuestro país y los Estados Unidos. Remitimos para obtener información a textos como el de

Whitaker (1956) y Edmund Smith Jr. (1965), aun cuando por supuesto no coincidamos con la interpretación, y en muchos casos "recorte" de la información que estos historiadores yanquis realizan.

En las Conferencias Interamericanas, la Argentina de Perón no perdió oportunidad de ratificar el anhelo de soberanía y autodeterminación de los pueblos latinoamericanos, de criticar las propuestas norteamericanas para el libre comercio y fomento de las inversiones o de creación de un organismo militar permanente.

Tal como lo declarara el Gral. Perón el 24 de mayo de 1948, "... la mejor manera de consolidar el panamericanismo sería poner fin a la expoliación de América Latina por el capitalismo-imperialismo y los trust sin fronteras".

Es interesante recalcar que Perón no ratifica la Carta de la O. E. A. (lo cual recién sucede el 14 de enero de 1956). En ese mismo año, dejando de lado la política de autodeterminación de nuestro pueblo, se incorpora nuestro país a los sistemas del Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional para la Reconstrucción y Fomento (Banco Mundial).

La política exterior de un país debe ser juzgada teniendo en cuenta la perspectiva interna de las fuerzas populares en su intento de controlar el poder y la perspectiva externa de la posibilidad de constituir un bloque de países que desequilibren la prepotencia imperialista. Los avances y retrocesos deben ubicarse en ese contexto. La última fase del gobierno peronista, que vislumbra con claridad la ruptura del bloque histórico y el reacomodamiento de las fuerzas opositoras, tiene indudablemente que repercutir en el marco externo. Luego de haberse negado por muchos años, la Argentina ratifica el Tratado de Río, ante el incremento de la agresividad yanqui y sus cabezas de puente en nuestro país.

Sin embargo, la ratificación no significa su cumplimiento. Y aquí introducimos un elemento importante en la política exterior argentina: su ligazón con la voluntad de los trabajadores. Cuando se produce la guerra de Corea se plesbicita la voluntad popular, en donde finalmente el criterio decisivo es: "se hará lo que el pueblo quiera".

He manejado la política internacional comenzando por respetar a todos los países y exigiendo que todos los países respeten a la República Argentina ... Como sucede siempre en circunstancias semejantes, cuando la indecisión se convierte en regla de acción, he querido reservar a la Argentina la última palabra; y cuando digo la Argentina, digo su pueblo, el pueblo argentino ... por consecuencia, fiel a este pueblo, yo haré lo que haga falta cuando llegue el momento en una consulta previa con el pueblo argentino" (Mensaje del 17 de julio de 1950).

Tercera posición y soberanía popular, entonces, eran términos coincidentes.

En el plano externo, aún en momentos de la más álgida polémica interna y cercamiento del gobierno (y la integración en éste de elementos quintacolumnistas), sin embargo el movimiento obrero argentino mantiene una posición activa de defensa de la revolución y el antiimperialismo. Léase, en ese sentido, el texto del mensaje del secretario de la CGT en Ginebra, en el foro de la OIT en junio de 1954. Entre

otras cosas, dice, refiriéndose a la paridad de representantes en la OIT de patrones y obreros :

"Es posible conceder las mismas prerrogativas a los representantes del capital que a los del trabajo? Puede permitirse que se oponga al indiscutido derecho de no ser explotado el absurdo derecho de explotar? La voluntad libre y espontánea del pueblo argentino ratifica democráticamente en cada elección su decisión de que el gobierno constitucional sostenga la doctrina nacional peronista, cuya bandera más alta es la de Justicia Social. La vigencia actual y futura del movimiento peronista reside en su eminente contenido de renovación social. Por eso, desde sus albores, los trabajadores argentinos, por propia e irreductible decisión, asumieron la inmensa e histórica responsabilidad de constituirse en sus sostenedores, abanderados y vigías. Sin esta integración total del movimiento obrero con la Revolución Peronista, ésta no hubiera podido resistir la presión y los ataques de la oligarquía y el imperialismo" (La Prensa, 19 de junio de 1954).

Con respecto a esta relación entre política exterior - defensa del patrimonio nacional y clase obrera, veamos dos citas más, ahora de otro carácter. En primer lugar, en el Segundo Congreso de la OIT, celebrado en 1952 en Río de Janeiro, se condena al Gobierno Peronista por considerarlo una amenaza a la libertad y a la democracia; también se condena la existencia de los "agregados de trabajo" en las embajadas argentinas.

"... verdaderos agentes peronistas encargados de intervenir en la política de otros países y dirigir la infiltración peronista en los sindicatos democráticos" (Publicaciones ORIT-CIOSIL, 15 años de Sindicalismo Libre Interamericano, México, 1963.

En el Libro Negro de la Segunda Tiranía (1958) se critica ácidamente el hecho de que los delegados obreros argentinos ante la conferencia que organiza la ORIT, planearon constituir otra tercer central obrera latinoamericana.

"... para llegar más tarde a la formación de una central obrera que cumpliera el propósito de la hegemonía continental justicialista... Al constituirse en México el comité de ATLAS le rindió homenaje a Eva Perón..." (pp. 231-233).

Es interesante que tanto el imperialismo como las clases dominantes argentinas vean con tanta preocupación el papel de la clase obrera y su ingerencia en la política exterior. Será porque encuentran en esa combinación de clase obrera y antiimperialismo una mezcla explosiva? Esa combinación es uno de los ejes fundamentales para comprender al peronismo, y comprender así la tendencia que el avance de la clase obrera suponía para el imperialismo y sus agentes. En ese marco, es preciso analizar la naturaleza de los cambios que se iban produciendo en el país.

Hemos, hasta el momento, analizado en líneas generales aspectos fundamentales de la política económica e internacional del Gobierno del General Juan D. Perón. Remarcamos en dichos análisis el carácter antiimperialista y anticapitalista de la Tercera Posición y las contradicciones sociales engendradas en la realización del proyecto peronista, tanto con los sectores provenientes del bloque que configuró la

Unión Democrática, como con sectores que originariamente integraron la conjunción social que dio origen al movimiento peronista.

Todo nuestro análisis, entonces, tiene sentido si los avances y retrocesos del gobierno peronista se juzgan a través de la acción, y las contradicciones de los actores que los protagonizan.

3. La cuestión de la hegemonía en el seno del movimiento peronista

Hemos hecho una serie de referencia a este problema en Notas para una Historia del Peronismo, en especial intentando refutar las tesis que sustentan la hegemonía de la burguesía nacional y afirmando en cambio el papel sustancial y protagónico de la clase obrera.

Queremos en esta ocasión limitarnos a añadir algunas observaciones sobre esta cuestión, que serán motivo de un trabajo posterior.

En primer término, veamos algunas cuestiones en torno a la "burguesía nacional".

El pensamiento izquierdista se empeña en demostrar que la hegemonía durante el gobierno peronista estuvo en manos de la burguesía industrial, ya sea a través de algunas de sus fracciones, o por medio del Ejército que asume su representación ante la debilidad burguesa.

Por nuestra parte, hemos tratado de demostrar que, aún con limitaciones y momentos de retroceso, Perón impulsaba un proceso anticapitalista y antiimperialista, diferente por cierto de los anhelos militares o burgueses nacionales.

El sentido del proceso apuntaba en una dirección que colocaba cada vez mayor peso en los trabajadores, a pesar de todos los frenos burocráticos.

La izquierda esto no puede verlo, pues partidarios de la "revolución de escuadras y tiralíneas" sostienen la imposibilidad de toda revolución cuando:

- 1) la clase obrera no participa a través de su Partido de vanguardia.**
- 2) la ideología que la dirige no es el marxismo-leninismo.**
- 3) no plantea desde el vamos la realización del socialismo y en cambio se manifiesta políticamente bajo contenidos nacionalistas y de tercera posición en lugar de reivindicar la antinomia burguesía vs. proletariado.**

Nosotros creemos, por el contrario, que la contradicción principal (es decir, la que denota el mayor grado de antagonismo y posee mayor poder determinante sobre el resto de las contradicciones) radica en la oposición Imperialismo-Nación. Por supuesto que esta contradicción implica la comprensión de que la penetración imperialista sólo es posible si encuentra en el seno del país dominante fuerzas sociales a través de las cuales se opera la penetración. Ambos conjuntos de fuerzas (penetración imperialista-aliados internos) tienen como condición de su existencia la vigencia de relaciones sociales de dominación y explotación sobre las clases populares.

La lucha contra el imperialismo y la oligarquía-gran burguesía interna, convoca a todos los sectores globalmente perjudicados por tal situación a una lucha por el rescate de la nación enajenada, política, económica y culturalmente. En el curso de esta lucha, con la modificación de las condiciones de dominación y explotación, tanto por cambios en la situación mundial como por transformaciones internas, se produce una modificación en el seno de las fuerzas populares, con el abandono de aquellas clases o fracciones de clase que tienen a la explotación de los trabajadores como condición de supervivencia.

"Al ser la Argentina un país capitalista dependiente que lucha por su liberación, la alternativa a oponer a la política monopolista es, sencillamente, una política nacional, independiente, como la aludida por las tres banderas justicialistas. Dado el triunfo revolucionario de esta alternativa, ella creará nuevas contradicciones, y en el curso de la resolución de las mismas. La única estrategia coherente es la de un desemboque socialista. Un ciudadano sensato y respetable como yo tendrá siempre en cuenta que el socialismo se plantea como alternativa en última instancia. También tendré en cuenta que antes de llegar a la última hay que desarrollar las instancias anteriores, porque es un rasgo típicamente ultraizquierdista el de manejarse exclusivamente con las "últimas instancias" al vertebrar una línea política". (Cartas de un guerrillero preso, Nuevo Hombre, Nº 18).

En la lucha contra el imperialismo y sus aliados internos, el movimiento peronista se constituye, históricamente, en la organización política del Pueblo en su unidad política. En su seno, los trabajadores van forjando los instrumentos revolucionarios al calor de una lucha en donde a ellos les cupo y les cabe la responsabilidad de impulsar al conjunto. En el mismo proceso, enfrentando las rémoras y los obstáculos, la clase trabajadora adquiere la conciencia de su necesidad hegemónica, ante la visión concreta de la magnitud de las tareas a realizar para la emancipación definitiva de nuestra Patria.

Coherente con esta visión de las contradicciones fundamentales y de las instancias orgánicas en que el pueblo constituye para resolverlas, la doctrina que orienta la lucha se aparta de los modelos clásicos que pretenden recetar las pautas de formación de una "conciencia de clase" en los trabajadores.

Si la conciencia de clase sólo se define en términos de las contradicciones internas de una sociedad autónoma, al nivel de sus relaciones de producción, la única conciencia posible es la que emerge del antagonismo "burguesía-proletariado". Obsérvese que en ese modelo, el desarrollo de los medios de producción determina condiciones estructurales que inciden en la formación de la conciencia de clase, desarrollada sin interferencias de procesos ajenos a la sociedad en cuestión. En el plano de la realidad, tal situación de "autonomía" es relativa, porque una sociedad dominante no es libre, en la medida en que depende para su supervivencia de la explotación que ejerza sobre las colonias o semicolonias. O sea que incluso en los países imperialistas, cierto modelo universal de "conciencia de clase" es tergiversado en la etapa de traslación de los beneficios de la explotación colonial e imperialista hacia los sectores populares.

Si en una primera etapa de desarrollo del capitalismo, el antagonismo entre burguesía y proletariado no permitía encontrar mediaciones que las vincularan en un bloque consensual, en la etapa de traslación de beneficios esa relación ya se ha

concretado. El apoyo de la AFL-CIO al gobierno estadounidense en la guerra de Viet-Nam, su vinculación con la Alianza para el Progreso, su aceptación y activa participación en los cursos de capacitación sindical para adoctrinar a los trabajadores latinoamericanos en las "bondades" del "sindicalismo libre", y a través de éstos, las labores de espionaje de la CIA son ejemplos claros de cómo, incluso un país central, es determinado en su estructura de clases por la expansión imperialista. Justamente, en Estados Unidos, el antagonismo total al régimen es expresado por las masas negras que se asumen como una cuña tercermundista en el seno de la sociedad norteamericana y no meramente como el "proletariado" norteamericano. Y en Inglaterra, no es acaso la mayor contradicción la del desarrollo del IRA, que a través de la guerrilla urbana lleva adelante la lucha de liberación nacional del pueblo irlandés que necesariamente se extiende como lucha contra el sistema capitalista que basa al imperialismo inglés?

Si el modelo "universal" de formación de la conciencia de clase se ve seriamente trastornado en los países imperialistas, tanto más ha de ocurrir en los países del Tercer Mundo, en donde la dependencia a la dominación imperialista conformará a las clases sociales y las relaciones entre las mismas, que justamente estarán escindidas en términos de su vinculación u oposición al proyecto de dominación imperial.

En este contexto, la formación de una "conciencia de pueblo" no sólo es anterior, sino también indispensable para la formación de una conciencia de la necesidad hegemónica en los trabajadores. Conciencia de pueblo que identifica a los depositarios comunes de la explotación, por un lado, y de la soberanía nacional y social por el otro.

Es decir, entonces, que nosotros creemos que la formación de la conciencia de clase requiere un juego dialéctico entre la conciencia de la nación oprimida y la conciencia social.

Y aquí nos enfrentamos al problema de la comprensión del valor de las tareas nacionales en la formación de la conciencia de los trabajadores y del pueblo en su conjunto. Creemos que la conciencia social de los trabajadores logra dar un salto cualitativo, que incluso le permite su autoidentificación, cuando focaliza a sus enemigos a la luz de la contradicción fundamental que aqueja a nuestra patria colonizada. El movimiento nacional que se conforma entonces, incluye a todos los sectores objetivamente perjudicados por el imperialismo, y subjetivamente dispuestos a transitar un camino de enfrentamiento con sus enemigos.

En este proceso, como ya señalamos antes, las nuevas situaciones emergentes, tales como las que imposibilitan todo tipo de explotación sobre los trabajadores, producen la separación del movimiento nacional de sectores de la burguesía nacional antes integrados y que ahora van a engrosar al desarrollismo en sus diversas variantes.

En ese proceso, un nuevo salto de la conciencia obrera se va verificando: la convicción de que la liberación nacional y la emancipación total de los trabajadores son tareas coincidentes. Los fines de la clase trabajadora como representante del pueblo se van clarificando cada vez más y el nuevo salto significará la conciencia de la necesidad hegemónica en forma orgánica, gestando los instrumentos que

posibiliten potenciar al movimiento peronista en una unidad revolucionaria sintetizada en cinco puntos:

UNIDAD EN PERON.

UNIDAD DESDE LAS BASES.

UNIDAD SIN LOS TRAIADORES.

UNIDAD CONTRA LA DICTADURA Y EL IMPERIALISMO.

UNIDAD EN LA DOCTRINA PERONISTA Y SUS OBJETIVOS DE
CONQUISTAR EL PODER PARA EDIFICAR EL SOCIALISMO NA
CIONAL JUSTICIALISTA.

La no visualización de la relación dialéctica existente entre las tareas nacionales y las tareas sociales, en el proceso de afirmación de la conciencia de los trabajadores es producto en última instancia de una incorrecta comprensión del carácter de la revolución popular en un país capitalista dominado. Esta interpretación conduce, ya sea desde la vertiente del academicismo o desde las interpretaciones marxistas, a considerar la participación de los trabajadores en un movimiento nacional de liberación como un ejemplo de alienación e irracionalismo de la conciencia obrera. Situándose como observadores y jueces infalibles del proceso, desde su trono se atreven a diagnosticar, refiriéndose al 17 de octubre de 1945: "Eran trabajadores que buscaban la continuidad de las importantes jornadas de lucha que atesoraba ya la clase obrera argentina. Y habían sido obligados a optar entre dos términos igualmente inválidos: la reacción oligárquica, vertida con todos sus ropajes democráticos, y el populismo de Perón como abanderado de los humildes, apoyado en el trípode ejército-sindicatos-iglesia.

"Faltó en todo momento la fuerza independiente, la alternativa propia, la organización que supiera ubicar las luchas en una perspectiva al margen de las coaliciones formadas. Faltó quien denunciara el proyecto latifundista con tanta fuerza como el proyecto industrialista, quien desnudara la esencia del imperialismo e impidiera la creación de falsas expectativas, quien entroncara las luchas nacionales con el ejercicio del internacionalismo proletario más caro a las tradiciones obreras argentinas. Faltó "el sujeto de la historia". (Polémica Nº 74, El 17 de octubre, pp. 106. El subrayado es nuestro).

El intelectualismo cipayo se atreve a descalificar a las masas trabajadoras porque no logra hacer entrar su accionar en su perspectiva teórica. Como por arte de magia, ese sujeto aparece a partir del Cordobazo y encuentra su punto más alto en Sitrac-Sitram.

Con toda desfachatez, hacen un corte en la historia, y toman aquellos elementos que aparentemente llevan agua para su molino. Sin embargo, su incorrecta caracterización del proceso histórico que explotó en el Cordobazo, su omisión del papel protagónico del peronismo, los lleva a la incomprensión de la realidad y a plantear, nuevamente, falsas opciones, que el peronismo ya transitó y superó tiempo atrás.

La clase trabajadora no adhiere al peronismo por su "inmadurez" o su falta de experiencia: justamente, se integra como protagonista central del movimiento peronista porque a través de éste adquiere conciencia de su doble explotación: social y nacional. "...el Peronismo no es una alienación de la clase trabajadora, sino el nucleamiento donde ésta confluye y se expresa, la organización a través de la cual hace sus

experiencias y de sus batallas". (Cooke, 1964).

A partir de estas premisas, sostenemos que Perón y los trabajadores hegemonizan el Movimiento, y por ende, al Estado Justicialista. Por supuesto que este concepto de hegemonía debe ser precisado e interpretado históricamente, en términos de un proceso. Fundamentalmente, se trata de analizar cuáles fueron los instrumentos a través de los cuales el poder de los trabajadores era el factor determinante en última instancia.

Creemos que los canales fundamentales, que permitían la vehiculización de los anhelos de los trabajadores, revelaban en esa etapa un débil grado de organicidad, constituyendo el vínculo fundamental la relación directa entre Perón, Evita y los trabajadores. En un primer período, que en líneas generales abarca hasta la muerte de Evita, esa vinculación directa permitía controlar las tendencias burocratizantes y mantener amplias vías abiertas de participación popular.

Analicemos algunas de las formas y canales de participación popular.

1) La convocatoria y la consulta popular: a través de asambleas masivas, de grandes manifestaciones, Perón hablaba con los trabajadores, les planteaba los principales problemas de nuestra patria, y escuchaba las propuestas y anhelos de las masas.

Canal de adoctrinamiento y movilización, la vinculación directa entre líder-masas permitía la presencia masiva del pueblo en las decisiones fundamentales.

"La comunicación de Perón con la masa se caracteriza por ser un hecho absolutamente nuevo en la vida política argentina. Deja de ser el engolado presidente, lejano e inaccesible de los gobiernos anteriores, para convertirse en uno más, el compañero de todos. Perón inaugura el diálogo en la Plaza. Con la radio llega hasta los hogares". (Nuevo Hombre, Nº 8).

2) Eva Perón, presencia cotidiana y nexo revolucionario: el incansable esfuerzo personal de Evita permitía pulsar de cerca las inquietudes de los trabajadores, controlando las tendencias burocráticas e impidiendo que se produjeran interferencias entre Perón y las masas.

A través de la Fundación, Evita recibía y orientaba las inquietudes de centenares de trabajadores que diariamente se acercaban a ella. Y ella se convirtió así en un efectivo canal de comunicación pueblo-líder.

A Evita, fiel nexo entre Perón y los trabajadores, se debieron los intentos de ejecución de un plan que de concretarse hubiera sentado las bases organizativas fundamentales para enfrentar en los últimos años de gobierno, la agresión imperialista y oligárquica, la traición interna y proseguir la profundización de la revolución.

Dardo Cabo analiza la formación de las milicias populares en su artículo: La lucha interna en el movimiento peronista (primera parte, de 1945 a 1955, Nuevo Hombre, Nº 8).

Alm plantea que a su regreso de Europa, Eva Perón convocó al Secretariado de la

CGT para proponer la formación de milicias obreras. La tarea fue encomendada a un dirigente metalúrgico, Armando Cabo, junto con dos Tenientes Coroneles de Inteligencia. Estos últimos comandaban a los oficiales que debían impartir la instrucción a las milicias.

Para el reclutamiento, el Secretariado de la CGT solicitó a todas las organizaciones que elaboraran un padrón con los activistas que pasarían a integrar las milicias. Al mismo tiempo, cada organización debía confeccionar una lista con aquellos obreros que estuvieran próximos a realizar el servicio militar. Los más formados políticamente -plantea Cabo- serían seleccionados para ejercer la función de delegados de cuartel cuando ingresaran a la conscripción.

Por su parte, Evita tenía a su cargo la captación de los suboficiales: "Inició un viaje por todo el país y visitaba cada guarnición; luego de la visita protocolar al Casino de Oficiales, se dirigía expresamente al de los suboficiales, 'ahora vamos a ver a los nuestros' dijo en más de una oportunidad a los miembros de la comitiva. Las charlas con ellos eran verdaderas arengas y la adhesión de los cuadros intermedios del Ejército, absoluta".

La cuestión es que, aprovechando la enfermedad de Evita, los generales Humberto Sosa Molina y Franklin Lucero, portavoces de la inquietud en el Ejército, comienzan a trabar la iniciativa. Sin Evita y con una capa de altos dirigentes obreros burocratizados, Perón se encuentra sin los instrumentos para llevar adelante esa tarea. Tarea fundamental y por ello tan delicada, por cuanto la "incorporación armada de los trabajadores al proceso peronista, implicaba el desplazamiento definitivo de los sectores reformistas que sabotaban la marcha de la revolución." (Dardo Cabo, pp. 9).

3) Los organismos sindicales

Además del hecho siempre destacado de la sindicalización masiva, la creación de una nueva estructura organizativa representada por la Comisión Interna y el Cuerpo de Delegados representa una conquista fundamental para el movimiento obrero.

Hemos reflexionado sobre las limitaciones y avances del movimiento obrero durante el gobierno peronista en Notas para una historia del Peronismo. Queremos ahora aportar algunos datos más.

La eclosión de las fracturas disimuladas en el movimiento tuvo su manifestación en el movimiento obrero en las tendencias burocratizantes que confiaban en la "revolución realizada" y temían a toda profundización del proceso. Los mejores cuadros del movimiento obrero, sin embargo, querían aportar a Perón un instrumento que asegurara la consolidación de la revolución. Frente a las tendencias burocráticas, cierran filas en torno a Perón y libran la batalla contra aquéllas. Leamos, por ejemplo, un artículo editorial de junio de 1948 del órgano de la Federación Obrera de la Industria de la Carne:

"...las organizaciones están apoyando al gobierno revolucionario precisamente porque es revolucionario; porque es nuestro e interpreta las aspiraciones del proletariado. Por consiguiente ese apoyo no puede limitarse al aplauso obsecuente y a ponerse incondicionalmente a las órdenes de ciertos funcionarios que por su desconocimiento

absoluto de lo que es el movimiento sindical, aún con el mejor de los propósitos, **cometen graves errores al pretender ser ellos y no los mismos trabajadores quienes dirijan sus organismos de lucha** (. . .) El movimiento revolucionario no **necesita mandaderos**. Necesita hombres de acción, hombres de pensamiento que comprendan que una revolución no puede detenerse un solo instante si no quiere caer debilitada en poder del enemigo. La acción constante es lo que mantiene el equilibrio, es lo que agiliza las fuerzas y las mantiene en condiciones de actuar en defensa de los propósitos del movimiento, que no son precisamente los de crear una pesada burocracia, temerosa de perder las posiciones personales logradas precisamente por la inacción de los **trabajadores** que no han sabido ocupar el lugar que les correspondía, cediéndoselo a **quienes** no lucharon a su lado y pretender reemplazarlos en la dirección y orientación del movimiento sindical, reduciendo a muchos dirigentes, invocando, invocando órdenes que tenemos la seguridad que nadie **les** ha dado, a la condición de simples mandaderos sin ninguna autoridad ni iniciativa propia. Si por desgracia un día desapareciera del escenario de la lucha el líder, los trabajadores volveríamos automáticamente a la situación anterior a la revolución, cercados por los enemigos y, lo que es peor, perdido el espíritu realizador. . ." (El Trabajador de la Carne, Año 1, N° 6, junio 1948, pp. 3).

"El movimiento sindical tiene sobre sí la responsabilidad de gobernar al país. Estamos cansados de decir que tenemos un gobierno obrero. Pero cuál es nuestra colaboración con el gobierno, cuáles son las soluciones prácticas que hemos planteado, cuál es la gravitación de los sindicatos en la solución de los problemas que señalamos? Hasta ahora ninguna. Nos desentendemos de todo. Nos limitamos a aplaudir, cosa muy fácil por cierto, pero completamente ineficaz. . . Los dirigentes obreros debemos **estudiar** soluciones de fondo y plantearlas al Gobierno de que formamos parte y de cuyo éxito somos todos responsables" (El Trabajador de la Carne, Año II, núm. 16, junio 1949, pp. 1-2).

Criticando a legisladores obreros aislados de la masa, la Federación de la Carne plantea: ". . . los compañeros legisladores que parecen haber olvidado deberes elementales y desean cortar todo vínculo con las organizaciones sindicales a las **que** deben su elección. . . Son legisladores porque han sido militantes obreros y esa circunstancia les crea deberes hacia sus compañeros y su clase que sólo pueden olvidar si son ingratos" (El Trabajador de la Carne, Año 1, N° 6, pp. 1).

Esta última crítica a dirigentes burocratizados al convertirse en "políticos" coincide con la que hallamos en la revista DE FRENTE: "Cuando el dirigente sindical se convertía en mangoneador político, el proletariado quedaba abajo y al margen. Era un **retroceso** lamentable, en momentos en que los obreros ascendían al primer plano de la vida nacional. Esa fue una falla de la CGT". (Año II, N° 70, julio 11 de 1955).

Lo importante es que tales críticas se hacían desde el seno del movimiento peronista, en la perspectiva de erradicar los errores, e identificándose con Perón como única garantía: "Pero no nos conformamos sólo con esa reforma constitucional (Los Derechos del Trabajador). Aspiramos a otra quizá más fundamental (. . .) nos referimos a la **reforma del artículo 71** de la Carta Magna para asegurar nuestro derecho a reelegir el **actual** presidente (. . .) porque lo consideramos indispensable para la consolidación del movimiento revolucionario (. . .) Los trabajadores no podemos exponernos a perder **nuestras** conquistas ni la posibilidad de obtener otras de mayor significación

como sería la implantación de un régimen de accionariado obrero que terminaría para siempre con la explotación del hombre por el hombre. Y esa posibilidad sólo puede garantizarla la presencia del General Perón en el Gobierno". (El Trabajador de la Carne, Año I, núm. 4, abril de 1948).

Hemos señalado que luego de la muerte de Eva Perón, la posibilidad de control de las tendencias burocráticas disminuye y la Central Obrera, excepto casos minoritarios, deja de cumplir una función dinamizadora. Es así cómo en 1955, un dirigente como Di Pietro, que tiempo antes del golpe había amenazado con movilizar al movimiento obrero para "regar la Plaza de Mayo con la sangre de los marinos", luego del 16 de septiembre se apresura a establecer el diálogo con Lonardi y exhorta a los trabajadores a "mantener la más absoluta calma y continuar en sus tareas, recibiendo únicamente directivas de esta Central Obrera. Cada trabajador en su puesto por el camino de la armonía para mostrar al mundo que hay en los argentinos un pueblo de hombres de bien; que sólo en la paz de los espíritus es posible promover la grandeza de la Nación; que es el modo de afianzar las conquistas sociales. Miremos de frente. Tengamos fe. Lo demás lo hará la Patria" (mensaje radial pronunciado el 21 de septiembre de 1955 por LRA).

Sólo la fe, encarnada en la acción heroica a través de miles de activistas que encararon la Resistencia, permitió al Movimiento sobreponerse al golpe. Pero no la fe pasiva que predicaba Di Pietro, y que demostraba un rasgo que la burocratización grabó en más de un sindicalista: el "participacionismo" en el aparato estatal, más allá de consideraciones políticas en torno a la índole del Estado. Dirigentes como Di Pietro, habían sido "oficialistas" en lugar de peronistas.

Frente al proceso de burocratización en los gremios y en el Partido, Perón intentó abrir un proceso de democratización. Permite la aparición de listas opositoras integradas por activistas combativos, frente a los dirigentes sindicales; interviene a través de John William Cooke, un insobornable crítico de la burocracia estatal, partidaria y sindical, el partido peronista metropolitano. Sin embargo, ese proceso de renovación no ha logrado gestar la organización para defender la revolución cuando es sorprendido por el golpe de 1955.

De esta última etapa, sin embargo, saldrán muchos de los activistas de la Resistencia.

4) Participación obrera en organismos del Estado

Los trabajadores comienzan a participar en tareas de gobierno, como Agregados Obreros en el Servicio Diplomático, en los directorios de las empresas estatales y de las Cajas de Previsión Social, en ministerios, en las bancas de la legislatura.

Más allá de los casos de dirigentes obreros burocratizados al llegar a tareas de gobierno, también es preciso destacar la actuación de aquellos que se convirtieron en firmes representantes de las posiciones de avanzada. Recordemos la importante actuación de la banca obrera, con Amado Olmos a la cabeza, en la discusión sobre el Contrato de la California.

A título ilustrativo, y como hecho sin precedente en la historia argentina, obsérvese

la representación cuantitativa de los trabajadores en los organismos parlamentarios:

Distritos	Senadores nacionales		Diputados nacionales		Senadores provinciales		Diputados provinciales	
	1-5-52	1-5-55	1-5-52	1-5-55	1-5-52	1-5-55	1-5-52	1-5-55
C. Federal	-	-	8	8	-	-	-	-
Bs. Aires	-	-	16	16	9	9	24	24
Catamarca	1	1	1	-	4	4	6	6
Córdoba	-	-	5	5	1	5	6	6
Corrientes	-	-	2	1	5	5	9	8
Entre Ríos	-	-	3	3	2	1	8	9
Eva Perón	1	1	1	1	-	-	7	7
Jujuy	-	-	1	1	-	-	6	7
La Rioja	1	1	-	-	-	-	7	7
Mendoza	-	-	2	3	8	8	7	7
Pte. Perón	-	-	2	2	-	-	15	15
Salta	-	-	1	1	7	7	14	13
San Juan	1	1	1	1	-	-	11	11
San Luis	0	-	1	-	-	-	2	4
Santa Fe	-	-	4	6	2	3	19	18
S. del Estero	-	1	1	1	-	-	6	6
Tucumán	1	1	3	3	4	4	13	12
C. Rivadavia	-	-	-	1	-	-	-	-
Chubut	-	-	-	1	-	-	-	-
Formosa	-	-	1	1	-	-	-	-
Misiones	-	-	1	1	-	-	-	-
Río Negro	-	-	-	1	-	-	-	-

Antes de finalizar con el problema de la hegemonía, queremos puntualizar algunas breves reflexiones sobre el papel del Ejército, a quien el pensamiento izquierdista le adjudica la hegemonía en representación de la burguesía nacional.

Perón conocía las limitaciones del Ejército, su tendencia a disociar el planteo de la soberanía en lo económico y el proyecto político de participación popular efectiva. Por ello, insiste continuamente en que la política es asunto del pueblo y no de las Fuerzas Armadas que deben limitarse a obedecer (Discurso a las Fuerzas Armadas, 20 de diciembre de 1947, pp. 21), y que la función de las FF. AA. ha sido y debe seguir siendo la de restituir y defender el imperio de la soberanía popular.

Como parte de una política de control de las FF. AA., Perón favorece sistemáticamente al Ejército -y dentro de éste, a la Infantería- en detrimento de la Marina, siempre hostil al gobierno peronista.

Pero más importante era la tarea de captación de los suboficiales. Tarea iniciada por Evita, como parte de su plan de formación de milicias populares; Perón consolida su obra, en especial luego del golpe del 28 de septiembre de 1951.

La tarea de adoctrinamiento de los suboficiales subleva a los sectores de la oficialidad más temerosa del proyecto político peronista. En 1955, ya derrocado Perón, el

general Ossorio Arana declara:

"...los suboficiales no leían otros órganos de prensa que no fuesen los dirigidos desde la ex-subsecretaría de Prensa y Difusión. No pensaban sino como la masa de los que como ellos se movían en cierto plano de la estructura económica" (La Nación, 7 de diciembre de 1955).

Con ira la "aristocracia" militar veía que sus dependientes, los suboficiales, se identificaban con los sectores populares, cuando por el contrario, lo exigible era su identificación con los intereses de casta aún cuando no gozaran de sus beneficios.

Son innumerables las medidas tomadas para elevar la situación de los suboficiales. La Obra Social del Ministerio de Guerra beneficiaba por igual a oficiales y suboficiales. Por ley de 1947 se facilita, mediante la creación de becas, el acceso a la enseñanza secundaria militarizada a los hijos de obreros, de suboficiales de las FF. AA., de los empleados, jubilados y retirados, profesionales y productores, cuyos ingresos no excedieran los 400 \$ mensuales. Las becas abarcaban el 50% del alumnado que ingresara en los Liceos Militares General San Martín y General Paz y los liceos que se crearan más tarde.

Era éste un evidente intento de democratizar el reclutamiento del Colegio Militar, hasta ese momento sólo accesible para sectores pudientes que estuvieran en condiciones de financiar los gastos de estudios previos al examen de ingreso.

Dice un investigador francés que analizó a las Fuerzas Armadas en el período del Gobierno Peronista: "Oficiales y suboficiales tenían la impresión que se iba poco a poco suprimiendo la barrera hasta la fecha infranqueable que existía entre los dos grupos y que impedía el paso del segundo al primero sin previo ingreso al Colegio Militar, fuente única de reclutamiento de los oficiales argentinos" (Alain Rouquie, pp. 86).

Luego del intento fallido de Menéndez, el 17 de octubre de 1951 el Gobierno permite al Ejército participar en la celebración de la fecha, y en dicha ocasión se entregan medallas a la lealtad de aquellos oficiales y suboficiales que reprimieron la sublevación, en medio de calurosas felicitaciones públicas de la CGT. Todo esto tiende a "...crear un clima nuevo en las relaciones entre Estado y el Ejército que aparece en situación de inferioridad con relación a la fuerza obrera".

A través de una ley de depuración, Perón trató de efectuar una depuración en el seno de la oficialidad. Sus propósitos sin embargo se vieron frustrados por la resistencia de los altos mandos, quienes a pesar de haber apoyado a Perón en 1951, e impulsar diversos proyectos económicos en defensa y enriquecimiento del patrimonio nacional, tenían cada vez más al avance de la clase trabajadora.

No sólo Perón intenta controlar a la oficialidad y promover a la suboficialidad. También limita el presupuesto militar y le otorga nuevas tareas: "Mientras tanto, el presupuesto militar disminuye año tras año hasta un 15% de los gastos estatales en 1955. Se promueve para compensar un déficit en los haberes del personal, la función empresarial del Ejército y demás armas merced a la ley de autoabastecimiento que permite no aumentar el presupuesto y, transformando el soldado en labrador, promover la producción agropecuaria e industrial, la explotación de los bienes a su cargo y el autoabastecimiento de la institución. Esta ley, que se sumaba a la baja en el presu-

puesto y a la utilización de los suboficiales en la Fundación Eva Perón y las oficinas del Movimiento, añadida a la amenaza vaga y lejana de la creación de milicias armadas hace pensar a muchos oficiales que la hora de disolución del Ejército se acerca" (A. Rouquie, pp. 91).

El Ejército, entonces, en la mayoría de sus sectores jerárquicos, cumplida una etapa del proceso de industrialización, y cerrado el ciclo de prosperidad de posguerra que posibilitó cierta armonía de intereses entre la clase obrera y la burguesía nacional, enfrentados ahora a la agudización de las pugnas sociales y la decisión de Perón de permitir el desarrollo de la influencia y participación efectiva de los trabajadores, declina su apoyo.

Esta situación favorece que ante la articulación del frente opositor, con activa participación de la Marina, diversos sectores de las FF. AA. se prestaran al golpe de 1955.

Por supuesto que, aunque en franca minoría, existieron militares patriotas, que no sólo apoyaron al gobierno peronista por su promoción a la industria pesada requerida por las FF. AA., sino que también aceptaron el proyecto político de democracia social y participación hegemónica de los sectores populares. Son estos sectores los que el 9 de junio de 1956, con figuras como las de Juan José Valle, Raúl Tanco, Oscar Corgorno, etc., no vacilan en unirse a los trabajadores peronistas en un heroico intento de reconquistar el poder.

Este sintético análisis nos deja una conclusión: ante la inexistencia de estructuras de envergadura capaces de encuadrar dinámicamente al pueblo, ante la falencia del aparato partidario y sindical, y los fallidos intentos de formación de las milicias obreras, la comunicación directa entre el líder y las masas fue el nexo permanente que posibilitó la cabal representación de los intereses populares en el Gobierno. Hegemonía inorgánica por liderazgo, que no alcanzó para defender el gobierno pero que mantuvo latente los elementos fundamentales del movimiento peronista.

Si el movimiento permanece pujante; si desde 1955 sigue siendo el enemigo fundamental del régimen; si en esta etapa, como fruto de su experiencia anterior, se están gestando formas doctrinarias, organizativas y políticas superiores para desempeñarse eficazmente en el marco de una estrategia de guerra revolucionaria que posibilite la reconquista final del poder; todo ello es posible porque Juan Domingo Perón entabló desde 1945 -en realidad, desde 1943- un diálogo fecundo y revolucionario con su pueblo, porque lideró sus luchas y mantuvo vigente el espíritu combativo del movimiento.

Las bases peronistas, sus mejores activistas, han tenido siempre el mandato de desbrozar la relación líder-masas de las interferencias burocráticas y de gestar los instrumentos que posibiliten a Perón comandar la lucha final contra el régimen. Lucha final que no vislumbra otro futuro que el del Retorno del General Perón a una Patria Liberada para construir el Socialismo Nacional Justicialista.

BIBLIOGRAFIA

- Cooke, John William: **Peronismo y Revolución**, Ed. Papiro, 1971.
- Cooke, J. W. : **El retorno de Perón, un análisis revolucionario**, Ediciones 2da. Etapa, Buenos Aires, 1964.
- Concatti, Rolando: **Nuestra opción por el Peronismo, Sacerdotes para el Tercer Mundo**, Mendoza, 1971.
- Torres, Rafael: **La falacia de la "sociología nacional"; el nacionalismo burgués y el marxismo**, Buenos Aires, 1968, mimeografiado.
- Villarreal, Juan Manuel: **Ciencia, Política y Populismo**, mimeografiado, Ed. DEDO, 1971.
- Astesano, Eduardo: **Ensayo sobre el Justicialismo**, Edición del autor, Rosario, 1953.
- Revista DE FRENTE, números diversos de 1954 y 1955.
- Cafiero, Antonio: **Cinco años después**, Buenos Aires, 1961.
- Esteban, Juan Carlos: **Imperialismo y Desarrollo Económico**, Ed. Palestra, 1961.
- Esteban, J. C. y Tassara, L. E. : **Valor industrial y enajenación de DINIE**, Ed. Cátedra Lisandro de la Torre, 1958.
- Di Pietro, Enzo: **La baja del esfuerzo laboral en la industria argentina**; publicado en **Estudios sobre temas de la economía argentina**, números 2-3 de 1952.
- Frondizi, Silvio: **La Realidad Argentina**, Tomo I, Ed. Praxis, 1957.
- Sautu, Ruth: **Poder económico y burguesía industrial en la argentina, 1930-1954**, **Revista Latinoamericana de Sociología**, 83-3.
- Jorge, Eduardo: **Industria y concentración económica**, Ed. Siglo XXI.
- Gambini, Hugo: **El 1er. Gobierno Peronista; La Historia Popular**, Nro. 39, Centro Editor de América Latina, 1971.
- Trias, Vivian: **El plan Kennedy y la revolución latinoamericana**, Ed. El Sol, Montevideo, 1961.
- Frigerio, Reinaldo: **Introducción al estudio del problema agrario argentino**, Ed. Clase Obrera, Bs. As.
- Braun, Oscar: **Comercio internacional e imperialismo**, Club de Estudio, 1971.
- Emmanuel Arghiri: **El intercambio desigual**, en **Cuadernos de Pasado y Presente** Nº 24; También: **L'exchange inegal**, Ed. Maspero, París, 1969.
- Veneroni, Horacio: **Estados Unidos y las Fuerzas Armadas de América Latina**, Ed. Periferia, 1971.
- Bañales, Carlos: **Estados Unidos y la ayuda militar: en el umbral de otra etapa**, **Marcha**, 14 de marzo de 1969, Montevideo.
- El Libro Negro de la Segunda Tiranía**, Bs. As. , 1958.
- ORIT-CIOSL: **Quince años de sindicalismo libre interamericano**, México, 1963.
- Smith, Edmund, Jr. : **Intervención yanqui en Argentina**, Ed. Palestra, Bs. As., 1965.
- Whitaker Arthur: **La Argentina y los Estados Unidos**, Ed. Proceso, Bs. As. , 1956.
- Conil Paz A. y Ferrari G. : **Política exterior argentina 1930-1962**, Ed. Huemul, 1964.
- Dardo Cabo: **La lucha interna en el Movimiento Peronista: 1945-1955**, **Nuevo Hombre**, Nº 8.
- J. D. Perón: **Perón habla a las Fuerzas Armadas, 1946-1954**; **Presidencia de la Nación**, **Secretaría de Prensa y Difusión**.
- Rouquié Alain: **Adhesión militar y control político del Ejército en el régimen peronista**, **Aportes**, Nº 19, enero 1971.
- Presidencia de la Nación: Manual Práctico del 2do. Plan Quinquenal**, Bs. As. , 1953.
- John William Cooke: **Peronismo y Petróleo**, Ediciones Segunda Etapa, 1964.
- Franco, Juan Pablo: **Notas para una historia del Peronismo**, **Envido**, Nro. 3. Editado también como **Separata**.
- Guardo, Ricardo: **Horas difíciles**, Bs. As. , 1963.
- Puiggrós Rodolfo: **El proletariado en la revolución nacional**, Ed. Sudestada, 1968.

norberto habegger

LA IGLESIA DEL TERCER MUNDO el desafío de la liberación

I - UN CAMINO NUEVO PARA LA IGLESIA

"En la América Latina, los ejércitos fueron el baluarte de la reacción y el conservadurismo. Los ejércitos y la iglesia católica. Ya en la iglesia católica en los últimos tiempos, en América Latina, fueron surgiendo corrientes fuertes de carácter progresista que tomaban conciencia de los problemas sociales tremendos de esos países, y que se manifestaban en favor de cambios de estructuras y, en ocasiones, de cambios revolucionarios. De manera que de dos baluartes de la reacción y del imperialismo uno, la Iglesia, empezaba a sufrir en su seno una transformación y empezaban a surgir dentro de esa Iglesia corrientes progresistas y revolucionarias".

Desde la Cuba socialista y desde afuera de la Iglesia, el comandante Fidel Castro, líder de la revolución cubana, describía correctamente el proceso eclesial en América Latina. Una Iglesia comprometida con las estructuras del privilegio, en cuyo seno aparecen corrientes renovadoras. "Justicia y Paz son palabras que encuentran profunda resonancia en nuestros pueblos", señalan un millar de sacerdotes latinoamericanos en una extensa carta dirigida al sínodo de obispos reunidos actualmente en Roma. Para estos sectores el tema de la "Justicia y la Paz" es el problema capital de Latinoamérica y en ese sentido muchos sacerdotes de la región centran su propia problemática e inquietud. Es el camino nuevo que está transitando la Iglesia: la lucha por la liberación.

Sin embargo no toda la iglesia latinoamericana vive en plenitud esa urgencia liberadora, ese desafío evangélico, en definitiva el reclamo de las mayorías marginadas y oprimidas del continente. Todavía diversos estratos y niveles eclesiales permanecen inmutables al cambio, demasiado atados a una carga cultural tradicionalista y al formalismo del culto y el rito, sin descubrir los signos de los tiempos, sin comprometerse seriamente con los verdaderos destinatarios del mensaje cristiano: los oprimidos.

Pero también, muchas veces, detrás de un lenguaje renovador y moderno, encubiertos en la muletilla del "cambio de las estructuras" y de la pobreza evangélica, se percibe el "rostro nuevo" de una vieja iglesia que no quiere morir a su condición de tal,

que no se decide a romper con sus privilegios de clase y entonces la conocida frase "el desarrollo es el nuevo nombre de la paz" es nada más ni nada menos que una suerte de "reaseguro" para no quedar marginada totalmente.

Arturo Paoli, cuyo compromiso religioso, concreto, cotidiano, ha penetrado hondamente en diversos sectores del interior, expresa en una reciente carta a los superiores y superiores generales de las órdenes religiosas que trabajan en América Latina que la vida sacerdotal en estos países aparece desvinculada del pueblo y de las ansias de liberación del yugo colonial. "El clero regular -señala- recibe una educación y una formación rigurosamente europea y raramente se casa con el pueblo". Denuncia también que "mantienen y costean obras opulentas y se demuestran incapaces de separarse de las clases ricas, a las que farisaicamente continúan llamando clases dirigentes, acaso porque dirijan actualmente el tráfico de los acontecimientos, aunque hayan dejado de dirigir la historia".

Quizá por eso, en muchas encrucijadas latinoamericanas, cuando surgieron desafíos liberadores, la iglesia latinoamericana no supo acompañar decididamente los diversos procesos de emancipación nacional. Para Paoli todo esto "hace naufragar la vida religiosa, la hace perder la ocasión de ingresar verdaderamente en la historia latinoamericana". Finalmente concluye: "Tengo la impresión, perdonadme si soy sincero, que prevalece el amor por las estructuras sobre el amor a la Iglesia, el amor a los bienes terrenales sobre el amor a Cristo, el amor por un esquema misionero y de evangelización estático sobre el amor a las personas concretas".

Pero la Iglesia latinoamericana enfrentada a esta exigente realidad comienza a buscar su propia fisonomía, intenta redescubrir su misión evangélica en el continente, ambiciona ligar su suerte a los reclamos de los pobres. Este proceso comienza desde abajo, desde la propia base eclesial, donde sacerdotes y laicos transitan un camino nuevo, muchas veces confuso y enturbiado, donde se entremezclan valores culturales importados desde Europa y el propio anhelo de servir a la liberación del continente. Pero en esa búsqueda se empieza a construir una nueva perspectiva, alentada desde la cúspide de la Iglesia por Juan XXIII. La intuición y los gestos de este pontífice despertaron la conciencia de muchos cristianos, en una proporción mayor que centenares de documentos y encíclicas papales.

Nace así el rostro de una Iglesia nueva comprometida con los seres concretos, mucho más cerca del significado evangélico, que intenta ligarse al desafío de los pueblos oprimidos, a la historia real de Latinoamérica. Este rostro nuevo pone al descubierto la incapacidad, el anacronismo y los privilegios de las instituciones de la iglesia, generándose conflictos en numerosos países y regiones.

Este proceso no es lineal ya que reconoce diversidad de situaciones, protagonistas y niveles. En ese sentido la tradicional división entre "conservadores" y "progresistas" no sirve para contener y expresar esta realidad nueva. Es válida, en todo caso, para las iglesias nordeuropeas, para las iglesias de los países desarrollados. En estas naciones la contradicción dominante se expresa en una perspectiva a-histórica, entre los sectores que bregan por mantener y conservar anacrónicas estructuras eclesiales y la corriente progresista empeñada en una mayor autonomía de las iglesias locales, en la descentralización de la autoridad papal y la modificación del celibato. El problema en definitiva está radicado dentro de la Iglesia, como si fuera posible y

legítimo para un cristiano "reorganizarla" primero para después comprometerse con el mundo.

En cambio en los países subdesarrollados ha comenzado a elaborarse una "teología de la liberación", que analiza a la Iglesia en el marco del proceso histórico, en una actitud dialéctica Iglesia-Mundo. El reciente documento de los sacerdotes latinoamericanos al Sínodo manifiesta esa orientación que consiste en redescubrir el sentido teológico de la Iglesia comprometida con la historia de los hombres. La disyuntiva es entonces compromiso con la liberación o atadura con el privilegio. Por eso mismo aquellos obispos y sacerdotes desarrollistas en lo político y modernistas en lo ritual que no pueden ser caracterizados como conservadores pero incapaces de gestos comprometedores en la denuncia de situaciones concretas sirven en definitiva a los intereses de la clase dominante. Han optado por la Iglesia sin una unidad dialéctica con el mundo, por arriba de la historia humana, única realidad que otorga sentido al Evangelio.

II - EL PROCESO SE ORIGINA EN LA BASE

Este proceso renovador nace en la conciencia de miles de cristianos latinoamericanos: estudiantes, sindicalistas, profesionales, jóvenes sacerdotes. Han callado demasiado tiempo para seguir tolerando la complicidad vergonzante de la Iglesia con los sectores del privilegio. Enfrentados con la miseria, con la injusticia, con la humillación, redescubren los valores profundos de un Evangelio escamoteado y traicionado una y otra vez. Emprenden distintos caminos y transitan experiencias diversas, se cometen errores e improvisaciones, se logran aciertos y éxitos, pero en todos campea una actitud de búsqueda y de compromiso, una decisión de ser fieles al hombre y todos los hombres.

Este proceso también compromete en su compleja dinámica a sectores de la propia jerarquía eclesiástica. En diciembre de 1967 se concretiza el primer gesto audaz de un grupo de obispos, lo que más tarde se convertiría en acciones cotidianas. En esa fecha 18 obispos de los países del Tercer Mundo, entre ellos el popular Hélder Cámara, promueven un mensaje donde adhieren a la liberación de los pueblos y al socialismo, como una experiencia más humana y más justa que el sistema capitalista. Precisamente, dos años atrás, enarbolando los mismos postulados, morfa en Santander, en los montes colombianos, el sacerdote Camilo Torres, empuñando un arma contra el Ejército Oficial y abriendo una nueva etapa en la vida eclesial.

El peso mismo de la realidad social y la toma de conciencia de algunos sectores origina Medellín. El Episcopado Latinoamericano formula entonces un proyecto de pastoral de alto contenido liberador. Sin embargo las iglesias locales, en muchos casos, no se comprometen con sus conclusiones. "Es como si un temor de llevar a la práctica lo proyectado -sostienen sacerdotes en una carta al Sínodo- inundara muchos ánimos, se perciben indicios de que aquel proyecto es soslayado, abandonado y aún públicamente impugnado o desprestigiado, dentro de la misma Iglesia. Reaparece así una ambigüedad y una cautela que nos desconcierta. Es la Iglesia considerada en el conjunto de sus obispos, sacerdotes y laicos, la que al mostrarse vacilante en líneas pastorales básicas que concretan su misión, manifiesta una crisis", concluyen los firmantes.

El propio Monseñor Eduardo Pironio advierte que Medellín, como acontecimiento religioso, como nuevo pentecostés, es sólo un punto de partida. "No podemos los cristianos -sostiene- tranquilizar nuestras conciencias como si allí hubiese sido todo dicho y realizado. Toca ahora la totalidad del pueblo de Dios caminar hacia adelante y llevar a la práctica sus consecuencias".

En esta perspectiva, con sus contradicciones y sus propias limitaciones, la Iglesia Latinoamericana ubica su rol en la hora actual. El tema de la justicia y la paz se transforma así en el eje de la problemática continental. Esta preocupación singulariza la presencia latinoamericana en el Sínodo, establece vasos comunicantes con los prelados africanos y amplía la distancia con las iglesias europeas, más preocupadas por la autoridad papal y el celibato que por el subdesarrollo y el colonialismo que enfrentan nuestras naciones.

Sin embargo la representación de la Iglesia Latinoamericana, en cada caso los más altos exponentes de las jerarquías locales, no solamente no encierra en toda su dimensión la riqueza de este proceso, sino que expresan -en la mayoría de las delegaciones- el rostro viejo, claudicante y aburrido de una Iglesia Institución alineada junto a los poderosos de turno e inserta en el engranaje económico-social de una América Latina colonizada y oprimida.

El rostro nuevo de una Iglesia pobre no está representada en el aula sinodal romana, ni hay por qué buscarlo en la capital vaticana. El espíritu renovador del Evangelio, traducido en gestos y testimonios concretos, más allá de toda fraseología atemporal, se localiza preferentemente en aquellos estamentos eclesiales que no tienen poder en la institución y que la mayoría de las veces están enfrentados con sus propios obispos. Son los miles de cristianos que se proyectan, quizá sin saberlo, en la conciencia de muchos seres, en la historia cotidiana de los pobres, confundidos existencialmente con ellos.

Es el caso de Néstor Paz Zamora, y como él tantos otros, estudiante de medicina en Bolivia, seminarista en Córdoba y Santiago de Chile, quién luego de formar pareja se enrola en la guerrilla contra el régimen de Ovando. En su diario de campaña escribía: "Somos un grupo lleno de plenitud humana, "cristiana" y eso yo creo basta para empujar la historia... ninguna muerte es inútil si una vida ha estado cargada de significado y eso creo que es válido aquí con nosotros. Chau Señor, quizá hasta tu cielo, esa "tierra nueva" que tanto ansiamos...".

III - SITUACIONES DE ALGUNAS IGLESIAS LOCALES

En este contexto la Iglesia Peruana, considerada en su conjunto de obispos, sacerdotes y laicos, ha desarrollado un significativo proceso de radicalización, expresado en diversos documentos y en la apoyatura a las medidas más revolucionarias del gobierno de Velasco Alvarado, quién a su vez ha favorecido ese desarrollo, a diferencia de lo ocurrido en otros países del continente. En materia de documentos se destaca la última declaración episcopal sobre "Justicia en el Mundo" presentada en el Sínodo, cuya lectura completa nos enfrenta a definiciones audaces y a un lenguaje inusual en documentos de Iglesia.

"Construir una sociedad justa en América Latina y en el Perú, significa la liberación de la actual situación de dependencia, de opresión y de despojo en que viven las grandes mayorías de nuestro pueblo", sostienen los obispos peruanos en el capítulo introductorio. "Para la comunidad eclesial peruana -se definen más adelante- esto implica optar por los oprimidos y marginados, como compromiso personal y comunitario".

En el documento analizan diversas situaciones políticas y económicas, planteando la necesidad de superar estructuras y actitudes opresoras, es decir el modelo capitalista. "En consecuencia -señalan- es necesario superar la exclusiva apropiación privada de los medios de producción y promover una propiedad social que responda más eficazmente a la significación del trabajo humano y al destino universal de los bienes. Dios creador ha puesto los bienes para todo el mundo".

Finalmente concluyen expresando: "Lo antedicho y la experiencia de nuestro pueblo nos lleva al rechazo del capitalismo, tanto en su forma económica como en su base ideológica que favorece el individualismo, el lucro y la explotación del hombre por el hombre".

Semanas antes se había reunido en una parroquia obrera de Lima el primer encuentro de una Iglesia Solidaria. Más de 1.300 personas participaron de la reunión y una de sus conclusiones más importantes aseguraba: "Queremos construir una Iglesia que opte por el oprimido y no por el opresor y que promueva el trabajo de base en grupos de reflexión y acción".

Mientras tanto la Comisión de Pastoral Social del Episcopado Mexicano produjo un severo documento en el cual denuncia que "somos un país periférico de un país hegemónico y dependemos de él en lo económico, político y cultural". Sin embargo no pertenece oficialmente a todo el Episcopado y en la delegación mexicana está ausente uno de los obispos renovadores de la Iglesia local, monseñor Méndez Arceo, circunstancia que le resta peso a la corriente postconciliar. Este prestigioso prelado que tiene a su cargo la diócesis de Cuernavaca ha venido sosteniendo que sólo el "socialismo democrático podrá dar a Latinoamérica, la posibilidad de un verdadero desarrollo".

El documento originó violentas críticas en el gobierno mexicano, en los medios empresarios y en los sectores derechistas de la Iglesia local, demasiados molestos ya por las recientes declaraciones del Padre Avalos, que fuera electo presidente municipal de la comunidad de S. Miguel Panixtlahuaca por el voto popular y que señalara: "Por desgracia la Iglesia se manifiesta con demasiada frecuencia como una madre inhumana y algunos de sus miembros abusan como vulgares explotadores de la tremenda fe ciega de los indígenas". En una conferencia de prensa dijo también que anhela la "una Iglesia menos burocratizada y más evangélica y manifestó su desacuerdo con la institucionalizada. El sacerdote puede justificar la violencia para lograr la justicia, pues antes que sacerdote es hombre".

Por su parte la Iglesia Brasileña enfrentada a una situación altamente represiva y a condiciones sociales extremadamente explosivas ha venido produciendo en los últimos

años documentos de signo renovador. En la base de este proceso los laicos y los curas dominicos han sido los sectores más dinámicos, mientras en la cúspide eclesial el mérito le corresponde a Hélder Câmara, Obispo de Recife. También se destaca Monseñor Brandao Vilela, Obispo del Salvador, quien durante quince años realizó un intenso trabajo pastoral en Piauí, uno de los estados más pobres del nordeste brasileño.

El documento de los obispos brasileños, producido en la jornada del 16 al 23 de agosto, indaga en la situación económica y social de Brasil, condenando aquellos modelos económicos que promueven el desarrollo en base a la explotación de la clase obrera, aludiendo sin duda a los planes oficiales impulsados y financiados por Estados Unidos. También se reclama en ese documento definiciones de la Iglesia Universal frente a la situación de injusticia internacional generada por la simple existencia del imperialismo y del neocolonialismo. Los observadores estiman que ha sido una de las declaraciones más categóricas de los obispos brasileños en su conjunto.

Para entender el proceso vivido por la Iglesia en este país hay que tener en cuenta que hasta 1964, época del golpe militar de Castelo Branco en Brasil, la Iglesia oficial se mantenía en convivencia con los poderes públicos. En adelante, sin embargo, comenzarían una larga serie de hechos y enfrentamientos, que abrieron una nueva etapa en esas relaciones. En ese momento la Iglesia apoyó el golpe de marzo de 1964 concientizando a las clases medias para que aceptasen el nuevo gobierno como una garantía contra "el comunismo". Pero en su seno ya existían algunos sectores minoritarios que sustentaban posiciones más progresistas, luchando por las reformas sociales.

Con la limitación de las libertades individuales y una actitud cada vez más represiva por parte del gobierno, el ala rebelde de la Iglesia se amplía y se identifica con los estudiantes y obreros en la lucha contra la dictadura y la miseria social. Muchos obispos y sacerdotes se oponen a este proceso, pero el compromiso de centenares de cristianos ya está desatado. . . De 1964 hasta la fecha se calcula que más de 100 sacerdotes han sido arrestados y la gran mayoría violentamente torturados. La condición sacerdotal no ha constituido en esos casos un privilegio, y han corrido la misma suerte que tantos otros brasileños en lucha contra la injusticia y la opresión.

"Nos hacemos culpables por nuestro cobarde silencio en denunciar hechos concretos y quizá temerosos por nuestros bienes egoístamente retenidos. Así se han acumulado en el curso de los siglos verdaderas e innegables fortunas y riquezas que hoy por hoy, digámoslo con sinceridad, no prestan ninguna utilidad colectiva". Esta confesión pública pertenece al obispo boliviano José Clemente Maurer, quien convocaba en julio de este año al "desprendimiento sincero de los bienes propios en beneficio de los más pobres".

La pastoral de Maurer aparentaba coincidir con la propia evolución de la Iglesia del altiplano, sin embargo algunos bolivianos se preguntaron si no sería una actitud oportunista del arzobispo, teniendo en cuenta que en esos momentos universitarios y obreros, con el apoyo del gobierno torrista, comenzaban una política de ocupaciones. El diario "Presencia" en su edición del 28 de julio comentaba que "la insistencia en vender las joyas de las imágenes de la virgen de Guadalupe, en Sucre y en Copacabana,

valorizadas en 100 millones de dólares, respondería más a una estrategia que a una virtud evangélica".

De cualquier manera la pastoral de Maurer tiene la virtud de poner al descubierto en forma explícita las riquezas acumuladas por la Iglesia y la complicidad con los poderes públicos en el mantenimiento de una situación opresiva. Mientras tanto, cuando se produce el golpe de Banzer que derroca al gobierno cívico-militar de Torres, una gran cantidad de cristianos intentan impedir la restauración oligárquica, luchando junto a obreros y estudiantes. Como resultado de ese compromiso son perseguidos sacerdotes oblatos, líderes católicos y metodistas, como también algunos jesuitas. La mayoría se ven obligados a exilarse, aunque algunos por su condición sacerdotal eluden el cerco represivo, en particular por la intervención de algunos obispos.

El Episcopado no se pronuncia inmediatamente, lo que provoca el descontento de amplios sectores de la base eclesial. Los sacerdotes más radicalizados reclaman "una palabra clara que denuncie tantos atropellos cometidos a los pobres del pueblo". Días después la jerarquía boliviana deplora los hechos ocurridos, las detenciones y los heridos, mientras apela a la conciencia de los nuevos gobernantes. En el documento se muestran preocupados por "la confusión ideológica que algunos pronunciamientos sacerdotales han originado en sectores del pueblo, y más aún con algunas actitudes de violencia que de ninguna manera pueden ser consideradas evangélicas". Pero esa violencia es respuesta a una violencia mayor, a la violencia de los que quieren perpetuar la explotación de los mineros y los campesinos, los sirigueros y los castañeros, los zafreros y los que viven marginados en las grandes ciudades.

Diferente sin embargo es el contorno político actual que enfrenta la Iglesia chilena, una de las avanzadas postconciliares en el continente, cuya historia eclesial está íntimamente ligada a la tradición política del país trasandino, a sus contradicciones y al nivel de conciencia alcanzado por el pueblo chileno.

Por esas mismas circunstancias fue quizá una de las primeras iglesias locales en Latinoamérica penetrada por el espíritu conciliar, aunque también sus estamentos más privilegiados armaron de inmediato sus fuerzas para impedir el predominio y el avance de las corrientes progresistas.

El reciente triunfo de Salvador Allende y el camino iniciado hacia el Socialismo hicieron resurgir diferentes modos de concebir el papel de los cristianos en la comunidad política, situación reveladora de la Iglesia como una realidad no monolítica. En ese contexto se encuadra una reciente jornada de sacerdotes chilenos reunidos con el objeto de reflexionar sobre los temas del Sínodo. En el curso de las deliberaciones se dijo que existían en la Iglesia tres grandes corrientes: Una de derecha, que carece de significación numérica, para quienes la fe es exclusivamente actitud religiosa, frente al Dios absoluto, es entrega a Dios "sólo".

Otra de las corrientes es de izquierda, representada sobre todo por sacerdotes que trabajan en el medio popular y estudiantil y por laicos de la izquierda política. En esta tendencia lo que preocupa es hacer la Revolución y desean ver a la Iglesia comprometida en ese sentido. Esta corriente es más numerosa que la anterior.

Sin embargo el predominio mayoritario lo mantiene la corriente de centro, en la que se encuentran la mayor parte de los obispos y sacerdotes. Políticamente coincide más con la democracia cristiana que con Salvador Allende, aunque apoyan algunas de sus medidas. Los cristianos de esta mentalidad son cautelosos en el compromiso político, mientras que su teología y espiritualidad es menos secularizada que en el segundo grupo. La visión de los problemas va más de la Iglesia al mundo que al revés.

Los cristianos más radicalizados -algunos emigraron tiempo atrás al MAPU- acaban de formar el partido de la Izquierda Cristiana, liderado por el ministro allendista y experto en reforma agraria Jacques Choncol. Por su parte los obispos chilenos han señalado que el "deber del cristiano es el de decidirse por aquellas estructuras que ofrezcan mayores posibilidades de ser humanizadas según el espíritu del Evangelio", admitiendo que el modelo socialista brinda mayores posibilidades de justicia que el modelo capitalista.

En la mayoría de las naciones latinoamericanas las relaciones entre Iglesia y Estado son cada vez más conflictivas, lógica consecuencia de que muchos cristianos han abrazado el camino libertador. En Panamá, por ejemplo, es secuestrado el sacerdote colombiano Héctor Gallego radicado en una aldea campesina del interior, que venía luchando por la organización del campesinado, en cooperativas y ligas. Los comerciantes de la zona y sus aliados de la Guardia Nacional lo hacen desaparecer. El hecho se produjo el 9 de junio y se tiene el convencimiento que está muerto. La Iglesia primero mantuvo una actitud vacilante y luego, a través de Monseñor Marcos McGrath, un obispo renovador, se enfrentó al gobierno panameño.

En Honduras también se generaron enfrentamientos siempre por la cuestión social. La miseria y el hambre en sectores campesinos habían provocado en su momento "invasiones" de tierras o "recuperaciones". En Olancho -el departamento más extenso del país- las "recuperaciones" contaron con el apoyo de muchos cristianos y del obispo Monseñor D'Antonio, acusado de "comunista" por la Asociación de Ganaderos. La respuesta del prelado no se hizo esperar: "Los campesinos ya no aceptan que nadie los conduzca con actividades paternalistas".

La Iglesia colombiana por su parte todavía conserva esa vieja tradición conservadora cuyas raíces se ubica en la época misma de la evangelización española, como en todos los países, pero más arraigada en la estructura dominante. El nombre de Colombia está asociado a Camilo Torres, un sacerdote que muere empuñando un arma en acción guerrillera en Santander y cuya muerte abre una etapa de singular proyección. Muchos laicos y sacerdotes toman conciencia y aceptan el desafío de la liberación, la tarea histórica de hacer la revolución. La propia jerarquía, obligada por las circunstancias -en otros casos también- modifica su lenguaje e introduce por primera vez en un documento al sínodo la alternativa de un socialismo comunitario y la necesidad de promover la transformación de las estructuras injustas. Por esas mismas palabras el Cardenal Concha Córdoba condenó a Camilo. Pero no son esos documentos los que reconciliarán a la Iglesia con los pobres, son la existencia auténtica y profunda de verdaderos cristianos cuya Palabra sea el resultado de un compromiso concreto y no una coartada para justificarse en su mala conciencia.

En nuestra América Latina balcanizada, dividida en una veintena de naciones, patto trasero de los intereses imperiales yankys, la realidad eclesial no es homogénea, ni idénticos los procesos nacionales que viven las iglesias locales. El territorio rioplatense con Argentina y Uruguay, por ejemplo, expresan realidades contradictorias. En su cúspide la Iglesia argentina es el reflejo de un inmovilismo reaccionario, mientras que en la Banda Oriental la jerarquía eclesiástica ha venido demostrando una mayor apertura y comprensión a un Uruguay cuya fisonomía tradicional de colorados y blancos se ha alterado radicalmente.

El último documento de la Conferencia Episcopal Uruguaya, comandada por Monseñor Carlos Partelli y fijando posición ante los comicios, alcanza significativa relevancia, teniendo en cuenta que sectores de la derecha católica, entre ellos Monseñor Corso, obispo de Maldonado, venían presionando para que la Iglesia condenara el "Frente Amplio", una coalición política en la que participa el Partido Comunista, la Democracia Cristiana, la izquierda uruguaya y otros sectores con el apoyo de los Tupamaros.

La declaración episcopal explica que la misión de la Iglesia consiste en anunciar el Evangelio de Jesucristo y la buena nueva de la liberación del pecado y sus consecuencias. Admite que "diversos son los caminos posibles y las maneras de realizar esos compromisos en la acción política encarada como servicio y expresión de amor al prójimo". Por eso mismo sostienen que no se trata de condenar o aprobar, sino que los cristianos, conciente y responsablemente, hagan su propia opción.

Como habitualmente se hace en estos casos, la Iglesia se reserva el derecho y el deber de señalar los límites de las opciones posibles, cuestionando genéricamente las opciones marxistas y liberales. Sin embargo, rescata la tendencia socializadora de nuestro tiempo como más próxima al pensamiento cristiano y en el caso uruguayo, teniendo en cuenta las características pluralistas y singulares de la política local, no encuentran razones suficientes "ni para recomendar, ni para excluir el voto por cualquiera de los lemas", una manera de legitimar la participación de los cristianos en el "Frente", que hace tiempo ya habían hecho su propia opción. Como siempre el proceso empuja desde abajo.

También en la Argentina son los laicos y sacerdotes los que han retomado el mensaje evangélico y lo han traducido en un proyecto secular, en la historia humana, entre creyentes y no creyentes. Pero a diferencia de la iglesia uruguaya, brasileña o peruana, la jerarquía argentina, con su silencio y conformismo, reitera su vieja complicidad con las estructuras opresoras y del privilegio.

Como dice Perón en su carta a los sacerdotes tercermundistas "en la pretendida apostasía de las masas, la iglesia tiene también su parte de culpa porque, por intermedio de su jerarquía eclesiástica, olvidó a menudo al pueblo para seguir a las oligarquías y a los poderosos que no fueron precisamente los preferidos de Cristo. O la Iglesia vuelve a Cristo o estará en grave peligro en el futuro que se aproxima a velocidades supersónicas".

Uno de los principales líderes del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

el Padre Carlos Mujica, declaró recientemente que la posición renovadora del clero argentino no está representada en el Sínodo. "Es realmente doloroso -sostiene- que no se haya hecho una consulta a las bases suficientemente amplia y honesta para que los representantes de la Iglesia en el Sínodo fueran expresión real del catolicismo argentino".

De esa manera, mientras Monseñor Derisi, rector de la universidad del privilegio, habla en Roma en un lenguaje ininteligible de los derechos humanos, en la Argentina diariamente se tortura, se persigue y se mata a todos los que luchan por la liberación. La Iglesia oficial calla, no sea que Lanusse se moleste demasiado, a lo sumo gestiona la libertad de los sacerdotes presos en Rosario en nombre de los "fueros eclesíásticos", excluyendo a Santiago Mc Guirre, militante peronista que había pedido reducción al estado laical.

Pero la Iglesia Argentina es una de las Iglesias latinoamericanas que viene gestando en su interior un intenso proceso de búsqueda y compromiso. Laicos y sacerdotes, protagonistas hace tiempo de diversas experiencias sindicales, políticas y estudiantiles. Un vigoroso movimiento de sacerdotes del Tercer Mundo, jugado en las luchas populares y enfrentados con el gobierno, a veces con la propia jerarquía. También la presencia de algunos obispos renovadores, es Devoto, De Nevares, Distéfano, que no han vacilado en denunciar situaciones injustas e inhumanas. Es cierto que muchos pegan el grito cuando les tocan a uno de ellos, pero también es real la existencia de sacerdotes y obispos empeñados en predicar el Evangelio entre los hombres y para todos los hombres, sin discriminaciones odiosas y cualquiera sean las consecuencias. Sin duda es el único camino, no hay otro.

IV - LA IGLESIA Y LA LIBERACION

Un primer hecho que podemos constatar es que el lenguaje de liberación campea en todos los episcopados, aún en aquellos que cuentan con una larga historia de desencuentro con sus pueblos y que todavía no han formulado una política pastoral que signifique la ruptura con situaciones y estructuras del privilegio.

Qué significa esto? No será que la certeza de un cambio total está obligando a una reacomodación política para no quedar marginado del proceso? Es posible que en el caso de algunas jerarquías, obispos y sacerdotes, suceda lo de aquellos "sindicalistas" que cuando no han podido parar la huelga o la movilización que reclamaban las bases se pusieron al frente de las mismas para no perder el tren. Pero tarde o temprano la trampa se descubre, porque la mentira no engaña ni engrupe a nadie.

El pueblo, con su notable intuición, con esa sabiduría que es fruto de la experiencia, sabe distinguir entre quienes sinceramente se han comprometido con sus luchas y el oportunismo vergonzoso de los que han optado, como dice Arturo Paoli, por el amor a las estructuras, antes que el amor a los hombres concretos.

Por eso mismo, cuando se realiza un análisis de Iglesia, es necesario discernir entre las posiciones desarrollistas, en cuyo caso solamente se condenan "casos" de dependencia y aquellas posturas que realizan un cuestionamiento global de las estructuras vigentes y que plantean la necesaria vinculación de la Iglesia con los procesos

históricos en los cuales el hombre y todos los hombres buscan su liberación.

En esa perspectiva se plantea la misión de la Iglesia: asumir la lucha liberadora, en su doble vertiente para el cristiano de proyecto revolucionario realizado por todos los hombres y proyecto de Fe inserto en el Plan de Dios.

En la medida en que se es fiel a este desafío liberador, se avanza en el proceso latinoamericano y la oligarquía instalada en el poder empieza a perder uno de sus principales aliados: La Iglesia. Sin embargo, las vacilaciones, los silencios y las contradicciones en muchos de nuestros países convierte en dudosa una presencia masiva de la Iglesia.

La opción de los cristianos en el continente gira en torno a un proyecto revolucionario, la construcción de una nueva sociedad, entre creyentes y no creyentes, proyecto en disponibilidad total y abierto a todas las posibilidades humanas y que no se contraponen en una perspectiva cristiana, a la tarea de rescatar el mensaje bíblico, por el contrario lo enriquece y lo profundiza.

Todo esto supone morir a viejas concepciones y situaciones de privilegio, para nacer a lo humano, en toda su plenitud y profundidad. Cuando Monseñor Píronio, en un reciente reportaje, define y singulariza al sacerdote dedicado "tiempo completo" al servicio de los demás, olvida que esta exigencia es una convocatoria a todos los hombres, por el solo hecho de ser hombres, de comprometerse "tiempo completo" con la suerte de los demás. Se puede hablar legítimamente de un rol específico del sacerdote, pero si no se realiza como hombre, junto con otros hombres, en la lucha por la liberación, el "sacerdocio" se transformará en una estúpida coartada para no morir al hombre viejo que el sistema ha metido en cada uno de nosotros.

Es posible que muchos acusen a esto de una visión excesivamente "secularizada" y que omite la trascendencia y la significación del proyecto bíblico. Pero cualquiera sea el alcance y la interpretación que se haga, el amor concreto, esencia y fundamento del Evangelio, se realiza y se recrea cotidianamente en el centro de la historia humana.

Es el desafío diario para todos, cristianos y no cristianos, es la única dimensión donde los hombres podemos descubrirnos a nosotros mismos, tales como somos, como seres concretos, buscando, condicionados, luchando y capaces de modificar la realidad para terminar con la explotación del hombre por el hombre.

En la medida en que la Iglesia Latinoamericana estimule y favorezca esta lucha y esta búsqueda, en que denuncie proféticamente situaciones de injusticia y opresión, será fiel al mensaje bíblico y sus estructuras se transformarán para contener una realidad nueva que irá surgiendo en el desarrollo de la lucha, una realidad sin oprimidos ni opresores, sin explotados ni explotadores, sin países colonizados y naciones imperialistas. No importa demasiado las características que asumirá la Iglesia, porque el secreto radica en una tarea de liberación plena construida entre todos los hombres. Este es el desafío real que enfrenta la Iglesia del Tercer Mundo.



VIETNAM, EL PUEBLO DEL SIGLO

